

LA IGLESIA ANTE LA NUEVA NORMALIDAD, REFLEXIONES Y DESAFÍOS

Dr. Pablo R.D. Marzilli
Año 2020

ÍNDICE

Agradecimientos

Sobre el Autor

Capítulo I: Introducción

Capítulo II: ¿El Covid-19 es un castigo de Dios?

- 2.a ¿Por qué Dios permitió el Covid-19?
- 2.b Distintas posiciones teológicas sobre las pandemias
- 2.c ¿Debemos ser alarmistas o tener temor?

Capítulo III: Surgimiento de un nuevo contexto global – Descripciones generales

- 3.a El mundo de la pospandemia. Hacia un nuevo contexto y formas de interpretarlo
- 3.b Eje económico
- 3.c Eje social
- 3.d Eje político e internacional
- 3.e Eje religioso y espiritual
- 3.f Eje individual

Capítulo IV: Reflexiones sobre la iglesia antes de la pandemia

- 4.a Sobre el cumplimiento de la misión
- 4.b Sobre la cultura de la plataforma (iglesia misional vs. Iglesia de adoración)
- 4.c Sobre el amor y la misericordia
- 4.d Sobre la eclesiología y el evangelismo
- 4.e Sobre el hacer discípulos y la evangelización

Capítulo V: Desafíos para la iglesia de la pospandemia

- 5.a El desafío del compromiso y la misión individual
- 5.b El desafío de la pertinencia y la comunicación
- 5.c El desafío de ser la voz de los que no tienen voz
- 5.d El desafío de la compasión y la restauración

- 5.e Aspectos prácticos que la iglesia deberá considerar

Capítulo VI: Desafíos para el ministerio pastoral de la pospandemia

- 6.a Hacia un ministerio semejante al de Jesús (encarnacional y sacrificial)
- 6.b Hacia un ministerio dinámico centrado en el discipulado. Dado al trabajo en equipo, accesible y humanizado
- 6.c Hacia un ministerio que facilite la participación y se conecte más con el entorno
- 6.d Hacia un ministerio reflexivo y humilde

Capítulo VII: Desafíos para las misiones en la pospandemia

- 7.a Hacer misión en un contexto de fronteras cambiantes (cierre y apertura)
- 7.b Redescubrir el concepto del misionero bivocacional o biocupacional
- 7.c Una formación misional práctica y actualizada
- 7.d Cada discípulo un misionero (culturas y subculturas)

Capítulo VIII: Conclusiones

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, agradecer a Dios por la motivación que puso en mi corazón para escribir el presente opúsculo y me guio a lo largo de dicho proceso. A mi familia por su comprensión y ayuda, y Juan Lee un amigo personal que me alentó a escribirlo

Sobre el Autor

El autor es argentino, casado con Claudia y tiene 3 hijos es pastor de la Iglesia Bautista de San Martín y presidente del Área Legal y Técnica de la Confederación Bautista Argentina. Es Doctor y Magister en sociología (con especialidad en sociología de la religión) por la Pontificia Universidad Católica Argentina. Es Abogado por la Universidad de Buenos Aires, tiene un Posgrado en Derecho de las Telecomunicaciones por Universidad Austral de Buenos Aires, y del Global Management Programme de la Universidad IESE (Barcelona). Posee una Lic. en Ministerio del Seminario Internacional Teológico Bautista de Buenos Aires. Es docente del Seminario Internacional Teológico Bautista, docente invitado de la Word Mission University, autor de varios libros y artículo académicos.

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

Quien hubiera dicho hace unos meses atrás que un microorganismo imperceptible, casi invisible, que no reconoce patrones culturales, sociales, económicos, fronteras o estamentos englobado dentro de los “Coronavirus” y llamado por la Organización Mundial de la Salud “Covid-19”, vendría a trastocar nuestra vida cotidiana y los patrones y comportamientos sociales tal como la conocíamos hasta el día de hoy, de manera tan significativa y disruptiva. Para la Organización Mundial de la Salud es una enfermedad infecciosa que se ha descubierto recientemente, tanto el nuevo virus como la enfermedad eran desconocidos antes de que estallara el brote en Wuhan (China) en diciembre de 2019¹ y en muchos aspectos médicos y científicos sigue siendo un interrogante.

Cuando comenzó todo esto naturalmente tendimos a reaccionar como solemos hacerlo poniéndonos en el centro y pensando que nunca nos llegaría a nosotros, dijimos: es un problema de los chinos, luego fue es un problema de los europeos, luego un problema de los países desarrollados ahora es un problema de todos. La tendencia al individualismo pudo más que la prevención incipiente, la responsabilidad y la solidaridad; piezas de un indispensable andamiaje que pudo haber evitado muchas víctimas fatales si se hubieran puesto en marcha a su debido momento. Hace unos meses leí una frase anónima que decía una verdad al inicio de la pandemia: *“En Disney se apagó la magia, la muralla china no era tan fuerte, ahora New York sí duerme, y ningún camino quiere conducir a Roma, un virus se corona como dueño del mundo y nos dimos cuenta de nuestra fragilidad”*.

En el aislamiento social preventivo y obligatorio (cuarentena) nos dimos cuenta de que el tiempo se mide no en dinero sino en vida, la famosa frase *time is money* debería trocar a *time is life*. En efecto, cada minuto que perdimos, cada minuto que no abrazamos a nuestros seres queridos, a nuestros hermanos, que no interactuamos con misericordia y amor, que no tendimos la mano al necesitado, que no lloramos o reímos juntos, ya no lo recuperaremos. Ahora entiendo todos hemos aprendido a valorar el tiempo y lo importante o esencial para la vida.

¹ Disponible en: <https://www.who.int/es/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019/advice-for-public/q-a-coronaviruses>

En un artículo muy interesante publicado en “eldiario.es” llamado: *Causalidad de la pandemia, cualidad de la catástrofe*, Ángel Luis Lara señala: “No volveremos a la normalidad. La normalidad era el problema”. En un contexto tan especial podríamos suponer que la normalidad -tal como la pensábamos- no la recuperaremos. El capitalismo, el socialismo, el populismo, el parlamentarismo, las dictaduras en sus diversas expresiones, básicamente todos y cada uno de dichos modelos han demostrado ser ineficientes. Ineficiencia a la hora de atravesar la pandemia, no importa las razones solo son visibles los resultados, en todos los casos trágicos. Al mes de agosto solo podemos cuantificar el profundo daño sanitario causado por el Covid-19, hay 20,6 millones de infectados en todo el mundo, 750.000 muertos.

El presente trabajo está encarado desde una perspectiva sociológica y persigue dotar a los pastores laicos y líderes de nuestras congregaciones, de herramientas aproximadas para un análisis que pueda facilitarles la comprensión de las modificaciones sociales, económicas, laborales, sanitarias y espirituales que se están produciendo por causa de la pandemia. Cambios que no hubiéramos pensado posibles, están sucediendo en días, y situaciones que hubieran sido impensadas se producen en horas. Ante el nuevo mundo que está emergiendo la iglesia tiene la misión y las responsabilidades de anunciar las Buenas Nuevas, de mantener la calma, de ser luz en medio de las tinieblas y un punto de anclaje ante el terremoto social actual. No es menor el desafío que tenemos por delante, pero sin dudas entender nuestro contexto nos ayudara en la misión que tenemos por delante.

Estamos enfrentándonos un mundo que evita el contacto personal y paradójicamente pone al distanciamiento como regla para la preservación de la salud y el bienestar de las personas. Estamos enfrentando un mundo en el cual las redes sociales tienen una ebullición particular y se han transformado en herramientas que apalancan la cercanía a la distancia y son punto de encuentro. No obstante, del otro lado de la moneda son reflectores del individualismo, del egoísmo y fundamentalmente del potencial aislamiento en algunos casos deseados.

Veremos que las pandemias no son nuevas en la historia de la humanidad, son básicamente procesos epidemiológicos que producen profundos efectos sociales y en muchos casos han producidos cambios sociales que llegaron hasta la actualidad a través de los siglos. Lo único constante al igual que en toda crisis importante, es Dios quien sigue siendo un insuperable punto de referencia y esperanza. Lo inalterable a lo largo de la historia es el amor de Dios. Triste es que a veces la iglesia lo sepa intelectualmente, pero pocos lo

hayan vivido pragmáticamente. El Covid-19 también le mostró a la iglesia que las luces, las marquesinas, los músicos en la plataforma e incluso el templo incluso son pasajeros. Ahora hemos vuelto a “foja cero”, al inicio, a valorar la importancia real de las casas, de la espiritualidad no mediada sino responsable, a la cruda realidad de que sabemos, pero por años ignoramos, que cada uno de nosotros somos la iglesia, y como tal la responsabilidad de la misión está en nuestras manos, no alcanza con una espiritualidad evangélica es necesario vivir el Evangelio en su plenitud.

El presente trabajo comienza con la introducción y luego en el capítulo segundo introducimos una pregunta no menor: ¿el Covid-19 es un castigo de Dios?, esta pregunta puesta en contexto no es menor, no solo responde al esencial interrogante del hombre ante las situaciones complejas o las calamidades o catástrofes, pero además nos pone en perspectiva con relación a la realidad de ser protagonistas de la historia a cada uno, dato no menor. En el capítulo tercero analizaremos nuestro actual contexto internacional a fin de tratar de hacernos un diseño cercano de lo que está sucediendo a nuestro alrededor y como nos impacta. Para este fin analizaremos los principales campos sociales que interactúan entre sí, a los que hemos denominado ejes, ellos son: económico, social, político e internacional, el eje religioso y espiritual y finalmente el eje individual.

A partir del capítulo cuarto abordamos una serie de reflexiones sobre la iglesia evangélica de la prepandemia, sus características principales, sus tendencias, sobre el cumplimiento de la misión y la forma de desarrollar la misma, a modo de facilitar que pensemos sobre lo hecho, lo realizado y cómo lo hicimos, dado que ante el nuevo contexto sin duda deberemos hacer ajustes para seguir adelante, algunos de los cuales me permito adelantar no serán menores. En el capítulo quinto abordamos los desafíos que tiene por delante la iglesia de la pospandemia. Un día el Covid-19 pasará, no sabemos cuándo, pero pasará, y debemos estar preparados para lidiar con las consecuencias y las modificaciones que se vayan realizando en el paisaje social.

En el capítulo sexto veremos los desafíos que tiene por delante el ministerio en general por delante, más allá de cuál sea dicho ministerio, lo que debemos tener presente es que no podemos afrontar los cambios que se están dando como si nada hubiera pasado o como si pudiéramos evitarlos. Finalmente, en el capítulo séptimo de manera muy general dedicaremos un tiempo para pensar en cómo serán y hacer misiones en un mundo pospandémico antes de arribar a las conclusiones en el capítulo octavo.

Demás está decir que este trabajo no persigue modelar nuestro pensamiento, ni predecir lo que sucederá, simplemente tiene por objetivo ser un disparador para reflexionar juntos a partir de los cambios que se están produciendo en cada uno de los campos sociales, a fin de que dotados de la debida guía del Espíritu Santo podamos desarrollar un ministerio pertinente y adecuado para los tiempos que corren. Los seres humanos somos seres sociales, profundamente vinculados con el otro, la sociedad nos modela, nos da forma y al mismo tiempo nosotros con nuestro accionar cotidiano la vamos modelando a ella, por ende, no estamos excluidos sino incluidos y con una responsabilidad trascendente en este tiempo, *“no somos del mundo pero estamos en el mundo”*.

Es dable insistir en que el ser humano es el único ser vivo que requiere de un proceso de socialización para su desarrollo, no nacemos en el vacío, sino en medio de una cultura y sociedad que nos contiene y define. Cuando conocemos a Jesús como Señor y Salvador personal los aprendizajes, experiencias, traumas, actos y acciones cobran un nuevo significado, no solo Dios nos perdona, sino que nos permite ser y hacer a la luz de su voluntad y nos da un sentido para el aquí y ahora pero además trascendente que nos dignifica. Dios nos creó seres sociales, por ende, entender y conocer los cambios sociales, sus consecuencias e impactos no es menor a la hora de evangelizar de manera pertinente y eficaz.

Finalmente, al final de cada capítulo encontrarán algunas preguntas que tienen la función de disparar la reflexión, pensar lo más críticamente a la luz de la Palabra y con la guía del Espíritu Santo sobre lo hecho y sobre la adaptación de los cambios que trae aparejada la “nueva normalidad”. Esto nos permitirá no actuar impulsivamente o sin la necesaria observación de nuestro entorno y contexto particular según la ciudad o el lugar en que nos encontremos sino de manejarnos con todo el consejo de Dios y las necesidades urgentes y sentidas de las personas. Comencemos.

Capítulo II

¿EL COVID-19 ES UN CASTIGO DE DIOS?

2.a ¿Por qué Dios permitió el Covid-19?

Deberíamos remitirnos a los dos primeros capítulos del libro de Génesis, al final del primer capítulo dice la Palabra que vio Dios lo que había creado y “era bueno en gran manera” (Gn 1:31). En dichos capítulos no se habla de ninguno de los males que aquejan a la humanidad, ni del pecado que en su raíz los provoca, incluso aquellas otras cosas que más allá de un virus son pandémicas (la droga, la prostitución, la cosificación del cuerpo, el individualismo, la avaricia, la mezquindad, el alcoholismo, entre muchos otros), ambos pasajes terminan en perfecta armonía y equilibrio entre el hombre, Dios y la naturaleza. En el tercer capítulo cambia todo y desde allí y hasta la fecha, tenemos pandemias de todo tipo sanitarias, económicas, morales, espirituales, físicas, familiares, intelectuales, entre muchas otras, todas y cada una de ellas en contra de la voluntad de Dios. En definitiva, el pecado ha corrompido la naturaleza humana y por ende todo su obrar posterior, salvo que sea salvo por Jesucristo.

Las pandemias no son nuevas en la historia de la humanidad, son básicamente fruto o producto de la urbanización, de los conglomerados sociales. En este sentido hubo a lo largo de la historia muchas de ellas que fueron significativas: Peste Antonina (165-180 d.C.), Plaga de Justiniano (541-542 d.C.), Peste Negra (1347-1351), Viruela (1520), La Tercera Peste (1855), Gripe Española (1918-1920), VIH/SIDA (desde 1981 a la actualidad). Independientemente de la magnitud de cada una de ellas (todas importantes), el mundo se ha vuelto a levantar, pero esto nunca sucede en el corto plazo. Los procesos se trastocan, las normalidades se resignifican, la economía cede ante la importancia de la vida, el desarrollo avanza un paso, la medicina gana más conocimiento y la historia vuelve a dar cuenta de la ineficiencia de los gobiernos o imperios de turno y su falta de previsión. Lo único constante al igual que en toda crisis importante, es Dios quien sigue siendo un insuperable punto de referencia y esperanza. Lo inalterable a lo largo de la historia es el amor de Dios. Triste es que la iglesia lo sepa intelectualmente pero le cueste tanto vivirlo encarnacionalmente.

Ante todo, debemos tener en cuenta que Dios sigue teniendo el control de la historia y la naturaleza, es bueno que sea la iglesia la primera en reconocerlo, crearlo y anunciarlo;

son muchos los pasajes bíblicos que hablan de la soberanía de Dios y su intervención a lo largo de la historia de la humanidad (Job. 5:10; 28:5; Sal. 135:6-7; 147:8; Jer. 10:13; Heb. 1:3 entre muchos otros). A lo largo de la historia Dios siempre nos ha hablado de muchas maneras (Heb. 1:12), el mensaje siempre estuvo centrado hacia el pueblo de Israel y posteriormente la iglesia primitiva, por ejemplo, los mensajes a las siete iglesias de Asia en el libro del apocalipsis no son para el mundo sino para la iglesia.

Hoy Dios nuevamente nos está hablando, esta vez de una manera distinta, poco usual, pero siempre en el ámbito de su soberanía y vaya que es altamente eficiente. Esto nos pone ante el desafío de hacer un profundo análisis de lo hecho, de cómo hemos cumplido la misión y llevado a cabo la voluntad de Dios y, en ese sentido, debemos hacer una reflexión no menor, más adelante veremos un poco en detalle lo señalado.

Lo que debemos tener en cuenta en primer lugar es que dentro de su voluntad permisiva Dios permitió el Covid-19 y lo primero que nos señala es nuestra fragilidad, debilidad, vulnerabilidad. La Biblia dice que *“necio es el que confía en sí mismo”* (Pro. 28:26). En cambio, nos aconseja: *“Confía en el Señor de todo corazón, y no en tu propia inteligencia”* (Pro. 3:5). La iglesia no es nuestra, es de Dios, Él es Señor y cabeza de la iglesia y, por ende, sigue al igual que con la historia y nuestras vidas, manteniendo el control.

En segundo lugar, Dios nos está mostrando nuestra condición pecaminosa, nos dice John Piper: *“Con la crisis del coronavirus, así como con todas las demás calamidades, Dios le está dando al mundo una representación física de la atrocidad moral y la fealdad espiritual del pecado que menosprecia a Dios”* (2020, p. 63). El pecado sigue siendo la fuente de las calamidades y atrocidades del mundo, y éstas nos muestran las consecuencias del pecado, el apóstol Pablo lo resume de manera magistral en Romanos 5:12: *“Por medio de un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por medio del pecado entró la muerte; fue así como la muerte pasó a toda la humanidad, porque todos pecaron”*.

El mundo está bajo el juicio de Dios, pero también nosotros, hasta que llegue el momento de estar con Él por la eternidad (Ro 8:23), los cristianos sufrimos calamidades, nos enfermamos, tenemos problemas, es parte del “estar en el mundo sin ser del mundo” (Jn 15:18-21), aunque tenemos una importante diferencia en nuestro caso, para los que creemos en Jesús no hay condenación (Ro. 8:1), sino una realidad de eternidad en su presencia.

En tercer lugar, el Covid-19 nos muestra una nueva revelación en el más exacto sentido del término. Dios logró de manera sorprendente captar nuestra atención. Más allá de la postura teológica de cada uno en relación con las “últimas cosas”, debemos reconocer que

vivimos en un tiempo que no necesariamente es apocalíptico, pero sí, estamos en un apocalipsis -revelación- necesario para la iglesia. Dios nos empezó a revelar una perspectiva de la iglesia más parecida a la de su corazón que a nuestras apreciaciones personales o institucionales. Por eso en resumidas cuentas volvimos al “punto de inicio”, a la iglesia en las casas, a una relación más personal con Dios, a una fe no mediada sino desarrollada por la obra del Espíritu Santo al ritmo de cada uno y no de un programa eclesial que tiende a no respetar las individualidades.

Aunque resulte paradójico lo que voy a escribir la iglesia propició muchos paradigmas anticristianos, obviamente sin darse cuenta: poniendo más énfasis en la mediación carismática que en la formación integral del discípulo; optó prefiriendo el activismo religioso antes que el debido tiempo para la familia; escogiendo el prejuicio antes que la misericordia; pretendiendo manipular a Dios con nuestras exigencias y declaraciones; optó al enseñarle a la gente que lo que necesitaba estaba en ellos y no en Cristo o haciéndoles creer que nunca tendrían aflicciones o deberían tomar su cruz y seguirlo; eligió favorecer los protagonismos escénicos a una adoración comunitaria integral, optó pensando que podía haber redención sin encarnación o misión sin amor. La misión no es un ítem a cumplir, un programa a ejecutar, o solamente una acción a desarrollar, por el contrario, la misión es llevar el sentir (amor) de Dios a todo lugar. La misión es conformarse al corazón de Dios y obrar en consecuencia, nosotros solo somos “*siervos inútiles*” (Lc. 17:10), todo está en Él, procede de Él y es para Él.

Por muchos años nos centramos tanto en nuestro *imago mundi* (imagen del mundo), tanto en nuestro aspiracional que por momentos perdimos de vista la visión de Dios, su imagen recreándose en cada necesitado, en cada hambriento, en cada enfermo, en cada desahuciado, en cada frágil en la fe, en cada acto de injusticia. Logramos afianzarnos en el mundo, pero sin impactar adecuadamente al mundo, dándole prioridad a nuestro corazón antes que a la necesidad de tener un corazón conforme al de Dios, que haga todo lo que Él quiere que haga (Hech.13:22).

2.b Distintas posiciones teológicas sobre la pandemia

Antes de avanzar conviene señalar que la actual coyuntura mundial se da en el marco de lo que conocemos como la hipermodernidad (la postmodernidad ya paso hace años), una compleja época signada por el individualismo extremo, el hedonismo, la virtualización, un

excesivo afán por la velocidad, todo tiene que ser instantáneo, para “ayer”, con un notable sentido de soberbia sobre las posibilidades humanas, más cercano a la inteligencia artificial que a las emociones, y una espiritualidad autogerenciada, o dirán algunos a la carta como en un restaurante, lo que yo denominado “creyentes de autogestión”, que no necesitan la intervención del ministro o pastor (y en muchos casos no la desean tampoco); creyentes que se salen del marco institucional, en una compleja trama de construcción espiritual y de relacionamiento con Dios independientemente de lo que se enseñe institucionalmente. Esta yuxtaposición de creencias adquiridas a lo largo del tiempo, de construcciones experienciales, de marcos no regulados, englobados en lo que se denomina “religión vivida”, la religión que gira en torno a lo cotidiano, no solo en una red de significados, sino de relaciones, en la cual importan las creencias, pero también importan las prácticas, las vivencias acumuladas, las percepciones y las relaciones.

En el año 2016 el famoso historiador y filósofo israelí, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, Yuval Noah Harari escribió un libro que se transformó en un best seller “*Homo Deus. Breve historia del mañana*”. La tesis central del libro es que el hombre en el futuro inmediato y gracias al desarrollo científico y tecnológico podrá controlar los tres grandes males que aquejaron a la humanidad a lo largo del tiempo: las guerras, el hambre y las pestes. Si bien es cierto que el desarrollo científico y tecnológico han venido a suplir varias de nuestras necesidades y facilitado un nivel de vida un tanto más seguro respecto de cuestiones que décadas atrás eran absolutamente impensadas, entiendo que mucho se dista de proclamar que las guerras, el hambre y las pestes o las enfermedades están en vías de extinción.

Lo mencionado en el párrafo anterior es en definitiva una excelente síntesis del mal que ha aquejado al hombre a lo largo del tiempo, la “autosuficiencia”, el “orgullo”, el pretender controlar, dominar las situaciones con nuestras habilidades, capacidades, recursos y conocimientos sin darnos cuenta de que como afirma la Palabra, ni siquiera tenemos control sobre lo que pasará con nuestras vidas el día de mañana o podremos hacer algo el día de mañana (Stg. 4:14), o podemos evitar que uno de nuestros cabellos se caiga. Siguiendo con el análisis contextual y teniendo en cuenta el entorno de hipermodernidad e individualismo a ultranza, cabe colocar en el escenario un nuevo actor llamado Covid-19, cabe destacar que se han elaborado varias teorías sobre su origen y propósito, sobre el mundo de la pospandemia, la llamada “nueva normalidad”, las mencionamos genéricamente.

Dichas teorías de manera general se pueden resumir en cabeza de algunos pensadores actuales: Byung Chul-Han, Slavoj Žižek o Alexander Dugin; el primero diciendo

básicamente que, si bien la pandemia se ve acompañada por el pánico y la ansiedad y, sus consecuencias económicas serán graves, ningún virus llevará adelante una revolución ni dará un golpe mortal al capitalismo. El segundo, en tanto, manifiesta que el proyecto civilizatorio actual está fuertemente anclado a la tecnología y ésta es la que potencia el fenómeno del covid-19, al tiempo que señala la necesidad de enfrentar la crisis con una nueva forma de cooperación de los estados dado que la globalización del mercado está llegando a su fin. En una posición más rupturista, Dugin, oponente del imperialismo estadounidense y sobre todo al universalismo de los valores liberales sostiene que la humanidad se encuentra frente a una crisis que afectará al actual orden mundial y de la que será imposible volver. Volveremos sobre ellas.

Si bien solo se mencionaron tenues generalidades de los pensamientos actuales, el presente busca de manera sintética y desde una perspectiva estrictamente sociológica tratar de ayudarnos a reflexionar y abrir el debate sobre los cambios sociales que ya se están produciendo, tratar de entenderlos en su insipiencia y bosquejar lineamientos generales respecto de la nueva normalidad que deberá afrontar la iglesia y particularmente el ministerio en todas sus formas y posibilidades. Reiteramos las epidemias si bien son fenómenos biológicos, son además eminentemente sociales. En este sentido cabe mencionar que también desde el punto de vista espiritual se han elaborado algunas teorías que tratan de explicar el origen de la actual pandemia y su significado para la Iglesia y el mundo.

En primer lugar, están aquellos que hablan de una **conspiración global** a partir de las profecías sobre los últimos tiempos advierten que se pretende controlar a las personas obtener dominio sobre ellas a partir de la instalación de un microchip qué sería colocado en el cuerpo cuando se aplique lo que será la vacuna contra el Covid-19. Esta teoría asociada a una conspiración de grandes e importantes empresarios internacionales y sus compañías para obtener alguna especie de rédito económico y control global encuentra su justificación en algunas profecías que anuncian los acontecimientos que sucederán antes de la segunda venida del Señor Jesús. No vamos a entrar en detalles sobre sus proponentes o las iglesias que adhieren a esta teoría, solo la mencionamos para favorecer un análisis posterior. Sí, decir que no son pocos los adherentes a esta teoría.

Por otro lado, en segundo lugar, están aquellos que consideran a la actual pandemia como una calamidad más entre todas aquellas que lo largo de la historia haber sucedido con la única particularidad de que esta generación es la que la está atravesando, teoría de la calamidad. En este sentido hay un reconocimiento del cumplimiento de varias profecías para

los tiempos finales, pero también la seguridad de saber que nadie puede decir el día o la hora en que el Señor regresará. En ambos casos, descriptos genéricamente, cabe advertir que hay un replanteo y una reflexión sobre los realizados por la iglesia en el primer caso, para levantarla como uno de los pocos bastiones que el espíritu del anticristo no podrá vencer y en otro caso adicionalmente como un llamado a recuperar la esencia de la misión y redoblar esfuerzo para anunciar el Evangelio hasta el último de la tierra.

Cierto es que más allá de las posiciones teológicas que cada una de las iglesias pueda tener lo que nosotros debemos tener en cuenta, en mi humilde opinión, son los siguientes aspectos generales a la luz de las Escrituras:

En primer lugar, tal lo afirmado anteriormente Dios tiene el control de la historia y de los tiempos, en su soberanía y dentro de su voluntad permisiva ha dado un mensaje muy claro el mundo y particularmente a la iglesia Debemos tener en cuenta que cuando no cumplimos la misión conforme al corazón de Dios, aunque nos esforcemos, el fruto no será el mismo.

Es más que claro que esa “normalidad” que el mundo aceptó y que tan bien describen los autores citados no puede ser lo normal para Dios, pero tampoco puede ser normal para su iglesia. No obstante, debemos reconocer y aceptar que gran parte de lo descripto sedujo a la iglesia, la obnubilo, nos dejamos atrapar por las luces, los espejitos de colores, por el ansia de poder que desde el comienzo de los tiempos fue tan atractiva para el ser humano (ser iguales a Dios). La banalidad, la mediocridad y miopía espiritual produjo una anomia eclesial y ministerial que, pese al crecimiento numérico actual, nos sumergió en un profundo letargo espiritual, pese al crecimiento numérico en la mayoría de nuestros países.

Es que no se trata solamente de milagros, de dones, de ministerios, de edificios lujosos en medio de un continente pobre, de eventos, todo eso es pasajero, tarde o temprano cesará (I Cor. 13:8). Se trata de amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mr. 12:30). En definitiva, se trata de mostrar a Jesús y vivir como Él. Algo tan simple que precisamente por su simpleza se nos escurrió entre las manos.

Durante mucho tiempo me llamó la atención ¿por qué Jesús en el Evangelio según San Mateo 11:11 afirma que no hubo hombre más grande nacido de una mujer que Juan el Bautista? Al mirar su ministerio observamos que no hizo milagros, no realizó portentos, no separo mares, no derribo murallas, no venció gigantes o ejércitos, no conquistó ciudades, no retuvo por su oración la lluvia del cielo, ni paro el sol, no hizo caer fuego del cielo, no sanó

enfermos o liberto endemoniados, pero sí claramente afirma el Evangelio según San Juan que gastó su vida por mostrar a Jesús. En efecto, el primero en anunciar públicamente: “he ahí el Cordero de Dios” (Jn 1:29-30).

Se reconoció asimismo como la voz de uno que clamaba y anunciaba en el desierto, solo una voz, librado de todo ego o centralidad (Jn. 1:23), ni siquiera se sentía digno de desatar encorvado las correas de las sandalias de Jesús (Jn. 1:27), pero fue un paso más y anhelo perder importancia cada día para que la gente solo mire a Jesús, sin interferencias, sin distorsiones, o intermediarios (Jn. 3:30). Su grandeza radicaba en su pequeñez, su mérito encontraba razón de ser en su visión, su exaltación fue resultado de su humillación y su belleza en haber menguado consciente y deliberadamente para mostrar únicamente a Jesús.

Finalmente, Jesús vuelve a hablar de Juan el Bautista, y esta vez (Jn. 5:35) lo compara con una vela o lámpara que arde, ellas tienen la particularidad que en la misma medida y proporción que alumbran se van desgastando, consumiendo por alumbrar, hasta que finalmente muere. Eso es lo que paso con Juan, por dar luz, por mostrar a Cristo y denunciar el pecado de Herodes, por renunciar a los criterios y conceptos del mundo, finalmente murió. Sin luces, sin brillos, sin marquesinas, sin estridencias, pero habiendo consumido su vida por anunciarles a todos, la esencia del Evangelio: *“arrepíentase de sus pecados y vuelvan a Dios, porque el Reino de los cielos se ha acercado”* (Mt. 3:1-3), siempre mostró a Jesús y se consumió a sí mismo por Él, quizás el mayor milagro que un hombre puede hacer. Un terrible desafío que sigue teniendo la iglesia de este tiempo y en medio de la pandemia, mostrar solo a Jesús y ser opacados por Él.

En segundo lugar, vale la pena señalar que nadie sabe el día y la hora en que el Señor vendrá a buscar su iglesia, no obstante debemos reconocer que varias profecías se han cumplido o están en proceso de cumplimiento, entre ellas las enumeradas por el propio Jesús en el llamado “apocalipsis de Jesús” en Mateo 24 y 25. No obstante, esto no nos habilita a hacer especulaciones, solo nos habilita a acudir al Espíritu Santo y tal como hicieron en la iglesia primitiva pedir que renueve nuestras fuerzas para seguir anunciando a Jesús, cumplir nuestra misión con integridad y hacer lo que Jesús haría y mostrar al Padre como Él lo mostraría (Hech. 4:29-31).

En tercer lugar, la iglesia debe y necesita hacer una profunda reflexión sobre el cumplimiento de la misión, la forma en que la ha llevado a cabo y la manera en que deberá realizarla de ahora en adelante, teniendo en cuenta los cambios que se están produciendo a nivel global y que posteriormente analizaremos. Esto es, necesitamos confrontarnos con la

Palabra de Dios y bajo la dirección del Espíritu Santo tomar una real dimensión acerca de si hemos hecho exactamente lo que Dios nos pidió y en la forma que Él lo pide en su Palabra; para poder entonces, modificar aquellas cosas que hemos hecho mal, continuar con aquellas que hemos hecho bien y pensar, sobre todo, como deberemos seguir cumpliendo con la misión en el nuevo contexto.

2.c ¿Debemos ser alarmistas o tener temor?

Es importante tener en cuenta que los cristianos debemos entender el mundo a partir de la cosmovisión del Reino de Dios, en ese esquema no vislumbramos solamente lo que las personas vislumbran, ni debemos ser modelados por sus propios temores o circunstancias. Es claro que las circunstancias nos afectan y alcanzan, pero nuestra actitud y comportamiento debe ser radicalmente diferente al resto de las personas.

En este sentido debemos entender que el temor, bajo ninguna circunstancia, puede regir nuestra vida y mucho menos dominarla, no solo porque el perfecto amor de Dios echa fuera el temor (I Jn 4:18), sino por lo que Dios le recuerda al profeta Isaías: “...*No teman lo que ellos temen, ni se dejen asustar. Solo al Señor Todopoderoso tendrán ustedes por santo, solo a él deben honrarlo, solo a él han de temerlo*”. Un cristiano ante la enfermedad, las dificultades e incluso la muerte no debe verlas como lo hacen los incrédulos, dado que gracias a la resurrección de Cristo, sabe que tiene una vida nueva en Cristo y que por ende, la muerte es solo un “abrir y cerrar de ojos” dirá San Pablo hacia una eternidad con Cristo, ante dicha convicción no hay nada que nos pueda separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor nuestro (Rom. 8:31-39).

Por lo dicho no corresponde a un cristiano la alarma o el temor, nuestro Dios es un Dios de vida y por ende vivimos y viviremos eternamente con Él. Sí corresponde al cristiano la debida y suficiente responsabilidad por la vida propia y la de los demás, guardando las normas sanitarias y de salubridad y máxime en un contexto de pandemia, no solo por nuestro cuidado personal dado que somos “templo del Espíritu Santo”, sino por el cuidado de las personas que nos rodean y son parte de la iglesia o terceros empezando por los ancianos y las personas de riesgo. No debemos tentar a Dios sino ponernos bajo su protección actuando con responsabilidad.

Tampoco podemos pensar que estamos por encima de las autoridades que Dios ha colocado en cada uno de nuestros países (Rom. 13:1), están puestas por Dios por ende sus

acciones, salvo que vayan deliberadamente contra la voluntad de Dios o nos obliguen a violar lo que Dios nos pide, debemos acatarlas, dentro del contexto de poder que el marco legal les otorga. De hecho, vivimos en sociedad, no podemos cruzar una calle cuando el semáforo tiene luz roja, primero porque corre riesgo nuestra integridad física y la de los terceros; segundo, porque estaríamos violentando el marco social y legal que dice que no se puede cruzar una luz roja, con lo que significa violar la ley; y tercero, porque vulnera o debilita nuestra autoridad como ejemplos que fuimos llamados a ser entre las personas. Somos llamados a ser, repito, ejemplos de santidad, de vida y de misión para que el nombre de Cristo sea exaltado a través de nuestro servicio y predicación.

Cierto es también que resulta difícil seguir las restricciones impuestas por las autoridades locales e internacionales específicas en cuanto a la materia, por ejemplo, la Organización Mundial de la Salud, luego de tantos papelones, marchas, contramarchas e irresponsabilidades. Esto también acontece a nivel local de cada uno de nuestros países, en los cuales se toman las decisiones atravesadas por la variable política y sanitaria (particularmente epidemiológica) sin tener en cuenta el resto de las dimensiones de la vida social, o se hacen de manera incompetente.

Puesto en perspectiva, cuando analizamos lo que dice Romanos 13, vamos a observar que la iglesia a lo largo de la historia ha sido una adelantada en los temas de desobediencia civil (Pedro y Juan ante el concilio, Lutero y el resto de los reformadores, Martin Luther King, entre muchos otros). Ahora bien, había en dichos contextos una simbiosis entre la desobediencia civil y en parte la violación de los derechos humanos y en este punto, esto no es tan claro. Cierto es que si queremos llamar a desoír la cuarentena y las restricciones impuestas a las reuniones públicas (varias iglesias lo están planteando a lo largo del continente), debemos considerar la desobediencia civil se convertiría en simple desobediencia si no se acompaña de un profundo y genuino sentido de responsabilidad de nuestra parte para mantener las normas sanitarias y de salubridad necesaria para evitar el contagio de nuestros propios hermanos o sus familias. No podemos guiarnos por videos de YouTube, sino por recomendaciones médicas concretas, expertos en la materia que nos digan de qué forma evitar contagios innecesarios, de hecho, internet es una pésima fuente para que un no profesional de la salud obtenga información. Tenemos la responsabilidad en nuestro caso de velar por el cuidado de nuestros hermanos y exponerlos innecesariamente o sin las previsiones del caso nos hace irresponsables y negligentes, es contrario a lo que enseña la Palabra de Dios (Hech. 20:28).

A la fecha las mejores o más eficientes medidas de protección contra el Covid-19 de las que disponemos son las de protección sanitaria, la necesaria distancia personal y evitar el aglomeramiento de personas, dado que no guardarlas puede acarrear consecuencias peores. Debemos aceptar que esto no lo hacemos solamente porque lo pide un determinado gobierno y estamos o no de acuerdo, sino que lo hacemos luego de tamizar adecuadamente los pros y los contras y sobre todo por responsabilidad ante el Señor, nuestros hermanos, sus familias y la sociedad en su conjunto a la que somos llamados a bendecir.

Finalmente debemos considerar que uno de los propósitos de Dios con el covid-19 es que su pueblo redoble sus esfuerzos para predicar el Evangelio del Reino, en un marco de santidad, amor, fe y poder. Que seamos capaces de librarnos de todo sentimiento de victimización, de temor, de sobresalto. Hacer lo que hicieron nuestros hermanos en las pandemias precedentes a lo largo de la historia, esto es, guardar las normas de salubridad y cuidados debidos, ayudar a todas las personas que podamos y por sobre todas las cosas proclamar a Jesús Señor. La pandemia ofrece una oportunidad sin precedentes para anunciar a Jesús.

Preguntas para reflexionar:

- 1) ¿Qué piensa usted al respecto? ¿El Covid-19 es un castigo de Dios o no? ¿Cuál es su interpretación?
- 2) ¿Cómo evalúa su ministerio a la luz de lo que dijimos respecto de Juan el Bautista?
- 3) A su juicio si tuviera que mencionar tres cosas positivas que causo el Covid-19, ¿Cuáles serían? Por favor explíquelas.
- 4) Por favor reflexione si estás dadas en su comunidad de fe las condiciones de responsabilidad e higiene necesarias para evitar los contagios en la medida que se libere la cuarentena. ¿Qué debe hacer para mejorar dicha situación o facilitarla?

CAPÍTULO III

SURGIMIENTO DE UN NUEVO CONTEXTO GLOBAL (Descripciones Generales)

En el presente capítulo vamos a analizar el impacto del Covid-19 respecto de los distintos campos sociales (en adelante los llamamos “ejes”). En este sentido cabe advertir que si bien se podrían consignar muchos datos estadísticos para cada campo (salud, economía, educación, justicia, laboral, religioso, entre otros), la realidad es que dada la voracidad y alto nivel de contagio del virus y su propagación difícil de controlar máxime a través de los llamados asintomáticos, nos obligaría a actualizar las cifras casi a diario, lo cual se torna imposible para un trabajo como el presente (si consignamos números quedarían desactualizados a la semana). Debemos decir, sin embargo, que el número de infectados y de muertes va ascendiendo diariamente ya llega a varios millones de personas de contagiados y centenas de miles de muertos, a modo de ejemplo a mediados de agosto del corriente año y en menos de 8 meses hubo más de 16 millones de contagiados en el mundo y casi 700.000 muertos, algo impensado en el mes de enero del 2020.

Lo que debemos saber es que el virus, según los especialistas médicos, se propaga más de dos veces más rápido que cualquier otra enfermedad respiratoria y con una tasa de contagio mucho más alta. Lo segundo que debemos tener en cuenta es que todavía no tenemos una vacuna en comercialización (aunque hay varias investigaciones en curso) o un tratamiento médico efectivo, con lo cual por el momento los médicos están a tientas y el panorama es particularmente complicado con los pacientes mayores de 60 años o con complicaciones adicionales: “pacientes de riesgo” (diabetes, hipertensión, enfermedades bronquiales, cardiovasculares, entre otras). Esos riesgos asociados hacen que suba notablemente la mortandad del virus.

Con estas premisas previas vamos a intentar esbozar un análisis general de las potenciales modificaciones a las que nos tendremos que ir acostumbrados en los próximos meses y el impacto que tales modificaciones traerán a nuestro paisaje de vida cotidiana en todo sentido. Las pandemias, como dijimos, si bien son fenómenos epidemiológicos son además eminentemente fenómenos sociales y, cada uno de nosotros, a diario construye la sociedad, es influenciado por ella, pero también influye en ella, en un círculo dinámico permanente. Seguir la evolución de los cambios que se están produciendo, entenderlos y comprender la dinámica de los mismos debe ser el punto de inicio para pedirle al Espíritu

Santo el oportuno socorro y auxilio para poder ministrar en medio de dichas modificaciones sin alterar la verdad del Evangelio y hoy más que nunca, viviendo lo que predicamos.

3.a El mundo de la pospandemia. Hacia un nuevo contexto y formas de interpretarlo

En virtud de lo dicho en los párrafos anteriores, debemos ir asumiendo la realidad de que el mundo cambió, no es posible volver a la normalidad como si nada hubiera pasado luego de semejante cantidad de enfermos y muertos, independientemente a que la cifras por el momento van subiendo. De hecho, en países en los cuales se lo pensó “controlado el virus” se observó la cruda realidad de los “rebotes”. Es más, sin duda en el momento que tengamos una vacuna el virus podría ir mutando, con lo cual más allá de las vacunas y los tratamientos, lo que el Covid-19 puso en evidencia en primer lugar nuestra necesaria dependencia y necesidad de Dios, en segundo lugar la fragilidad del hombre y su vulnerabilidad, y en tercer lugar algunas normas de convivencia sanitaria que llegaron para quedarse.

Debemos ir pensando en un mundo pospandemia con algunas características generales que luego en cada eje iremos desarrollando. A modo de anticipo podemos mencionar, un mundo con profundos cambios en lo social, un aumento notable de desempleo, de crisis económica, de crecimiento de la pobreza y creciente desigualdad social en todas sus formas, obviamente de manera más marcada en los países subdesarrollados. Un nuevo mundo con fronteras dinámicas que se abrirán y cerrarán conforme los picos de la enfermedad hasta tanto tengamos una vacuna o tratamiento efectivo para controlarlo, incluso de modificaciones regionales en la composición de los diferentes países conforme surja la necesidad de realineamientos en cada uno de ellos. Un mundo que tiende a redefinir el mundo educacional y laboral por medio del teletrabajo (*home office*), estudio a distancia, modificaciones en el paisaje universitario y escolar. Las instituciones educacionales y empresas deberán adaptarse rápidamente a un nuevo contexto. De hecho, la inteligencia artificial es un condimento que viene a agregar una complejidad importante en el mundo laboral y a mejorar la calidad de vida de las personas, por el momento de manera incipiente a partir de lo que se conoce como domótica.

Será un mundo atravesado por la salud como eje prioritario de nuestro comportamiento social (higiene personal, cubrebocas, lavado de manos, distanciamiento social, alcohol en gel, limpieza profunda). El Covid-19 tiene efectos directos e indirectos

sobre la salud pública de las distintas naciones. Dentro de los primeros podemos mencionar la complejidad de contar con los insumos adecuados para el personal de la salud, la alta exposición y contagio de los médicos, enfermeras y personal sanitario, la falta de camas de terapia intensiva, la falta de respiradores y asociados a ellos y dependiendo de los casos particulares máquinas de diálisis, obviamente y lo más importante no tener a la fecha un tratamiento preciso y conocido para combatirlo y mucho menos una vacuna efectiva. Una especial atención requiere el hecho de los pacientes asintomáticos, dado que los primeros síntomas de contagio de la enfermedad se empiezan a notar después de los 5 a 7 días y que según la Universidad de Massachusetts Amherst el 97,5% de los pacientes comienzan a manifestar síntomas evidentes o claramente visibles a partir del onceavo día. Esto sin duda hace sumamente difícil de controlar la multiplicación del virus dado que una persona “aparentemente sana” en realidad lo estaría propagando hasta que se manifieste la sintomatología pertinente.

Como efectos indirectos pueden mencionarse lo que fue una constante, aún en los países del primer mundo: falta de infraestructura hospitalaria, falta de personal, abandono por parte de los pacientes de tratamientos médicos complejos por temor al contagio del covid-19, constante modificación de los protocolos médicos, trastornos psicológicos producto del aislamiento social preventivo y obligatorio, imposibilidad de una higiene adecuada por falta de servicios básicos (fundamentalmente agua potable y cloacas) sobre todo en lugares carenciados, entre otros.

Aunque no nos demos cuenta ya estamos según algunos han dado en llamar frente a una nueva generación a la que denominan “*Pandemics*”. En efecto desde que el virus empezó ya han nacido (al mes de julio del 2020) más de 36 millones de bebés en el mundo. Pero la nuestra es generación de una de las mayores crisis económicas de los últimos tiempos, de profunda injusticia y desigualdad social, la generación de la hiperconectividad (aún más que los *millennials*) y la bioseguridad, la generación del distanciamiento y la virtualización de la vida cotidiana, pero que al mismo tiempo por el confinamiento familiar detonó muchos trastornos funcionales ocultos hasta las nuevas dinámicas de convivencia. Un desafío para ellos, pero también para la iglesia que deberá ministrarles y mostrarle a Jesús, a través de pastores multifacéticos y entrenados, sobre todo en amor y misericordia.

Dentro de esta dinámica cambiante, de hiperconectividad, de hipersensibilidad social, económica y sanitaria; de una nueva generación naciente y con profundos cuestionamientos a los paradigmas sociales y económicos vigentes, debemos tener en cuenta

que como en toda crisis, la espiritualidad no cesará. La fe seguirá siendo una de las riquezas más importantes del hombre, independientemente de que las personas la vivencien conforme a nuestras preconceptualizaciones religiosas y litúrgicas.

Siguiendo a Iván Petrella podemos afirmar que: *“las religiones son, para bien y para mal, nos gusten o no, un fenómeno global, universal, y esencial al ser humano”* (Diario La Nación, 07 de marzo del 2020). Es que, en efecto, debemos traer a la memoria que el famoso *dictum* de Nietzsche: “Dios ha muerto” no se ha cumplido, y me adelanto a pensar que menos se cumplirá en nuestro contexto pandémico. El hombre sigue teniendo la necesidad de depositar y vivir su fe, en este sentido cada uno de nosotros fuimos llamados por Dios para anunciar a las riquezas del Evangelio y a Jesús como Señor con una proclamación eficiente y eficaz. La necesidad de Dios sigue estando intacta en el corazón de las personas, el vacío sigue estando ahí y nosotros también para mostrarles quien es el único que puede llenarlo.

3.b Eje económico

Es importante que vayamos preparándonos para lo inevitable, a la pandemia sanitaria se le sucederá una inexorable pandemia económico-financiera y social. Luego de tantos días de cuarentena, de aislamiento, de falta de productividad la restricción económica hará sentir su presencia incluso en los países más desarrollados, los cuales ya anunciaron, en su mayoría serias restricciones financieras y de crecimiento. Solo a modo de ejemplo dado que los números van cambiando rápidamente, cabe mencionar que la Comunidad Económica Europea anunció caídas significativas en los PBI de los respectivos países miembros, una suba en los índices de desocupación y pobreza y muchos países están pidiendo emisión para tratar de frenar las contingencias mencionadas. Estados Unidos de Norteamérica también se encuentra en una crisis financiera importante y con números fluctuantes respecto de empleos formales que suben y bajan sin encontrar un equilibrio, pero con una preocupación significativa por algunos indicadores sociales. Por su parte la economía China se retrajo casi un 7% en los primeros cuatro meses del 2020 por efecto del coronavirus, hecho que no pasada en los últimos 30 años. Tanto bajó el precio del petróleo a nivel internacional que aunque parezca mentira Arabia Saudita recortó su presupuesto un 10% y paso la alícuota del IVA de un 5% a un 15% a partir del 1° de julio del 2020.

En toda América Latina, sin duda vendrán tiempos de profunda retracción económica, en el cual los cuentapropistas, los profesionales, las pymes, incluso la mediana

empresa tendrá serías dificultades para sobrevivir. Debemos recordar que la iglesia a los fines impositivos y fiscales es una pyme (pequeña y mediana empresa) en el mejor sentido de la palabra en cuanto a la carga tributaria o presión de tasas y servicios. Todo un desafío para el pago de los salarios pastorales, gastos fijos de la congregación, envío de misioneros al campo y sostenimiento integral de la misión.

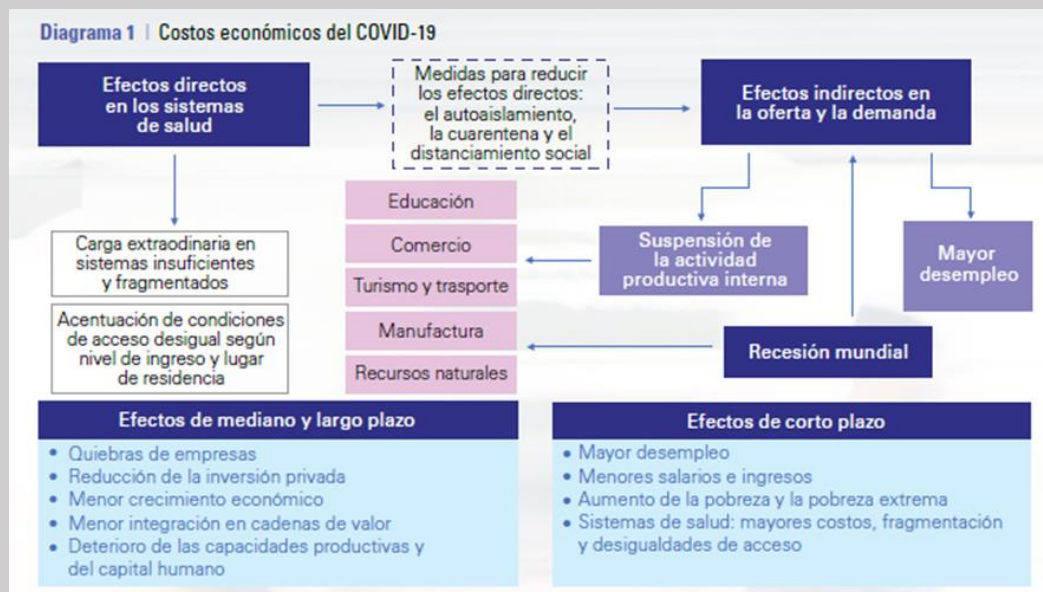
Lo mencionado son solo algunas líneas para que vayamos tomando una real dimensión de que los próximos meses y años no serán fáciles, muchas de las personas que sufrirán los efectos de la pandemia económica son hermanos nuestros y personas que acudirán a nosotros buscando no solo consuelo, restauración, ayuda social y acompañamiento, sino una nueva esperanza que solo puede surgir del mensaje integral del Evangelio.

El Secretario General de Naciones Unidas, António Guterres, quien asumió su cargo el 1 de enero de 2017 en ocasión de la presentación del “Informe sobre los Efectos Socioeconómicos del Covid-19”, señaló que la crisis producida por esta pandemia deberá conducirnos a una economía diferente. Una economía capaz de atender de manera creativa y amplia las futuras necesidades de cientos de miles de hogares que quedarán sin trabajo, en la pobreza, sin recursos genuinos, o con sus miembros atravesados por la enfermedad y la pérdida.

Los países deberán hacer frente a devastadores efectos sociales y económicos e impondrá necesariamente replanteos de las políticas fiscales e impositivas, una lucha seria y profunda contra la corrupción, beneficios monetarios para el fomento del empleo y la industria y una mayor responsabilidad de los países desarrollados respecto de los subdesarrollados y particularmente del Fondo Monetario Internacional.

Quizás se puedan resumir de manera esquemática los incipientes impactos económicos del covid-19 en un gráfico desarrollado por la CEPAL y que exponemos a continuación:

Figura N° 1: Impactos económicos del Covid-19 (análisis preliminar)



Fuente: Comisión Económica para América latina y el Caribe (CEPAL).

Por lo expuesto, nos proponemos recordar algunos principios bíblicos que como cristianos necesitamos tener presente y Dios establece en Su Palabra como herramientas idóneas para salir de las crisis y desde nuestro lugar abogar por ellos. Debemos tener en cuenta que no vamos a profundizar en ellos dado que hay muchos libros escritos sobre el particular, solo recordaremos los principios más importantes a la luz de una mirada estrictamente sociológica y en relación al contexto de excepcionalidad en que nos encontramos.

En el Antiguo Testamento se puede observar de manera genérica una doble visión respecto a la actitud correcta sobre los bienes o posesiones y las riquezas. En primer lugar se puede notar un aprecio o reconocimiento loable a los bienes materiales, considerados necesarios para la vida. Por otra parte, la abundancia (no entendida como lujo) es vista como una bendición de Dios. En la literatura sapiencial, la pobreza se describe, o es vista como una consecuencia directa del ocio o la pereza (Prov. 10:18; 18:9; 20:4; 26:16; 31:27, entre otros); pero también como un hecho natural o relacionado con la provisión divina (Job. 1:21; Prov. 22:2). Por otro lado, los bienes económicos y la riqueza no son condenados por sí mismos, sino por su mal uso.

Asimismo, a lo largo de toda la tradición profética se condenan los engaños, el testigo falso, la usura, la explotación y las injusticias principalmente cuanto se relacionan con los pobres, los huérfanos y las viudas (Isa. 58: 3-11; Jer. 7: 4-7; Am. 2:6-7; Miq. 2:1-2). Pero

los libros proféticos, al mismo tiempo nos llaman la atención respecto a que la injusticia, la desigualdad social, la marginalidad, la pobreza y el hambre son consecuencia directa del alejamiento del hombre de Dios y del pecado.

En el Nuevo Testamento vemos a Jesús asumir toda la tradición del Antiguo Testamento y darle una correcta interpretación en cuanto a los bienes económicos, las riquezas, la pobreza y la ayuda a los necesitados confiriéndoles una definitiva claridad y alcance conforme al corazón de Dios (Mt. 6:24; 13:22; Lc. 6:20-24; 12:15-21; Ro. 14:6-8 y I Tim. 4:4). Es solo el Reino de Dios y su justicia el que puede instaurar una nueva convivencia en justicia y equidad social. El compartir con los que menos tienen, el uso sabio de los bienes para honrar a Dios que en definitiva es quien nos lo dio y el uso de ellos para la gloria de Dios son principios fundamentales que debemos tener en cuenta en nuestro contexto. Solo es Jesús el que puede restaurar la condición del hombre caído y las consecuencias del pecado.

A lo largo de las Escrituras se observa el principio de que el desarrollo económico y el progreso material deben ser puestos al servicio de Dios y los más necesitados, los bienes materiales genuina y legítimamente poseídos siguen manteniendo un propósito que es el de glorificar a Dios permitiendo que también puedan ser usados para ayudar a los desposeídos. Jesús sintetiza toda la revelación estableciendo que el que acumula riquezas materiales al amparo del descuido de su relación con Dios es un necio (Lc. 12:21). La economía por ende debe servir a Dios y constituirse en un instrumento útil para mejorar la vida de las personas y la calidad de vida. La fe en Jesús nos debe llevar a una correcta comprensión de estos principios generales, vivir conforme a ellos e instar a que se cumplan socialmente.

De lo expuesto se puede decir que sin duda en el contexto pandémico actual y en el posterior será difícil mantenerse para muchos hermanos nuestros y sus familias, muchas iglesias incluso tendrán serias dificultades para afrontar el alquiler de los templos, los gastos fijos al tiempo que propician la ayuda a los más necesitados, sin descuidar la misión. Sin duda todo un desafío que impondrá la necesidad de ser creativos y usar la imaginación a la hora de propender al sostenimiento. Veremos en el eje religioso que no es una centralidad la necesidad de templos (aunque necesarios) para llevar adelante nuestra misión, pero sí necesitamos ser guiados por Dios en cada paso que demos y asumir con fidelidad y compromiso nuestra condición de discípulos de Jesús. Lo que Jesús desea es nuestra vida comprometida para hacer su voluntad, todo lo demás son instrumentos.

3.c Eje Social

Como dijimos las pandemias, aunque fenómenos biológicos, producen indudables efectos sociales y modificaciones de paradigmas e imaginarios que pueden durar por décadas. No es simplemente una observación, es lo que ha sucedido a lo largo de la historia, por ejemplo, si tomamos la aversión a las ratas viene de la época de la peste negra (alcanzó su plenitud entre 1347 a 1353 y mató a más de 25 millones de persona), dado que la enfermedad era transmitida por las pulgas de las ratas. Si bien la misma no alcanzó el fenómeno global del Coronavirus, sí se propagó rápidamente principalmente en Europa y en muchas ciudades o pueblos fue una epidemia que los devastó.

El Covid-19 ha causado una comprensible sensación de incertidumbre, desazón y angustia en muchas personas, independientemente de su fe y confianza. La sensación de fragilidad en el hombre potencia la inquietud y la vulnerabilidad con la lógica consecuencia de trastocar la confianza. Ante nuestro entorno nosotros somos los responsables de brindar asistencia espiritual y la fe, si bien es un elemento de primera necesidad en la vida de las personas debe vivenciarse con responsabilidad. La fe tiene un insoslayable rol social, negarlo como algunos pretenden es subestimar la esencia prioritaria que tiene la espiritualidad en la vida de las personas.

Como consecuencia de lo mencionado en el punto anterior (eje económico), el próximo será un tiempo de profunda desigualdad social, solo vale la pena recordar que, en enero del 2020, antes del covid-19 inclusive, la ONU sentenciaba: “El 1% más rico de la población tiene cada vez más dinero, mientras que el 40% más pobre obtiene menos de un 25% de los ingresos”². Reina una profunda desigualdad social que vulnera hasta los derechos esenciales de millones de personas. Este panorama de desigualdad, pobreza e injusticia social aumentará a lo largo del 2020 con base en los magros números económicos, la crisis sanitaria y la falta de trabajo.

La CEPAL³ proyectaba una caída del 5,3% del PIB y el aumento del desempleo de 3,4 puntos porcentuales en su *Informe Especial Covid-19 N° 2*, esto es que en 2020 la pobreza en América Latina aumentaría al menos 4,4 puntos porcentuales (28,7 millones de personas adicionales) con respecto al año previo, por lo que alcanzaría a un total de 214,7 millones de personas (el 34,7% de la población de la región. Entre estas personas, la pobreza

² Disponible en: <https://news.un.org/es/story/2020/01/1468241>

³ Ver Informe Especial N° 3 de la CEPAL: El desafío social en tiempos de covid-19.

extrema aumentaría 2,6 puntos porcentuales (15,9 millones de personas adicionales) y llegaría a afectar a un total de 83,4 millones de personas.

A fin de darnos un marco teórico para el dialogo resulta oportuno señalar que Zygmunt Bauman y Leonidas Donskis escribieron sobre la “**ceguera moral**” en el mundo actual (en su libro: *Ceguera Moral, la pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*). Esa ceguera moral nos impide valorar adecuadamente aquellas cosas que deberían ser nuestra normalidad, todo es ambivalente, relativo, cambiante, se amolda a nuestra necesidad egoísta, individualista y narcisista que excluye al otro, no lo hace parte de nuestra mirada, de nuestra acción, de nuestra atención. El actual “*es un mundo que ha dejado de controlarse a sí mismo, un mundo que no puede responder a sus propios dilemas y aliviar las tensiones que ha sembrado*”⁴ escriben los autores. Me permito citar *in extenso* para ahondar el concepto:

El mal no se limita a la guerra o a las ideologías totalitarias. Hoy en día se revela con mayor frecuencia en la ausencia de reacción ante el sufrimiento de otro, al negarse a comprender a los demás, en la insensibilidad y en los ojos apartados de una silenciosa mirada ética... La verdad más sorprendente y desagradable del presente es que el mal es débil e invisible; por lo tanto, es mucho más peligroso que esos demonios y espíritus perversos que conocemos a través de los trabajos de filósofos y literatos. El mal es ineficaz y está ampliamente disperso. Desgraciadamente, la triste verdad es que habita en cada ser humano sano y normal. Lo peor no es el potencial para el mal presente en cada uno de nosotros, sino las situaciones y las circunstancias que nuestra fe, nuestra cultura y nuestras relaciones humanas no pueden detener, El mal asume la máscara de la debilidad, y al mismo tiempo es la debilidad. (2017. Pp.19 -20).

La crisis llegó en un momento en que la confianza en la globalización lleva casi una década de deterioro, por ende, necesariamente a nivel internacional habrá redefiniciones en torno a bloques políticos, normas migratorias vinculadas al turismo, restricciones fronterizas ocasionadas o potenciadas de acuerdo con los niveles de elevación o disminución de los picos de contagios. Esto es, cambios en la movilidad internacional de las personas, que también en esencia incluyen una limitación a su libertad. Hemos visto a gobernantes de las grandes potencias, titubear, avanzar, retroceder, tratar de entender el fenómeno, en definitiva, manifestando que todo es vulnerable y limitado. Un tiempo de restricción o desglobalización de auge de nacionalismos y populismos que justificados por la pandemia

⁴ Bauman & Donskis (2017, p.13).

pretenderán restringir libertades individuales y que bajo otras circunstancias serían impensadas.

Un dato no menor es la nueva realidad respecto del contacto y comportamiento cotidiano, distanciamiento social, nuevas formas de saludo (estudiados por la microsociología del saludo), una higiene diferenciada en los lugares públicos, nuevas formas de utilización del transporte público (cuanto menos hasta que baje la curva de contagios y en el mediano plazo) sobre todo en los grandes aglomerados urbanos en los cuales hay una alta movilidad de personas, aunque se haga home office o trabajo a distancia e incluso las universidades den clases a distancia (vía *Zoom*, *Meet*, *Classroom*, u otra plataforma). Vinculado a esto y particularmente al tema sanitario cabe advertir el peligro siempre latente de la tendencia a la agorafobia o temor a salir, a los espacios abiertos, incluso de pacientes en tratamiento médico regular que dejan de ir a sus consultas médica por temor al contagio.

La presente generación será conocida como la generación de la pandemia del Covid-19, algunos incluso ya le han puesto nombre los “*Pandemics*” tal como mencionamos. La generación Z deberá adicionar a sus peculiaridades el desarrollo de nuevas pautas de cuidado y calidad de vida, de bioseguridad que si bien están bastante extendidas entre ellos se verán acentuadas al igual que el cuidado del medio ambiente y la naturaleza en su integralidad.

Lo dicho impone para la iglesia nuevas y versátiles forma de relacionamiento las que se han profundizado dada las características de la cuarentena (aislamiento social preventivo y obligatorio). Se recurrió al uso generalizado de las redes sociales, sin embargo debemos ser cuidadosos con el hecho de que dichas redes, actual forma de relacionamiento eclesial (desde los cultos, pasando por la consejería hasta los programas de formación y discipulado) usadas en el extremo pueden producir aislamientos o segmentaciones virtuales no deseadas. En este sentido hay una sustantiva tendencia a la individuación que puede ser potenciada por las redes sociales brindando un relacionamiento ficticio o deshumanizado. El hombre es por definición un ser social y por ende no se lo puede privar del contacto, del relacionamiento personal, de la construcción de vínculos ante los cuales las redes sociales ofrecen solo un frontispicio que no sacia la necesidad natural de la socialización, incluso aunque deba ser cuidada, por ende, si bien el trabajo en redes sociales sin duda continuará debemos tener claro que nada puede evitar el encuentro, en las condiciones necesarias o adecuadas.

Un tema no menor e importante que debemos considerar de manera muy especial es la “tragedia”, literalmente hablando, que viven los familiares de alguien que muere por Covid-19. Esto incluye el hecho de no haber podido acompañarlos, despedirlos y darle el

último adiós sin duda será un punto de inflexión en la vida de muchas familias. Esto implicará la necesidad de contar con una teología y pastoral específica para el duelo y el acompañamiento sabiendo que el único consuelo real y genuino viene del Espíritu Santo, pero usando en esta situación tan particular a sus hijos. Pero como iglesia debemos tener presente que más allá de estar incluidos en los números y estadísticas los fallecidos son personas con nombre y apellido, son familias que quedan devastadas por la pérdida, y debemos considerar que el acompañamiento y la presencia del pastor o ministro en el proceso de restauración (obra que solo puede hacer el Espíritu Santo) será vital y no puede no debe ser automática o momentánea, será un proceso largo que habrá que acompañar, guiar y orientar, necesitaremos de una teología del duelo muy especial ante el nuevo contexto. Incluso las personas tienden a estigmatizar a los enfermos de Covid-19 como si una fueran un ente extraño al que hay que alejar, de hecho, los aislamos por tema de bioseguridad, pero no nos detenemos a pensar -aunque la medida sea necesaria- el trauma que esto produce en las personas es realmente significativo y todo el entorno familiar queda dañado.

Adicionalmente entendiendo al hombre como una unidad multidimensional, (esencialmente social, a su vez hacedor de ella cotidianamente y necesitado de ella desde su propio nacimiento), que no puede dejar de socializar, por ende habrá que dotar al concepto de “encuentro” de una significación muy especial en nuestro tiempo, de una particular relevancia, independientemente del medio por el cual se lleve a cabo, por sobre todas las cosas sin duda veremos múltiples formas de encontrarnos y estar juntos. Sin embargo, la virtualidad no debe opacar el “contacto” sea este personal de poder hacerse, o telefónico, o en las redes, pero contacto al fin.

Los encuentros han quedado claro y perfectamente marcado por el Covid-19 van más allá de los cultos y la iglesia está por encima de los templos, es mucho más que un templo. Deberemos empezar a pensar el encuentro para que se lo más personal posible, con una masividad distante pero unida, nada de esto se riñe con la celebración y la belleza de la adoración cultica. Solo la torna distinta como todo quehacer social que se construye en medio de una crisis. Cada encuentro, y esta es parte demuestra responsabilidad, debe marcar y acentuar nuestra identidad como cristianos, recordarnos lo que significa que las paredes no son límites para el obrar del Espíritu Santo o la extensión de la iglesia. Cuando nos encontramos, independientemente del medio que utilicemos, allí Cristo se hace presente (Mt. 18:20).

Adicionalmente, debemos considerar que más allá de las reglas sanitarias y de salubridad para asegurar de la mejor manera posible la salud de todos, una cosa es la emergencia y otra muy distinta es tornar la emergencia como la regla para gobernar. Cambiar lo anormal en normal y perpetuar las decisiones gubernamentales mediante decretos de necesidad y urgencia (adecuados en la virulencia de la emergencia), pero de ninguna manera debe tornarse en la forma habitual de ejercer el poder en un sistema democrático. El peligro del populismo siempre presente en nuestros países latinoamericanos de ahora en adelante será un semáforo amarillo titilando sean estos, populismos de izquierda, de derecha o de centro.

En virtud de lo señalado y en atención a lo mencionado en el párrafo anterior y las distintas posiciones adoptadas por las iglesias evangélicas respecto del guardado de la cuarentena y las limitaciones que se deben guardar para la capacidad de los asistentes en función del tamaño de las instalaciones del templo, cabe hacer algunas consideraciones.

En primer lugar, hemos visto una posición no uniforme en cuanto a este tema y en países como Estados Unidos de Norteamérica, Brasil, Chile, Perú y otros oponiéndose a respetar todo tipo de limitaciones o restricciones impuestas por las autoridades gubernamentales, el uso de cubrebocas y normas sanitarias en los templos, en virtud de considerar que estamos protegidos por Dios y hacerlo va en desmedro de nuestra fe y la protección que Dios nos da. Esto no es privativo de los países mencionados sino un fenómeno que se repitió con intermitencias en todos nuestros países, e incluso con pastores procesados o imputados por la comisión de delitos contra la salud pública por violar dichas restricciones (por lo menos en Argentina).

En segundo lugar, es preciso señalar que ninguno de nosotros puede obviar el poder de Dios y su cuidado respecto de sus hijos, pero tendemos a “tentar a Dios” (Mt. 4:7) y a hacer un mal uso de nuestra libertad individual (Gal. 5:13-15), esto es siempre y en todos los casos nuestra libertad debe estar necesariamente enmarcada en el amor y tener en cuenta parámetros claros de responsabilidad. Todo lo que hacemos, es el consejo de San Pablo debemos hacerlo en un marco de amor (I Co.12; I Co. 10:23-24)), pero también de responsabilidad (Gal. 5:13-15). Cada uno de nosotros podemos ir a un culto o a una celebración, pero debemos tener claro que ponemos en riesgo, al regresar a nuestros hogares o entrar en contacto con otras personas a nuestros ancianos, a los niños, a las personas de riesgo. Si alguno de ellos se contagia por el hecho de haber actuado en el marco de mi libertad

y está en riesgo su vida notaremos que haber actuado fuera del contexto de amor y responsabilidad que también Dios exige en su Palabra, es una seria dificultad.

Creemos como dicen las Escrituras que las autoridades fueron puestas por Dios (Ro. 13:1-5), si somos consecuentes entonces también las decisiones gubernamentales, siempre que las mismas no nos obliguen a hacer algo que Dios prohíbe en su Palabra o a ir en contra de lo que Dios establece en ella, son normas y decisiones administrativas realizadas en el marco de su autoridad que encuentra en la expresión de San Pablo su raíz en la voluntad divina. Por ejemplo, si deliberadamente cruzo una calle estando el semáforo en rojo, no solo estoy cometiendo una infracción sino poniendo en riesgo mi vida y la de terceros, ante un accidente ese obrar negligente me costará asumir cargos por un delito.

Desde el comienzo venimos diciendo que vivimos en un entorno social y a dicho entorno lo regulan las leyes de cada uno de nuestros países y el derecho internacional cuando corresponde ser aplicado, por ende, al violentar dichas leyes, aunque tenga la libertad de hacerlo me coloca en una posición por la cual por mi negligencia, imprudencia, comisión u omisión debo ser penado o castigado por la ley. Esto nuevamente nos demuestra que tengo libertades, pero las mismas se ejercen en un entorno de responsabilidad. Tengo libertad de cruzar un semáforo que está en rojo, pero entonces debo saber que mi accionar tendrá consecuencias sobre mi vida y la de terceras personas.

Habiendo dicho esto vale la pena recordar algunos principios sobre la libertad del hombre que Dios estableció en Su Palabra. Dios en Su majestad como creador ha dotado al hombre de dignidad, la cual requiere necesariamente que actúe según su conciencia y libre elección o albedrío, es decir, movido e inducido por una convicción personal centrada en lo que Dios establece. En ninguna circunstancia, la libertad del hombre se opone a la dependencia creacional del hombre con relación a Dios (Gn 2:16-17). La libertad del hombre encuentra su sustento en comprender y acoger los mandamientos de Dios, e incluso decidir.

Debemos señalar que en todos los casos el ejercicio de la libertad personal requiere la existencia de condiciones asequibles de carácter social, jurídico, económico, político, religioso, cultural y de salud. Cuando dichas condiciones no se dan acontecen entonces las situaciones de injusticia o desprotección social que terminan mermando la libertad del hombre de manera directa y la corrupción se ve como instrumento para forzar decisiones que de otra forma no se hubieran tomado. A su vez debe haber un equilibrio entre la libertad personal las condiciones de justicia y equidad social y lo que vamos a denominar el bien común. Como venimos sosteniendo y no nos cansamos de decirlo el hombre es un ser

eminentemente social, la persona no se puede realizar por sí mismo, prescindir del “con”, del “ellos”, de los “otros”. Esto debería crear en nosotros la necesidad imperiosa de pensar siempre en el otro, máxime desde un punto de vista cristiano, cuya génesis encuentra su exaltación más acabada en la entrega de Jesús para sacrificarse por cada uno de nosotros y por todos.

Ninguna forma de sociabilidad, independientemente de los rudimentos o complejidades de la misma, ya sean desde la unidad esencial, esto es la familia, y pasando por las asociaciones, las instituciones educativas, recreativas, las pequeñas y medianas empresas, las empresas, la iglesia como institución, o los sindicatos, solo para mencionar algunos, podrían entender la finalidad de sí mismos fuera de la búsqueda del bien común y el necesario bienestar social e individual. Todo lo dicho adquiere una relevancia particular en el actual contexto de Covid-19 y la reformulación de la emergencia desde las necesidades urgentes y sentidas de las personas.

3.d Eje Político e Internacional

Debemos reconocer que estamos viviendo tiempos extraordinarios, estamos inmersos en una pandemia que al momento se encuentra en plena evolución y desarrollo. En este sentido hemos visto a los grandes líderes mundiales, salvo excepciones, no saber que hacer, diciendo una cosa, pero haciendo otra, o modificando las decisiones en función del avance y desarrollo del virus al cual, como dato no menor, la ciencia tampoco lo conoce bien y se encuentre a tientas al igual que los políticos, de hecho, la OMS ha mostrado una incompetencia realmente inesperada por tratarse de un organismo científico. En el debate sobre los aspectos económicos y sociales de la pandemia, el eje político pasa casi desapercibido, sin embargo, es necesario abordarlo dado que es lo que da sustento a los otros ejes por medio de las leyes y normativas.

Profundizando sobre las tres grandes maneras de pensar e interpretar lo que está sucediendo a nivel mundial y desde el punto de vista estrictamente sociológico en su comprensión de lo político y estratégico. Hablamos de las posturas que se pueden resumir en cabeza de algunos pensadores actuales: Byung Chul-Han, Slavoj Žižek o Alexander Dugin; el primero diciendo básicamente que, si bien la pandemia se ve acompañada por el pánico y la ansiedad y, sus consecuencias económicas serán graves, ningún virus llevará adelante una revolución ni dará un golpe mortal al capitalismo. En efecto, el capitalismo

sigue siendo el mecanismo a partir del cual todo el mundo occidental y gran parte del mundo oriental produce la riqueza, y en tiempos de crisis y depresión económica son las grandes compañías y las pequeñas empresas, los profesionales, los cuentapropistas y los obreros, aquellos que están en la rueda productiva los que sin duda más contribuirán con esfuerzo y trabajo para superar la crisis y la necesidad. De hecho, son los que proveen los recursos que deben administrar los estados para ayudar a los más necesitados y administrar adecuadamente los mismos para el bien común. Esta es una forma de analizar la realidad y asignarle al capitalismo su plena vigencia aunque con cambios necesarios y urgentes que deberá realizar.

El segundo pensador, en tanto, manifiesta que el proyecto civilizatorio actual está fuertemente anclado a la tecnología y ésta es la que potencia el fenómeno del covid-19, al tiempo que señala la necesidad de enfrentar la crisis con una nueva forma de cooperación de los estados dado que la globalización del mercado está llegando a su fin. La nueva cooperación primero debe ser internacional, entre los distintos países siendo los más poderosos o ricos los que deban hacer el mayor esfuerzo, principalmente en la condonación de deuda y ayuda a los países en emergencia, pero a su vez también facilitando la cooperación en los distintos estamentos sociales como forma de lograr y facilitar una baja en la pobreza y la mejor distribución de las riquezas

En una posición más rupturista, Dugin, oponente del imperialismo estadounidense y sobre todo al universalismo de los valores liberales sostiene que la humanidad se encuentra frente a una crisis que afectará al actual orden mundial y de la que será imposible volver. Esto es, el sistema ha mostrado su ineficiencia a la hora de atender la emergencia y la carencia o mejor dicho la apatía constante ante los más vulnerables. Esto sin duda impone que el sistema capitalista desde sus valores y principios sea replanteado. Si bien es un largo proceso, ya no será igual a lo que era antes del Covid-19

Ahora bien, un catedrático español de la Universidad de Princeton, Carles Boix, ha señalado "el comunismo se ha terminado"⁵. Sin embargo, al leer su postura en realidad manifiesta que es en definitiva la estructura bipolar del mundo a la que nos hemos acostumbrados (Estados Unidos de Norteamérica versus la Unión Soviética) ha desaparecido y debemos considerar el surgimiento de nuevos actores en el escenario mundial que puján por el poder y la visibilidad mundial como nuevos referentes, entre ellos: República Popular

⁵ Ver en: https://www.viaempresa.cat/es/economia/carles-boix-comunismo-democracia_2109563_102.html

China, Estados Unidos Mexicanos (México), República Federativa de Brasil, República de la India e Israel. Debemos tener en cuenta que la mentada hegemonía otrora existente y mencionada está en un proceso de modificaciones incluso, respecto de la Comunidad Economía Europea y nuevos actores que empiezan a tomar relevancia y reagrupamientos internacionales en función de afinidades políticas y económicas que geográficas.

Estos nuevos países que pugnan por resurgir, por adquirir mayor protagonismo en el escenario mundial, coadyuvan a sopesar la importancia de las grandes potencias y establecen entre ellos a partir del intercambio comercial entre ambos una dinámica económica que potencia sus recursos y posibilidades. En parte sin duda una forma de balancear la economía mundial, pero también de balancear el poder mundial.

A lo dicho cabe decir que la emergencia sanitaria, económica y social despliega sus contingencias a lo largo del mundo sin importar cuando desarrollados sean los países y cuan solventes sus economías. Es un escenario en el cual el poder se ejerce en un plano de excepcionalidad, pero todos debemos tener presente, y más en países subdesarrollados que la excepcionalidad se suele convertir en la regla, obviamente, aunque esto no corresponda. Si a la excepcionalidad, a la pandemia en desarrollo y al populismo siempre presente en América Latina le sumamos la distrofia normativa tenemos por delante un panorama complejo.

Debemos considerar que eventualmente para los líderes autoritarios o populistas, las pestes pueden ser vistas como la oportunidad para profundizar su poder. En este sentido debemos recordar lo que escribió Michel Foucault en su libro “Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión” y haciendo foco en una ciudad francesa del siglo XVIII señala que las pestes brindan las condiciones necesarias para el aislamiento social y el totalitarismo, para la sociedad del castigo. Escribe dicho autor:

Cada calle queda bajo la autoridad de un síndico, que la vigila... El día designado, se ordena a cada cual que se encierre en su casa, con la prohibición de salir de ella so pena de la vida. El síndico cierra en persona, por el exterior, la puerta de cada casa, y se lleva la llave, que entrega al intendente de sección; éste la conserva hasta el término de la cuarentena. Cada familia habrá hecho sus provisiones (2002, pp.192-193).

La tendencia a la concentración del poder, a la omnipotencia gubernamental, no solo dista muchos de los principios o pilares bíblicos en la materia (Prov. 28:15; 29:2; Dn. 6:4-15; Mt. 20:25), sino fundamentalmente genera la tendencia a demandar la sumisión de las personas. Lo señalado se potencia cuando se utilizan además las redes sociales como método

de coacción, publicidad o control, desde las llamadas fakes news, influencers, big data, y ciber espionaje, entre muchas otras herramientas permitiendo que unos pocos manipulen a muchos. Ante un escenario de restricciones profundas debemos tener en cuenta que las cuarentenas solo son medidas excepcionales para un acotado límite temporal y como cristianos somos llamados a actuar con responsabilidad, pero también sopesando la finalidad de dichas restricciones. No debería sorprendernos el surgimiento de gobiernos que pretendan dilatar medidas excepcionales en una especie de democracia limitada o irregular con el justificativo sanitario, buen argumento, pero no el único a considerar, llevándolas casi a convertirse en una “menoscracia” o para decirlo apropiadamente una democracia debilitada.

Finalmente deberíamos tener en cuenta algunos principios bíblicos generales para este eje y nuestra visión respecto al mismo. En primer lugar, decir que la persona humana es el fundamento y fin de toda acción política. La sujeción en a las autoridades por razones de conciencia (Rom. 13:5) responde al orden establecido por Dios. Ahora bien el apóstol no persigue legitimar a cualquier poder, sino ayuda a los cristianos a “*que procuren el bien ante todos los hombres*” (Rom. 12:), y asumir el hecho de que las autoridades están al servicio y para el bien de las personas (Rom. 13:4; I Tim. 2:1-2; Tito 3:1). Por otra parte el apóstol Pedro también exhorta a los cristianos a permanecer “*sujetos a toda institución humana por amor del Señor*” (I Pe. 2:13), de hecho las autoridades deberían honrar su tarea de castigar a los que violan la ley y privilegiar a los que la respetan (I Pe. 2:14). La libertad nunca debería usarse para proteger la propia maldad, o negligencia o amparar a los que desobedecen la ley, sino por el contrario somos libres para honrar y servir a Dios, respetar a las autoridades y orar para que puedan amar la justicia, aseguren el bien común y velen por el desarrollo de cada persona.

En segundo lugar, debemos considerar que el llamado que hace Pablo a orar por los gobernantes y autoridades (pensemos que lo hace en un momento de persecución de la iglesia) es en atención a la finalidad que deben cumplir de garantizarle a los ciudadanos una vida tranquila a fin de que se pueda vivir con toda piedad y dignidad (I Tim. 2:1-2). El llamado a los cristianos es a estar solícitos a realiza “*toda buena obra*” (Tit. 3:1), incluso “*mostrando una perfecta mansedumbre con todos los hombres*” (Tit 3:2).

Cuando el poder humano se sale de los límites del orden establecido por Dios, busca su propio bien, practica la injusticia, solo se ocupa en oprimir a los justos y se vuelve contra la voluntad de Dios contradiciendo Su Palabra y prohibiendo que los hombres obedezcan a Dios, exaltándose en una espiral de poder y vanidad (Isa. 3:12; 10:1-3; Jer. 22:13; Am. 5:10-

12; Miq. 6:8; Mt. 20:25; Mr. 10:42). Ahora bien esto también impone de los cristianos y principalmente de los pastores y líderes una responsabilidad no menor, primero enseñando la Palabra para que todos sus hijos puedan actuar conforme lo que Dios espera y en segundo lugar, denunciando el pecado y la maldad de los gobernantes, a fin de que a estos les sea proclamada la verdad de Dios en medio de las naciones, e incluso puedan arrepentirse de sus acciones. Lo peor que podemos hacer es no enseñarles a los hijos del Señor a vivir y sembrar en justicia (Jer. 5:31; Ezq. 22:26; Os. 4:6-9; 5:1; 6:9; Miq. 3:11; Mal. 2:3; Mt. 27:20)

En síntesis, La autoridad política está llamada a garantizar una vida en comunidad pacífica, recta y que dignifique a las personas, sin importar sus características o particularidades, en todos los casos deben propender necesariamente al bien común y el bienestar de las personas respetando y tutelando su libertad y elección. La autoridad política es desde la teoría policía el instrumento de coordinación y dirección que debe velar por un orden social e institucional que favorezca el desarrollo integral de las personas, y la autoridad en este esquema usada para asegurar el normal desarrollo social. Es entonces cuando los ciudadanos están obligados en conciencia a obedecer a las autoridades, y pese a cualquier desvío orar por ellas.

3.e Eje religioso y espiritual

La religión es uno de los campos o ejes más importantes que atraviesa la sociedad y la fe uno de los aspectos esenciales de todas las personas, incluso aunque reniegan de ella, dado que en algo siempre van a depositar su fe. En este sentido pensar que el Covid-19 no ha influenciado en la vivencia religiosa y espiritual de las personas es desestimar las consecuencias del virus, pero fundamentalmente relegar la importancia de la espiritualidad en las personas.

Fue realmente muy gráfica durante la última Semana Santa, (debemos recordar que para ese momento en América Latina comenzó casi mayoritariamente el aislamiento social preventivo y obligatorio -cuarentena-) ver la Plaza de San Pedro en el Vaticano, otrora repleta de gente, literalmente vacía y solo sentado en ella el Papa Francisco, o apreciar las festividades durante el mes de julio en la Meca, con distancia social, cubrebocas y restricciones de acceso. Lo mismo sucedió respecto de miles de iglesias evangélicas que de pronto vieron cerradas las puertas de sus templos por la expansión del Covid-19, megaiglesias solo con personal esencial o necesario y contemplamos la profundización de

formas celebratorias por medio de las redes sociales y la celebración a distancia, de pronto la fe se virtualizó, la comunión se vivió a la distancia y las casas fueron los centros de la gloria de Dios.

Como decimos los abogados, hemos vuelto a “foja cero”, al punto de origen. Independientemente de que lo hayamos visto venir o no, de quién o quiénes lo causaron, si estuvo planificado o no, la realidad es que Dios permitió en el marco de su voluntad permisiva que la iglesia (independientemente de los medios electrónicos o multimediales) vuelva al punto de inicio, a las “casas” con todo lo que ello implica y precisamente de la forma en que todo empezó.

Este es el tiempo en el cual quedará al descubierto que tan eficientes fuimos los pastores en el discipulado de las personas, si les dimos las herramientas adecuadas y le dedicamos el tiempo requerido, o simplemente nos dedicamos a acarrear a las personas, que es distinto a la realidad de tener que gerenciar la estructura eclesial (administración, recursos humanos, colegios, comedores, impuestos, leyes de culto, responsabilidad civil y penal, entre otras). Las personas no se administran se pastorean, a veces en la vorágine del vértigo ministerial tendemos a olvidarnos lo obvio, cada uno de nosotros debe tener “olor a oveja”.

El Covid-19 dejó al descubierto nuestra vulnerabilidad institucional y personal. El ejemplo sigue siendo Jesús. Diferente a todo su contexto social, religioso y político, dedicado a sus “doce” pero sin dejar de atender la multitud que lo seguía; focalizándose en aquellos que tendrían la tarea nada simple de edificar Su iglesia, pero al mismo tiempo “recorriendo las ciudades”. Una y otra vez, una y otra vez se lee en los Evangelios: “*entrando a la ciudad de...*” o “*al llegar a la ciudad de...*” Jesús no estaba estático, quieto, en su oficina y dando turnos para consejería, o atendiendo cosas que perfectamente podían llevar adelante sus discípulos, sino presente donde nadie lo estaba, yendo donde los religiosos no iban (también en esa época había un estado ausente) entre los pobres, los hambrientos, las viudas, los niños, los menesterosos, los leprosos, los enfermos, los pecadores, los recaudadores de impuestos, los endemoniados. En definitiva, Jesús se encarnó y habitó entre nosotros.

Debemos tener en cuenta que en todas las áreas de la sociedad el poder tiende a erosionar a las personas, la permanencia en el poder por decirlo de otra manera nos aleja de la realidad, nos termina alejando de la necesidad sentida de las personas, mantenemos la apariencia, pero en realidad no terminamos de entender lo que les pasa. Claro está, a menos que lo reconozcamos nuestro ministerio entrará en una meseta litúrgica y ritualista que perderá la esencia del Evangelio. Esto sucede con los políticos, los sindicalistas, a los jueces,

los empresarios y por supuesto con los religiosos. No es posible tener un adecuado sentido de la realidad sin estar caminando y construyendo la realidad con las personas, en medio de ellas, en la calle. Desde el punto de vista ministerial no hay cercanía con las personas a menos que estemos empáticamente con ellos, a su lado, tal como Jesús lo hizo, capaz de hablarle a la multitud, pero también capaz de enfocarse en cada uno de ellos.

Debemos tener en cuenta que el covid-19 dejó al descubierto a las personas como estaban: ricos, pobres, enfermos, sanos, vulnerables, no vulnerables y esto aplica además en el plano espiritual. Sumado a esto y a lo dicho, vivimos en una sociedad muy espiritualizada pero con poco apego a la institución religiosa. De hecho, debemos considerar que América Latina es un continente con un amplio porcentaje de población que cree en Dios, aunque no menos cierto es que sube el porcentaje de personas que se declaran agnósticos o sin fe, particularmente respecto de la iglesia como institución religiosa. Otro tanto ocurre con la cantidad de personas que en una encuesta contestarían afirmativamente que son evangélicos no se congregan o asiste a ninguna iglesia, vivencian su fe de manera no mediada por elección, independientemente de la causa que los llevo a eso. Habrá una alta probabilidad de que el fenómeno de los “exiliados evangélicos” tienda a incrementarse. La misma tendencia se replica en Estados Unidos, en donde la consultora Barna desde 2015 viene sosteniendo, trabajo de campo mediante, que la fe en Jesús es relevante pero no la iglesia.

Lo señalado en el párrafo anterior no significa que la gente deje de mirar o seguir los cultos en línea e involucrarse a través de las redes sociales, es más sin duda aumentará la virtualización de la fe, en tiempos de crisis la gente tiende a buscar a Dios con mayor frecuencia, lo que estamos diciendo es que no necesariamente lo hará de manera presencial en un culto (salvo el núcleo duro). Si bien los exiliados evangélicos son una realidad a la que se trata de cambiar (desde las denominaciones y agencias paraeclesiales), debemos entender que la autoadscripción religiosa es una realidad en el paisaje religioso de nuestros países, y en parte la principal responsable de haber excluido a las personas es la propia iglesia. La mayoría de las personas no tiene problemas con Dios sí no con sus representantes. Quizás la pandemia también haya dejado al descubierto que nosotros no éramos tan diferentes al mundo (aceptando sus principios y visión) porque en el fondo no éramos tan semejantes a Jesús como creíamos.

En la actualidad muchas personas consideran que no necesitan la intervención del ministro o pastor (y en muchos casos no la desean tampoco); creyentes que se salen del marco institucional, en una compleja trama de construcción espiritual y de relacionamiento

con Dios independientemente de lo que se enseñe institucionalmente. Esta yuxtaposición de creencias adquiridas a lo largo del tiempo, de construcciones experienciales, de marcos no regulados, englobados en lo que se denomina “religión vivida” (Orsi, 2005), la religión que gira a lo cotidiano, no solo en una red de significados (Geertz, 2005), sino de relaciones, en la cual importan las creencias, pero también importan las prácticas, las vivencias acumuladas, las percepciones y las relaciones. La religión vivida es la que más allá de lo institucional, moviliza, permite sentirnos plenos (en el sentido de libertad no impuesta). En este contexto de espiritualidad creciente y con tendencia a la no regulación es que se dio el Covid-19 y la profundización de los medios virtuales.

Debemos reconocer que a través del Covid-19 la iglesia también recibió un fuerte mensaje de parte de Dios. Todos debemos haber aprendido (espero) que la iglesia somos cada uno de nosotros, no la plataforma, los instrumentos o la infraestructura, que los pastores estamos para discipular y no para arrear simplemente; que todos y cada uno de nosotros daremos cuentas delante de Dios por el débil, por el que no nos esforzamos lo suficiente en retener, por el que dejamos a mitad de camino, por el que descuidamos. La iglesia va más allá del templo, tiene más valor que sus estructuras, es el cuerpo de Cristo. Lamentablemente a lo largo de la historia se ha dado un círculo vicioso, el pueblo de Israel cesó en la proclamación del verdadero Dios, la iglesia se quedó en Jerusalén hasta la persecución; y por décadas nosotros nos encerramos en la seguridad de nuestros edificios en lugar de ir a todas las personas, independientemente de su condición y situación para anunciarles el Evangelio.

Por años nos centramos tanto en nuestro *imago mundi* (imagen del mundo), en nosotros mismos que por momentos perdimos de vista la visión de Dios, su imagen recreándose en cada necesitado, en cada hambriento, en cada enfermo, en cada desahuciado, en cada frágil en la fe, en cada acto de injusticia. Logramos afianzarnos en el mundo sin impactar al mundo, dándole prioridad a nuestro corazón antes que a la necesidad de tener un corazón conforme al de Dios, que haga todo lo que Él quiere que haga (Hech.13:22).

Nos deleitamos en el poder de Dios, en la búsqueda de su gloria, en la majestad de Su presencia, hicimos cantidades de seminarios, encuentros, clínicas, congresos buscando más unción, más plenitud y nos olvidamos que desde el principio del tiempo y hasta el final de ellos el motor que impulsó e impulsa a Dios es el amor. El amor propició, facilitó, anticipó y movió al poder. Si nos focalizamos en Jesús, veremos que cada una de sus motivaciones, acciones y milagros fueron precedidas por el amor. La iglesia pensó durante mucho tiempo

que el poder era fruto de la unción, pero en realidad, el poder es fruto y consecuencia directa del amor. En la medida que amamos como Él amaría en nuestro lugar, la manifestación del poder de Dios es facilitada. Sin amor la unción se desvanece, el fuego se torna efímero, el poder se torna en manipulación y el ministerio se vuelve solo especulación religiosa, sin amor terminamos contristando el corazón de Dios y la iglesia perdiendo su esplendor.

Reiteramos, Jesús “se encarnó” escribe San Juan, habitó entre los hombres, su padecimiento fue real, su dolor fue tangible, su entrega y amor eran reales no discursivos, esto es vital para nuestra fe y acción. Hemos confundido nuestro ministerio pensando que se podía resumir en cinco, seis u ocho claves o pasos para un ministerio efectivo, buscando fórmulas, ejemplos, parámetros normativos de todo tipo, pensábamos que Dios media el éxito con parámetros humanos y en dicha búsqueda, en algunos casos, perdimos de cuenta la esencia de todo sigue siendo el amor y la santidad. Seremos eficientes cuando andemos como Él anduvo y hagamos lo que Él hizo, no antes.

Hace un tiempo atrás escribí sobre un concepto que me ayudo a describir sociológicamente a las iglesias evangélicas en este tiempo, estamos bajo la “cultura de la plataforma”. Mediante dicho concepto trato de describir que en los últimos años y más allá del tamaño de la congregación en muchas iglesias de nuestro continente se ha dado prominencia al “evento”, al “show”, a las “luces”. Esto no es ni bueno ni malo, es descriptivo. Pero también los pastores en algunos casos hemos caído en la soberbia de pensarnos los únicos capaces de administrar los bienes de salvación, hemos replicado ministerios y no necesariamente, formado discípulos, la mejor marquesina sigue siendo señalar a Cristo y a este crucificado.

Debemos tener presente que todas las congregaciones se manejan por hábitos y costumbres, por estilos y prácticas que modelan sus tradiciones, incluso respecto del culto. Si bien en la actualidad hay más uniformidad, tal como señalamos, lo dicho sigue estando presente. No obstante, ante la actual coyuntura debemos considerar y saber distinguir entre lo que es fundamental para la fe y lo que es mera costumbre, debemos valorar lo que es “bíblico”, “esencial” y soltar todo lo demás, no desgastar a la iglesia y a las personas en eso. Por años las iglesias evangélicas perdieron el tiempo, sus fuerzas e incluso hasta se dividieron por cuestiones menores que ni siquiera están correctamente fundadas en la Palabra, ¿cuánto debe durar el culto?, ¿qué instrumentos usar?, ¿se deben cantar himnos o coritos?, ¿hay que hacer oración y unción con aceite todos los cultos?, ¿cada cuánto celebrar la Santa Cena, es con vino o con jugo?, entre muchas otras cosas. Hoy hay que tener presente

que importa solo lo esencial, lo que NO es negociable para Dios: adoración, proclamación y ministración.

Otra consecuencia espiritual que traerá de la pandemia es la falta de generación de recursos capaces de sostener la infraestructura eclesial en la cual no sólo se incluye los gastos de mantenimiento, servicios, edificios sino fundamentalmente el salario pastoral y las misiones. La iglesia deberá desarrollar a partir de mucha creatividad e ingenio nuevas formas de recaudación y sostenimiento, independientemente de las usuales. Adicionalmente los aspectos económicos se convertirán en un importante desafío para la realización de la misión cultural y transcultural.

3.f Eje individual

Lo primero que debemos considerar es que Dios gobierna sobre el universo, nada escapa a su soberanía, a su majestad, a su gloria y por sobre todas las cosas a su misericordia. En este sentido debemos entender que ninguno de nosotros, sus hijos, estamos exentos de pasar por tragedias, pandemias, desastres naturales o adversidades de distinto tipo. La diferencia en nuestro caso es que no es para juicio sino para el desarrollo y crecimiento de nuestra fe y para que veamos por medio de las distintas situaciones que debamos enfrentar la gloria de Dios y su amor obrando por nosotros.

Como dijimos, el Covid-19 dejó al descubierto nuestra fragilidad, nuestra vulnerabilidad, nos paró frente a un espejo y permitió que veamos lo que por la rutina nos costaba ver, que el tiempo no es dinero como sentencia la famosa frase (*times is money*), sino en verdad, el tiempo es vida (*time is life*). Ahora valoramos los tiempos en familia que no tuvimos, la simpleza de un abrazo o estar con un familiar distante, nos damos cuenta lo que significaba ir de un lado al otro sin restricción alguna o que respirar es gratis y la salud (que vemos como algo normal) en definitiva es un regalo de Dios para cada uno de nosotros día por día. Ahora nos damos cuenta lo que significaba el estar junto con los hermanos, poder compartir con ellos, adorar juntos, cantar juntos, predicar juntos.

De pronto, en un par de días la realidad cambio, nuestra vida cotidiana se trastoco, el mundo se paralizó, las grandes ciudades perdieron su magia y el hombre despertó en un sueño jamás pensado, en un abrir y cerrar de ojos nos dimos cuenta como dice la Palabra “*pues las cosas que ahora podemos ver pronto se habrán ido, pero las cosas que no podemos ver permanecerán para siempre*” (II Co. 4:18). Esta nueva realidad genera en cada uno de

nosotros, independientemente de nuestra fe, un tiempo de zozobra, de incertidumbre, de dificultad para comprender. Es lógico y se espera que reaccionemos ante lo desconocido de esta forma. Sin embargo, debemos considerar por otra parte, que es una inmejorable oportunidad para acercarnos a Dios y servirle como nunca lo hicimos. Esto es en definitiva lo único que nos llevaremos un día, el haber tenido el privilegio de servirle. Como dice el viejo himno “Mi corona tendrá sus estrellas allí en las almas que supe ganar”.

Cada uno de nosotros está en riesgo frente al virus, y debemos asumir nuestra responsabilidad de guardar las normas de higiene y seguridad recomendadas y asumir de que por el momento, y hasta que tengamos una vacuna, la única norma más eficiente de protección es el distanciamiento social. Entender que, aunque nos sintamos bien y podamos hacer cosas por amor a los demás nos abstenemos es un paso. Cualquiera podría decir: “pero si, en definitiva: salimos a hacer compras, viajamos, algunos de nosotros trabajan (servicios esenciales), incluso tenemos salidas recreativas conforme evoluciona la cuarentena” ¿por qué no ir a la iglesia y tener reuniones públicas? En primer lugar, porque como dijimos nuestra libertad debe vivirse y practicarse en el marco del amor y la responsabilidad (Gal. 5:13), en segundo lugar, porque las reuniones masivas son el medio más eficiente para la propagación del virus y no es el mejor ejemplo para la iglesia el ser un vector de multiplicación del contagio; pero en tercer lugar, porque la fe no solamente debe medirse por la asistencia a un culto (aunque esto sea importante – Heb. 10:25) y el cumplimiento de un acto litúrgico, sino por amar a Dios y a nuestro prójimo como a nosotros mismos y esto implica, en muchos casos, cuidarlo.

Por otra parte, debemos tener en cuenta que más allá del Covid-19 en sí mismo, hay efectos no deseados pero que necesariamente se sucederán incluso cuando la pandemia se encuentre controlada en cada uno de nuestros países. Ya hablamos de los efectos económicos, sociales, laborales, educacionales y religiosos. Pero en este punto quisiera referirme brevemente a otro aspecto que debemos considerar por el bienestar de las personas que llegarán a nuestra iglesia y son los efectos vinculados a la salud psicológica y mental de las personas y de nuestros hermanos en particular.

Los días de encierro, de aislamiento social preventivo y obligatorio, la pérdida de trabajo, el estrés, la angustia, la desesperación por la pérdida de un ser querido al que no se lo pudo despedir, velar o acompañar o la de un amigo o conocido; la perplejidad a la que nos expuso el cambio, la cruda realidad de que somos más vulnerables de lo pensado y el extenuante trabajo al que se sometió a las personas vinculadas al sector de la salud o la

seguridad, en la primera línea del frente de batalla; sin duda dejará ver sus efectos en el corto plazo pero también en lo que los especialistas llamas “la cuarta ola” esto es, en el mediano plazo y de manera acumulativa. Esa cuarta ola también tiene que ver con el lento proceso de recuperación de los enfermos recuperados de Covid-19 y el tiempo que insume la rehabilitación luego de haber estado días o semanas en algunos casos en terapia intensiva.

La única forma de lidiar con la problemática mencionada tiene que ver con la necesidad de ser semejante a Cristo y amar a las personas tal como Él lo haría. Esto es orando por ellos, mostrándoles el Evangelio del Reino, pero a su vez amándolos, estando cerca, acompañándolos, dándoles contención ayuda y acompañamiento (I Jn. 2:4-6).

Como cristianos sabemos que el pecado siempre tiene consecuencias y lamentablemente, aunque Dios nos perdona, la cruda realidad del mundo nos demuestra lo que puede hacer la maldad, el orgullo y en individualismo en el mundo. La naturaleza caída, aunque Cristo nos haya perdonado y limpiado de nuestros pecados siempre generará una aguda tensión entre el ahora sí y el todavía no. Somos salvos y victoriosos pero atravesamos problemas y necesidades, tendremos un nuevo cuerpo glorificado pero aún nos enfermamos, caminaremos por calles de oro pero aún hoy podemos tener necesidades económicas, viviremos por siempre delante de Dios pero antes debemos atravesar la muerte. Esta tensión no es contraria a la fe, por el contrario, es la seguridad de nuestra fe, vivimos conforme a lo que creemos y no por lo que vemos (II Co.5:7).

Lo dicho debe llamarnos a un profundo proceso de reflexión, de evaluación y de profundo compromiso con Dios con la lógica consecuencia de la adoración y el servicio. Lo primero que debemos hacer es comenzar por lo que llamamos “búsqueda”. En efecto, al permitir que el Espíritu Santo examine nuestra mente y nuestro corazón, permitimos al mismo tiempo que Él busque en nosotros aquellas cosas que desea modificar o cambiar para facilitar nuestra relación con Dios y un servicio adecuado. Dicha búsqueda necesariamente comienza con la confesión de los pecados, incluso de aquellos de los cuales no nos damos cuenta haber cometido, esa fue la oración del Rey David y el sentir del apóstol Juan (Sal. 19:12; I Jn. 1:8-9; 3:6).

Luego de la búsqueda, si la misma fue genuina, entraremos en la etapa de la confesión y del renunciamiento. El peor enemigo que tiene cada uno de nosotros somos nosotros mismos. Desde el comienzo de la humanidad tanto el hombre como la mujer buscaron a otro, a un tercero para echarle su responsabilidad, o su culpa (*“la mujer que tú me diste”*, *“la serpiente me engañó”*, *“acaso soy guarda de mi hermano”*, *“Y se lavó las manos delante de*

la multitud, a la vez que decía soy inocente de la sangre de este hombre”). Cuando nos damos cuenta que la esencia del Evangelio es el negarnos a nosotros mismos y el morir a nosotros mismos para que sea Cristo quien viva en nosotros (Jn. 12:24; Gal. 2:20), nuestra cosmovisión cambia radicalmente. La semilla da fruto únicamente cuando cae a tierra y muere (es como la germinación de una planta), sin quebrantamiento y humillación no hay posibilidad de transmitir vida y facilitar que Dios de vida a los demás usándonos a nosotros.

Cuando hemos muerto a nosotros mismos, entonces estamos en condiciones de iniciar el camino del discipulado, no conforme a lo que establecen los estatutos eclesiales o los requerimientos litúrgicos, sino conforme al corazón de Dios. Un discípulo es alguien que hace exactamente lo mismo que su maestro, Jesús lo dice de manera diferente: “Ejemplo os he dado para que como yo hice vosotros también hagáis” (Jn. 13:15). Esto que seguramente todos sabemos de memoria y tendemos a pasar por alto, encierra la esencia de cada una de nuestras vidas y el principal propósito de nuestra vida. Dios nos formó, nos llamó, nos salvó y nos libertó para que seamos sus discípulos y podamos reconciliar a las personas con Dios (II Co. 5:18).

Ahora bien, todo discípulo debe en consecuencia asumir su responsabilidad y a partir de una profunda entrega desarrollar una vida de servicio consecuente y maduro. En este tiempo tan particular debemos caracterizarnos por asistir menos a la iglesia, pero eso no significa que no seamos la iglesia, por ende, debemos instarnos unos a otros a entregarnos a la ayuda, la oración, a ofrendar en la medida de lo posible y desarrollar una vida de piedad y alabanza que exalte el nombre de Dios, aún en medio de la prueba y la angustia (Hab. 3:17-20). En este tiempo somos llamados a dar esperanza, a ayudar, sostener, fortalecer y por sobre todas las cosas a proclamar a Jesús; a mantener nuestra comunidad de adoración, independientemente del vehículo que se use (redes sociales), a alentarnos y sostenernos los unos a los otros y fundamentalmente a expresar el amor de Dios a las personas.

En el año 1527, menos de 200 años después de que la famosa Peste Negra matara casi la mitad de la población europea, y arrasado a muchas ciudades y aldeas (endemia), volvió a resurgir con nuevos focos de contagios y así sucedió con la ciudad de Lutero, Wittenberg, y en ciudades aledañas. Esto motivo a que Lutero escribiera su famosa carta sobre el accionar de los cristianos en medio de las pestes, “sobre los cristianos deben huir de las plagas mortales”⁶. En dicha carta Lutero sopesa la responsabilidad del cristiano y su

⁶ Disponible en: <https://cimientoyestandar.wordpress.com/2020/03/16/si-uno-puede-huir-de-una-plaga-mortal-por-martin-lutero/>

vocación de servir a los enfermos y recomienda: en primer lugar, guardar las normas y reglas de higiene y salubridad para evitar contagios, no exponernos innecesariamente; en segundo lugar, ayudar a todas las personas posibles y finalmente, honrar a Dios con nuestro servicio.

Entre los principales hechos de los seguidores de Jesús, podemos evidenciar la creación de los primeros hospitales, recordando entre ellos a San Basilio de Cesárea, el obispo Dionisio y Fabiola, dado que hasta el siglo IV después de Cristo no existió en el mundo antiguo un sistema público de asistencia a los necesitados y enfermos. A propósito de la palabra “hospital”, deviene del latín “*hospitalis*”, de “*hospes*”: huésped. En tiempos pasados eran no solo un lugar para el cuidado de los enfermos sino además establecimientos en los cuales se albergaba a los pobres e indigentes. Luego con los años se fueron especializando en el cuidado de leprosos y otras enfermedades contagiosas hasta llegar a ser lo que hoy conocemos como hospitales.

Finalmente cabe decir que todos hemos leído el libro de los Hechos de los Apóstoles. En efecto, cuando nos remontamos al origen de la iglesia cristiana, podemos leer de ello en el libro de los “Hechos” de los apóstoles y no en el libro de las “buenas intenciones”, de las “Ideas” o de los “deseos” de los apóstoles. Nosotros de igual forma en este tiempo debemos llevar nuestras intenciones y todo el servicio a Dios a actos concretos y tangibles, a hechos que ante la pandemia que estamos atravesando materialicen el amor de Dios por las personas, y nuestro servicio desinteresado por cada uno de ellos.

Preguntas para reflexionar:

- 1) ¿Describa con sus palabras el impacto que está causando el Covid-19 en su ciudad?
- 2) ¿Cuál es el principal impacto económico que está sufriendo su congregación en este momento? ¿Qué mecanismos de ayuda se le ocurre para ayudar a su comunidad?
- 3) ¿Cuál ha sido el impacto del Covid-19 en la regularidad y funcionamiento de su congregación? ¿Cómo reaccionaron frente a dichos cambios y particularmente a la cuarentena? ¿Cómo lo vivenciaron los miembros y asistentes de su iglesia?
- 4) ¿De qué manera el Covid-19 modificó su vida cotidiana? ¿Qué acciones está llevando adelante para vivenciar su fe y compromiso respecto de su desarrollo espiritual personal y el de su familia?

CAPÍTULO IV

Reflexiones sobre la iglesia antes de la pandemia

Hay algo que a lo largo del tiempo permanece inalterable y es que la misión de la iglesia, del pueblo de Dios procede del corazón de Dios y tiene su fundamento en el amor que tiene y tuvo a lo largo de la historia, por el hombre, llamándolo al arrepentimiento de mil maneras diferentes hasta la manifestación plena de su amor, gracia y misericordia en el sacrificio de Jesús en la cruz, tomando y ocupando nuestro lugar. A partir de allí la iglesia ha sido llamada en primer lugar a “*hacer discípulos a todas las naciones*” (Mt. 28:20), a cumplir la misión dada de ser “*reconciliadores*” de los hombres con Dios (II Co. 5:18) y manifestar en lo cotidiano el amor de Dios por las personas (Jn. 3:16),

El presente capítulo tiene por objetivo tratar de establecer un diagnóstico de la iglesia evangélica, con anterioridad a la aparición del Covid-19. Esto sin duda nos servirá para tratar de evaluar aquellas acciones y fundamentalmente los compromisos que ha asumido la iglesia evangélica en nuestro continente en los últimos años. En este sentido sería prudente reconocer un par de cosas antes de comenzar, que el diagnóstico a proponer es amplio dado que no se puede replicar especificaciones a todo el universo de iglesias evangélicas. Por otra parte, recorreremos lo realizado por la iglesia, su influencia social, la efectiva transformación de las personas, el compromiso con la realidad de las personas y el amor manifestado en acciones que exaltan a Jesús, al igual que el compromiso con la misión sin duda son aspectos relevantes a la hora de evaluarnos a cada uno de nosotros.

En este sentido cabe distinguir que la iglesia está llamada a servir y llevar el Evangelio a todas las culturas, pero también a cada una de las subculturas existentes en cada una de nuestras ciudades (emos, raperos, heavies, góticos, hippies, punks, rastafaris, otakus, hípsters, swaggers, entre muchos otros). Para esto necesitamos no seguir cometiendo los errores que otrora tuvo Israel, respecto de proclamar a Jehová como único Dios, o la iglesia primitiva encerrándose en Jerusalén antes de la persecución. En este sentido veremos que también nosotros hemos tenido cierta “*templolatría*” y nos encerramos en la seguridad de nuestros edificios en vez de salir y proclamar el mensaje del Evangelio.

4.a Sobre el cumplimiento de la misión

Como dijimos a lo largo de la historia tanto el pueblo de Israel como la Iglesia tuvieron dificultades para ir por todo el mundo anunciando al Señor, por lo menos en una primera instancia. Esta responsabilidad de cumplir con nuestra misión, la cual procede del mismo corazón de Dios, puede asumir y tener amplias y diversas manifestaciones de su misericordia, amor, perdón y restauración.

Ahora bien, lo señalado debe amplificarse en medio de una pandemia como la que estamos atravesando. Sin duda nuestra vida estará, por el momento, menos caracterizada por la asistencia a la iglesia a la iglesia, pero necesariamente debe estar signada por el amor, la oración y por supuesto el servicio. Aggiornándonos al tiempo que vivimos, en algunos casos con la visita a los enfermos, los necesitados, asistiendo, aconsejando, orando, discipulando, según sean las características epidemiológicas de cada ciudad de manera personal o remota (llamado telefónico, *Zoom*, *Meet*, redes sociales, entre otros), pero asumiendo que el Espíritu Santo no tiene fronteras, barreras, ni muros a los cuales no pueda llegar, y nuestro servicio tampoco.

Durante muchos años hemos sobrevalorado la unción. Obviamente que es fundamental la unción del Señor en cada una de nuestras vidas, pero nos olvidamos de que la fuente de todo el accionar divino y el nuestro es el amor. Desde los comienzos del tiempo y hasta el final de ellos el motor que impulso e impulsa a Dios es el amor. El amor propició, facilitó, anticipó el poder. Si nos focalizamos en Jesús, veremos que cada una de sus motivaciones, acciones y milagros fueron precedidas por el amor. La iglesia pensó durante mucho tiempo que el poder era fruto de la unción, pero en realidad, el poder es fruto y consecuencia directa del amor. En la medida que amamos como Él amaría en nuestro lugar, la manifestación del poder de Dios es facilitada. Sin amor la unción se desvanece, el fuego se torna efímero, el poder se torna en manipulación y el ministerio se vuelve solo especulación religiosa, sin amor terminamos contristando el corazón de Dios y la iglesia perdiendo su esplendor.

Debemos reiterar, Jesús “*se encarnó*” escribe San Juan, habitó entre los hombres, su padecimiento fue real, su dolor fue tangible, su entrega y amor eran reales no discursivos. Recorría las ciudades, las aldeas iba de un lugar a otro, no esperaba que la gente salga a su encuentro iba al encuentro de ellas, donde nadie lo esperaba, allí llegaba Jesús. Estaba cerca de la peor clase de personas para su tiempo (leprosos, pobres, recaudadores de impuestos, prostitutas, endemoniados, enfermos de todo tipo), los atendía, usaba de misericordia, perdonaba sus pecados, los restauraba. Si bien se puede aplicar el ministerio de Jesús, dada

su alta efectividad, a los actuales principios del management y el mercadeo de más está decir que Jesús no era movilizadopor ellos sino por el amor. Hemos confundido nuestro ministerio con cinco, seis u ocho claves o pasos para un ministerio efectivo, buscando fórmulas, ejemplos, parámetros normativos de todo tipo, pensábamos que Dios media el éxito con parámetros humanos y en dicha búsqueda, en algunos casos, perdimos de cuenta la esencia de todo, el amor y la santidad.

Ahora bien, todos sabemos que la iglesia evangélica en América Latina de la mano del pentecostalismo y el neopentecostalismo particularmente ha crecido significativamente en los últimos años. Solo para hacer una mención vale la pena referenciarnos a un reciente estudio de Pew Research Center⁷. En América Latina hay más de 425 millones de católicos, casi el 40% del total de la población católica del mundo. Sin embargo, la identificación con el catolicismo en sectores importantes de la población ha declinado durante las últimas décadas. En 1910 aproximadamente un 94% de latinoamericanos eran católicos apostólicos romanos y solo un 1% eran protestantes o evangélicos para usar un término más actual. En 2014 los católicos latinoamericanos eran el 70% y los protestantes 20%. Los evangélicos crecieron en casi todos los países. Adicionalmente cabe distinguir que cinco décadas después aproximadamente un 40% de los católicos latinoamericanos se identifican como carismáticos. Así que podríamos presuponer que la respuesta de la Iglesia Católica al crecimiento pentecostal fue crear su propia versión del fenómeno de manera controlada.

Siguiendo con el punto anterior no hay dudas que la iglesia evangélica creció y esto es muy importante y significativo. Ahora bien, debemos sopesar que de la misma manera ha crecido, por ejemplo, la corrupción, el CESLA (Círculo de Estudios Latinoamericanos) a julio del 2020 la media del de dicho índice para América Latina es del 67,65%. Según la CEPAL, a finales del 2019 la pobreza en nuestro continente ascendía al 31% y se proyecta que a finales del corriente año y por efecto de la pandemia podría superar el 40%. Para mediados del 2019 y considerando que el continente americano respecto de la población mundial representa el 13%, se registran el 42% de todas las víctimas de homicidios, según señala un estudio publicado por la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (ONUDD).

Los datos mencionados, nos muestran con claridad que si bien es claro que la iglesia no puede realizar la tarea que deberían realizar nuestros estados, también dan cuenta de que

⁷ Disponible en: <https://www.pewforum.org/2014/11/13/religion-in-latin-america/>

tenemos día por día, mucho trabajo que realizar para influenciar con el Evangelio nuestras ciudades y pueblos. Sabemos que solo Jesús puede modificar las realidades por más duras que sean. Y esto nos debe colocar en un nivel de compromiso que sin duda se puede perfeccionar respecto de los últimos años.

Debemos reconocer que como iglesia hemos sido negligentes a la hora del cumplimiento de la misión que Dios nos dio. Pensemos por unos instantes en como hubiera sido el crecimiento si hubiéramos pasado más tiempo fuera de nuestros templos, en las calles, activos en la predicación en los lugares en los cuales cada uno de nosotros está. Pensemos en los cambios que hubiéramos logrado de la mano del Espíritu Santo si mayoritariamente las personas hubieran visto consistencia entre lo que predicamos y lo que vivimos en lo cotidiano, frente a nuestros familiares, amigos, conocidos; en la influencia social que hubiéramos tenido asumiendo que las personas están cansadas de las palabras, de la oratoria, de los discursos, lo que necesitan ver es el amor de Dios obrando en medio de ellos y para es inevitable primero ser y luego hacer. Nuestros frutos van delante nuestro y es más importante lo que somos que lo que hacemos.

De hecho, si profundizamos un poco más veremos, y de hecho es así, que Satanás también tiene poder para hacer milagros, portentos, para imitar las obras de Dios, para sorprender con maravillas y prodigios falsos a las personas (Ex. 7:22; II Co. 4:4; 11:14). Lo único que el Enemigo no puede imitar, dada su propia naturaleza caída y su esencia de maldad, es el amor, la misericordia, la justicia y la santidad. Por ende, estas cosas (amor, misericordia, justicia y santidad) deberían ser las marcas indelebles de nuestras conductas, de nuestras vidas para que sumado a la unidad el mundo pueda creer. Por años, como dije no nos dimos cuenta de que todas las personas necesitan amor, pero no todas necesitan un milagro. Este es un error que debemos corregir en nuestra misión.

Ninguno de nosotros se acordará de todos los sermones que nuestros pastores nos predicaron, quizás solo de algunos de ellos; pero sin duda recordamos sus actitudes, su acompañamiento, su compromiso con nosotros, el amor que nos demostró. Esto es fundamental.

Finalmente, el último aspecto sobre el que vale la pena reflexionar es el del contenido de nuestras predicaciones y de nuestro mensaje cotidiano. Hemos licuado el Evangelio predicando a Jesús solo como Salvados, Hacedor de milagros, de prosperidad, la famosa frase: “Cristo salva, sana, libera y prospera”, si bien esto es cierto, no lo encontraremos en ningún pasaje del nuevo testamento. La predicación novotestamentaria siempre fue de Jesús

como Señor, con toda la connotación que tenía el *Kyrios* para Imperio Romano. El único “señor” del imperio era el emperador, el César. El hecho de que la iglesia primitiva proclamara que Jesús era el Señor era una franca rebelión o insubordinación a la autoridad imperial y por eso comenzó la persecución por rebelarse contra la autoridad del emperador.

En efecto, Juan el Bautista comenzó su predicación diciendo: “*El Reino de los cielos se ha acercado*” (Mt.3:1-2); esta fue la predicación de Jesús (Mt. 4:17); fue el eje central de la Gran Comisión (Mt. 28:20), fue lo que dijo Pedro en el primer sermón de la iglesia primitiva: “*Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo*” (Hech 2:36). De hecho, fue la predicación de San Pablo: “*Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo*” (Ro. 10:9). En todo el Nuevo Testamento se proclama a Jesús como Señor (Mt. 22:44; Mr. 12:36; Jn. 21:7; Hech. 10:36; Ro. 10:12; 14:9; I Co. 1:2; 8:6; Ef. 4:5; I Tim 1:2; 6:15; II Ped. 1:2; 1:11; 2:20; Ap. 17:14; 19:16, entre muchos otros).

Cuando proclamamos solamente que Jesús es Salvador, pero no Señor, para el imaginario de las personas tienen la posibilidad de no rendir cada área de su vida a Jesús, de no poner la voluntad de Dios antes que la de ellos, piensan que alcanza solo con el rito, la liturgia, la apariencia cristiana, piensan que es más importante lo que hacen que lo que son, un grosero error que debemos corregir (Mt. 7:21-23; Jn. 14:21.24). Sin duda es para reflexionar y más en nuestro contexto atravesado por la necesidad, la crisis y la desigualdad social.

4.b Sobre la cultura de la plataforma (iglesia misional vs. Iglesia de adoración)

En las últimas décadas el paisaje litúrgico de nuestros cultos se ha ido modificando. Hace 30 años atrás o un poco más si uno entraba a una iglesia se daba cuenta por la liturgia, las formas e incluso los énfasis en las predicaciones si era una iglesia bautista, pentecostal, metodista, o menonita, por nombrar algunas. No obstante, el movimiento de renovación con énfasis en la unción sumado al movimiento de alabanza casi contemporáneo al igual que la creciente unidad de las iglesias evangélicas trajo consigo nuevas dinámicas cúlitas y festivas en nuestras iglesias.

Lo mencionado fue creciendo o profundizándose hasta ver en la actualidad en muchas iglesias el uso de danzas, estandartes, banderas, entre otras cosas, incluso en iglesias más cercanas al neopentecostalismo o el isopentecostalismo se notan algunas prácticas como “rociamiento con sal”, “purificación con agua”, “gritos de guerra”, “declaración profética”, “caminatas de victoria”, “actos de siembra”, “oraciones por sanidad y prosperidad”, “cultos de siembra y prosperidad”, entre otras. Esto no es de ninguna manera una valoración teológica sino sociológica y descriptiva, pero sin duda la liturgia se ha vuelto más exuberante, emocional y fusionista (Oviedo, 2012).

Adicionalmente, motivado por lo que podríamos llamar “agentes eclesiales no institucionalizados” (Ribeiro, 2015), podemos englobar agencias paraeclesiales que se dedican con un alto grado de eficacia a la realización de eventos y actividades evangelísticas, musicales y ministeriales que movilizan gran cantidad de personas; a modo de ejemplo entre ellas podríamos mencionar: “Mensaje de Salvación”, “Jesús Fest”, “Argentina Oramos por Vos” e “Invasión del amor de Dios”. A esto debemos sumar a músicos y cantantes evangélicos de gran convocatoria de conciertos de asistencia masiva: Marcos Witt, Jesús Adrián Romero, Hillsong, Marcela Gándara, Lily Goodman, Marcos Brunet, Samuel Hernández, Ricardo Montaner, Juan Luis Guerra, entre muchos otros. Lo dicho llegó a permear en las iglesias facilitando la expectativa de que lo normal, lo usual, lo esperable en cada culto, en cada congregación, sea el “evento”, “las luces”, “el espectáculo”. Si bien toda liturgia (y no solamente cristiana) tiene una dimensión de performance y espectáculo, en este caso esta dimensión cobra un carácter más importante, más central. En este sentido, algunos estudiosos del campo evangélico observan que la experiencia tiene una nueva dimensión.

Lo señalado brevemente hace que conceptualicemos las caracterizaciones dadas como la “cultura de la plataforma”. Pareciera ser más importante lo que se vivencia en la plataforma de las iglesias que lo que sucede entre los creyentes. De pronto parecer ser que nos olvidamos de que los adoradores son instrumentos para acercar al pueblo de Dios en adoración ante el Trono y los pastores o ministros los encargados de ministrar la Palabra de Dios y ser instrumentos útiles en sus manos, pero de ninguna manera el centro de la escena. El único digno que merece el lugar central sigue siendo Jesús, e independientemente del tamaño de nuestras iglesias, lo importante sigue siendo el cumplimiento de la misión y el uso de la mayor cantidad de recursos posibles a la misma. A esto genéricamente lo denominamos “iglesia de adoración”.

No obstante, debemos recordar que la celebración es importante, el culto debe ser el mejor que podamos hacer, profesional, con responsabilidad, pero nada es más importante que la proclamación del Evangelio en su integralidad. Esta es la esencia de la iglesia. De hecho vale la pena reconocer y recordar que todos los ministerios y los dones tarde o temprano cesarán y todos y cada uno de nosotros y por toda la eternidad nos dedicaremos a ser adoradores delante del Trono de Dios, y por ende en este tiempo la adoración es importante (es nuestro entrenamiento para la eternidad), pero no puede nunca soslayar u opacar a la misión.

Por otra parte, debemos recordar que la misión sigue siendo prioritaria para la iglesia y particularmente la misión urbana. La Biblia contiene más de mil referencias de la palabra ciudad, y hay por lo menos treinta ejemplos de lo que puede llamarse ministerio urbano, desde Abraham, hasta Pablo, pasando por Jonás y David, quizás a modo de ejemplo se pueden citar ciudades tales como Ur, Sodoma y Gomorra, Pitón y Rameses, Jericó, Samaria, Nínive, Jerusalén, Capernaum, Belén, Emaús, Betania, Damasco, Samaria, Efeso, Filipos, Corinto, Tesalónica, Roma, Alejandría, Mileto, Antioquia, Macedonia, Frigia, Derbe, Iconio, Efraín, Pérgamo, Sardis, Laodicea, entre muchas otras.

Dice Lucas 19:41: “Y cuando llegó cerca de la ciudad al verla lloró sobre ella”, si vemos la expresión en el griego notamos que el texto es más emotivo y dramático, el término utilizado es “*eklausen*” (ἐκλαυσεν) el cual no alude al llanto reposado con que lloró en la tumba de Lázaro, sino por el contrario se refiere a un lamento explícito, profundo y cargado de dolor. Señala Alfred Edersheim:

El contraste era realmente terrible entre la Jerusalén que se levantaba ante Él en toda su hermosura, gloria y seguridad, y la Jerusalén que Él veía en visión, apenas perceptible en el horizonte... la ciudad yacía en ruinas por el suelo, las piedras mezcladas con los cuerpos ensangrentados de sus hijos, y aún otra escena; el silencio y la desolación de muerte por la mano de Dios (1989, p.317)

Asimismo, es dable señalar que la importancia de las ciudades se ha ido acentuando de manera sostenida a lo largo del tiempo y en la actualidad hay una importante concentración urbana a tal punto que incluso hay megaciudades con poblaciones realmente nutridas, superiores a los 15 millones de habitantes⁸. En este contexto, la evangelización

⁸ Todas las ciudades que se enumeran son en millones de habitantes: 1) Tokio: 38.1 millones; 2) Nueva Delhi: 25.7 millones; 3) Shanghái: 23.7 millones; 4) Sao Paulo: 21.1 millones; 5) Bombay: 22.6 millones; 6) Ciudad de México: 20.9 millones; 7) Pekín: 20.3 millones; 8) Osaka: 20.2 millones; 9) El Cairo: 18.7 millones; 10) New York: 18.5 millones (Disponible en <https://www.viajablog.com/las-ciudades-mas-pobladas-del-mundo/>).

urbana reviste una importancia trascendental para la iglesia, un desafío para el que debemos estar preparados y contar con una estrategia.

Según un reciente informe de las Naciones Unidas⁹, en la actualidad el 55% de las personas en el mundo vive en ciudades. Asimismo, el mencionado organismo estima que el fenómeno del urbanismo se acentuará y aumentará hasta en un 13% más de cara al 2050. La población urbana ha aumentado de manera exponencial –desde 751 millones en 1950 a 4200 millones en 2018– y continuará con esta tendencia. Según el informe en trato, el crecimiento previsto estará altamente concentrado: el 90 % tendrá lugar en los países de África y Asia, y tan solo India, China y Nigeria representarán el 35 % con 416 millones, 255 millones y 189 millones de habitantes respectivamente. Actualmente, las áreas más urbanizadas son: América del Norte: 82 % de población urbana. América Latina y el Caribe: 81 %. Europa: 74 %. Oceanía: 68 %. Pero Asia, a pesar de su bajo nivel de urbanización (cerca del 50 %), acoge al 54 % de la población urbana mundial, seguida de Europa y África con un 13 % cada una. África, en contraste, predomina la población rural, con un 43 % de sus habitantes viviendo en las ciudades. Vale la pena visualizar la proyección de crecimiento poblacional estimada por Naciones Unidas:

Figura N° 2: Proyección de crecimiento poblacional según Naciones Unidas



Fuente: Naciones Unidas. Disponible en: (<https://www.un.org/es/sections/issues-depth/population/index.html>).

Nosotros no vamos a proponer modelos sino vamos a sugerir utilizar los mismos principios espirituales que uso la iglesia a lo largo del tiempo, principalmente la iglesia

⁹ Disponible en: <https://www.un.org/development/desa/es/news/population/2018-world-urbanization-prospects.html>

primitiva y establecer a partir de los mismos (los veremos muy rápidamente) patrones y acciones que facilitarán la misión de la iglesia y el obrar de Dios en medio de ella.

Los principios a tener en cuenta y sobre los que tenemos que reflexionar son los que detallo a continuación. En primer lugar, utilizaron y aplicaron el círculo virtuoso del arrepentimiento-renovación-avivamiento. Si uno lee atentamente el libro de los Hechos de los Apóstoles, va a apreciar una considerable cantidad de citas bíblicas en las cuales, se refleja el gran movimiento y avivamiento espiritual que produjo el Espíritu Santo a través de la iglesia primitiva, leemos en el libro de los Hechos:

- 2:44. "...los que habían creído estaban juntos..."
- 4:4. "...los que habían oído la palabra, creyeron..."
- 5:14. "...y los que creían en el Señor aumentaban..."
- 9:42. "...muchos creyeron en el Señor..."
- 11:21 "...gran número creyó y se convirtieron al Señor..."
- 14:1. "...creyó una gran multitud de judíos..."
- 17:4. "...algunos de ellos creyeron y se juntaron..."
- 17:12. "...creyeron muchos de ellos..."
- 18:8. "...muchos oyendo, creían y eran bautizados..."
- 19:8. "...los que habían creído venían, confesando sus pecados..."
- 19:10 "...así continuó por espacio de dos años de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús..."
- 19:20. "...Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor..."
- 21:20. "... millares de judíos hay que han creído..."

En segundo lugar, la iglesia primitiva profundizó la santidad como norma de comportamiento esencial entre los cristianos. La santidad no era solo un ideal al cual llegar en algún momento del devenir de sus vidas cristiana, sino que era la consecuencia natural de un genuino arrepentimiento y aceptación de Jesús como Señor y la obra del Espíritu Santo en la vida de cada uno de ellos (Mt. 5:48). Tal como vimos en tercer lugar cabe destacarse que saturaron las ciudades con la predicación del Evangelio no con promociones de ministerios. En todo lugar, en todo tiempo, ante cualquier oportunidad los discípulos del Señor anunciaban las Buenas Nuevas, no solo el 15% o el 20% de los miembros de la iglesia.

Por otra parte, debemos considerar algo esencial, el llamado a la unidad por el cual Jesús oró y se refleja en Juan 17 “Padre que sean uno como tú y yo somos uno”. Este es uno de los escándalos del cristianismo, las divisiones internas. “*Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos y en todos*” (Ef. 4:3-6). En Cristo somos uno ya no hay diferencias, es uno de los logros sociales del Evangelio, la dignidad de las personas independientemente de su condición, posición o características personales (Gal. 3: 28-29).

Finalmente mencionar, que los primeros discípulos asumieron que estaban en medio de un choque de poder. el Imperio Romano era sumamente receptivo a todo tipo de creencias y religiones, ya sean de carácter mágico o institucional. Esto produjo realmente un fenómeno espiritual muy especial dentro de dicho sistema imperialista, las huestes de maldad no solo controlaban el ambiente espiritual sino también el social. Jesús les dijo a sus discípulos y a nosotros “*toda potestad me es dada en los cielos y la tierra*” (Mt. 28:18), sin embargo, advirtió “*separado de mí nada podéis hacer.*” (Jn. 15:1-5). Es solo en Cristo y en el poder de Su espíritu que debemos fortalecernos para poder hacer frente al enemigo. Para ampliar sobre los principios espirituales que utilizó la iglesia primitiva se puede consultar sobre el particular de manera específica¹⁰.

No estamos en una iglesia que adore al Señor y sea lo haga de la mejor manera posible, sin embargo, una cosa no debe ir en desmedro de otra. Necesitamos que la iglesia recupere el sentido de urgencia en la misión, su compromiso con la misión y por sobre todas las cosas el mismo amor y visión que Dios tiene sobre misión. Esto es una iglesia misional la cual debe erigirse en medio de la pandemia como la luz que se erige en medio de las tinieblas.

4.c Sobre el amor y la misericordia

Uno de los mayores déficits de la iglesia previa a la pandemia, pese al crecimiento fue sin duda la manifestación del amor y la misericordia divina, sino los números serían mayores, pero fundamentalmente el cambio social sería otro. Los discípulos habían

¹⁰ Libro del mismo autor (Pablo Marzilli): “*Transformemos nuestra ciudad. Redescubramos los principios apostólicos para un crecimiento que impacte nuestra ciudad*”.

convivido con Jesús, vieron su amor y misericordia, la disposición a pagar el alto precio de la cruz, y esto se hizo carne en ellos. A tal punto llegaron a parecerse a Jesús, que hablaban como Él, actuaban como Él, amaban como Él, sentían como Él (Hech. 4:13).

Lo natural fue entonces, que la gente que los veía, que los escuchaba, que los observaba a partir de sus obras y frutos, los asemejaran a ése al que le decían el Cristo, en consecuencia, se los llamo cristianos. Resuenan en nuestros oídos las magistrales palabras de San Pablo dadas en Filipenses 2:1-11, Jesús se encarnó, se sacrificó y murió por cada uno de nosotros. Ahora bien, que era lo que había en los seguidores de Jesús, que los impulsaba a ser semejantes a Cristo; porque iban a la cárcel cantando cánticos e himnos espirituales, porque no dudaban en seguir testificando de Él aún cercanos a la muerte; porque daban todo lo que tenían y lo repartían a los pobres; que los motivaba a sufrir en paciencia, tribulaciones, necesidades, angustias, azotes, cárceles, tumultos, trabajos, desvelos, ayunos, (II Co. 6:4-5); era sin duda el poder del Espíritu Santo en sus vidas y el amor de Dios, como así también, un fantástico espíritu de gratitud y adoración hacia Aquel que les había dado la salvación.

Convertirnos en un instrumento santificado que Él pueda usar para alcanzar a muchos; ser las manos que Él utilice para levantar al caído y sostener al de poco ánimo; ser los ojos que Él use para derramar lágrimas implorando la misericordia divina a favor de aquellos que rechazan su Palabra y poder ver la realidad de los que sufren; ser los oídos que Él use para escuchar el dolor del prójimo; ser la boca que Él use para anunciar las Buenas nuevas; ser los pies que Él use para llevar su Palabra hasta los confines de la Tierra. En definitiva, habrá en nosotros “el mismo sentir que hubo también en Cristo Jesús” cuando estemos dispuestos a ser como él fue y actuar como el actuó.

En medio de la feroz persecución que desató Nerón sobre la iglesia primitiva, los discípulos siguieron predicando, siguieron amando, siguieron bendiciendo incluso a sus perseguidores. Señala Justo González:

Además de matar a los cristianos, se les hizo servir de entretenimiento para el pueblo, se les vistió con pieles de bestias para que los perros los mataran a dentadas. Otros fueron crucificados y otros quemados a fuego al caer la noche para que iluminaran la calles. Todo esto hizo que se despertara la misericordia del pueblo, aún contra esta gente que aparentemente merecía un castigo ejemplar, pues veía que no se les destruía para el bien público sino para satisfacer la crueldad de una sola persona, Nerón.¹¹

¹¹ Justo González (1997). *“Historia del cristianismo”*. Tomo I”. USA. Editorial Unilit, pp. 52.

El amor sacrificial de Cristo es el que fuimos llamados a imitar. Su misericordia es la que debemos encarnar, Su compasión la que debemos reflejar. Para algunos seremos débiles, para otros ingenuos, para otros locos, pero ciertamente para Jesús, seremos hacedores de su Palabra y fieles testigos del Nuevo Pacto en su sangre. En este tiempo es un punto importante sobre el cual debemos reflexionar en medio de la crisis en la cual nos encontramos, sabiendo que aún en medio de todas las circunstancias, Dios sigue siendo Rey y nosotros su iglesia llamada a hacer en todo momento y ante cualquier circunstancia su voluntad.

4.d Sobre la eclesiología y el evangelismo

Debemos reconocer que nuestra eclesiología y organización interna de la iglesia nos ha restringido seriamente el desarrollo de la tarea evangelística. En este sentido salvo la movilidad y dinámica que otorgó el sistema celular, es necesario reconocer que no es suficiente para llegar a todas las personas a la cual deberíamos. Esto no es una apreciación general simplemente, sino un llamado de atención a la necesidad de replantear algunas cosas que entiendo, son necesarias.

En primer lugar, sería bueno recapacitar sobre el “activismo de nuestras iglesias”. Una de las consecuencias del Covid-19 ha sido, debido a la cuarentena o al aislamiento establecido, el surgimiento de problemas matrimoniales y familiares que evidentemente estaban latentes, pero la convivencia detono en todo sentido. Hasta antes del Covid-19 la vorágine diaria, la rutina, el trabajo, las circunstancias diarias hacían que las personas pasen poco tiempo fuera de su hogar. A esto debemos sumarle en parte, las actividades eclesiales.

Nos hemos especializado en poner cultos o actividades de distintos tipos casi todos los días de la semana. Cuando el metamensaje (el mensaje indirecto o que no decimos expresamente) de la iglesia es darle prioridad al templo y no a tu familia, estamos en un serio problema. De hecho, vale recordar que solemos tender a priorizar a la iglesia por encima de todas las cosas, cuando en realidad ese no es el orden establecido por Dios en su Palabra. Lo primero que creó Dios, incluso antes de elegir a su pueblo Israel o a la iglesia, es la familia. Sin embargo, no siempre se le da la misma trascendencia a la misma en nuestras iglesias, solemos tender a poner a la iglesia por encima de la familia. Esto es un error.

En segundo lugar, debemos reconocer que el activismo mencionado nos llevó a una segunda consecuencia sobre la que debemos pensar y es el “vivir nuestra relación con Dios

como comunidad mayormente puertas adentro de la iglesia”. El énfasis en el templo, en las reuniones y eventos puertas adentro hay sido un problema para la iglesia y lo sigue siendo dado que nos opaca la misión. En este sentido escribió Pablo Deiros:

El “templocentrismo” ha sido un factor importante en obstaculizar el crecimiento de la iglesia. En muchos casos, la capacidad del templo como auditorio ha sido el límite inexorable para el crecimiento numérico de la congregación. En razón que en América Latina las iglesias no han contado con suficientes recursos para construir grandes templos, aquellas congregaciones que han fundado su desarrollo en un edificio particular se han visto sumamente complicadas en su expansión. Más recientemente, una nueva visión misiológica y estratégica ha acercado a las comunidades de fe al modelo neotestamentario. el testimonio de la iglesia se daba de manera descentralizada (2008, p.99).

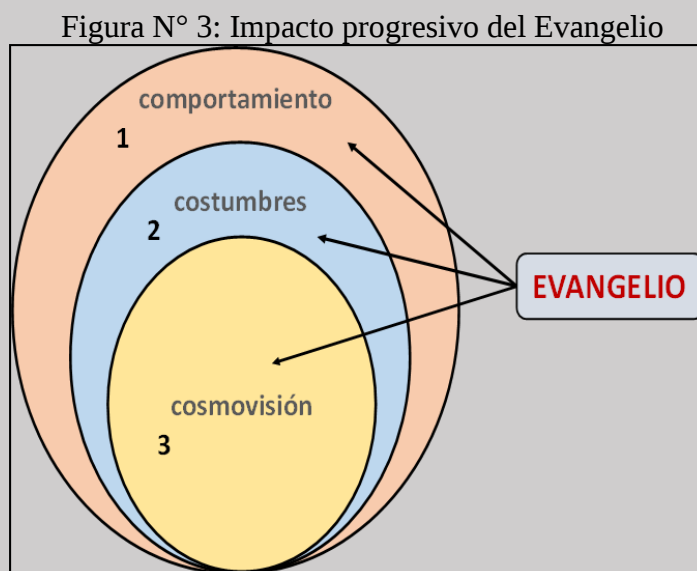
A lo dicho, en tercer lugar, debemos sumarle nuestra llamada cultura evangélica. Esto es parte de nuestra herencia, de nuestro acervo, de lo que somos, vamos construyendo nuestras pautas y acciones culturales de manera interactiva, creciente y sin darnos cuenta, de pronto y haciendo pie en nuestras creencias y prácticas desarrollamos una cosmovisión común, un lenguaje común, construimos nuestra identidad en todo el sentido de la palabra (tenemos nuestra música, nuestros radios, periódicos, eventos, entre muchas otras cosas).

Sin embargo, lo señalado en el párrafo anterior, lo cual es sumamente valioso y legítimo, en algunos aspectos puede llegar a ser una traba para la proclamación del Evangelio en nuestro contexto cotidiano, en el día a día, de la que no nos damos cuenta. Pensemos por unos instantes, generalmente la gente no creyente, salvo alguna necesidad particular, no siente la necesidad de entrar a un templo evangélico, pero si entrará a una de nuestras iglesias durante un culto, sin duda sería muy bien atendido y con amabilidad, pero a partir de ese momento entrará en un mundo absolutamente desconocido para él. No entenderá lo que se dice, no por mal sino por desconocimiento, nunca leyó la Biblia y escuchará frases como: “el cordero que fue inmolado”, “el poderoso Dios de Israel”, “Dios derrame su aceite fresco”, “nuevo nacimiento”, así podemos señalar centenares de frases, simplemente no entenderá que decimos.

Pero el problema comunicacional no queda solo en la dimensión del lenguaje. Sin duda le llamará la atención la letra de las canciones, la gente levantando las manos, llorando, moviéndose al ritmo de la música, en algunos casos verá mujeres danzando con atuendos similar hebreos, banderas, en algún momento el pastor se pondrá de pie, predicará verbosamente como tiene acostumbrado, hará el llamado y realmente si no fuera por la obra del Espíritu Santo no sería capaz de hacer la profesión de fe, o entender lo que sucedió.

Finalmente, si aceptará a Jesús como Señor personal, sin terminar de entender lo que aconteció, aunque se sienta bien, se le acercarán algunos hermanos o hermanas bien intencionados que le pedirán sus datos personales como si fuera una requisitoria policial (exagerando al propósito). Ahora deberíamos darnos cuenta, cuan extraño, lo señalado puede resultarle a una persona que llega por primera vez a la iglesia.

El cuadro pintado que naturalmente responde a nuestra cultura, sin duda tomará tiempo para que el nuevo creyente pueda internalizarlo y se sienta parte. Este proceso formativo inicial tiene lugar principalmente en las células y se espera que acontezca a lo largo de toda la vida. Como en una cebolla, capa por capa “el Espíritu Santo seguirá trabajando en la persona”, a través del discipulado, las prédicas, los ritos, hasta modelarlas en su nuevo contexto. Los pastores suelen decir usualmente, que las personas deben ser modeladas a la “imagen de Cristo”, este proceso puede llevar años. Lo primero que modificamos es nuestro comportamiento, es lo básico lo más próximo; luego nuestras costumbres, aquellas cosas que nos fueron modelando a lo largo de nuestra vida y finalmente y lo más complejo nuestra cosmovisión (nuestra manera de ver y entender el mundo conforme Dios). El siguiente gráfico nos ayudará a entender mejor el proceso de conversión:



Fuente: Elaboración propia del autor

Por lo expuesto debemos entender que el seguimiento, crecimiento y desarrollo personal del nuevo convertido, es un proceso, esto es mucho más que la asistencia a una célula o que vaya aprendiendo el lenguaje, tiene que ver con un cambio real de su vida, si es

que queremos ser consecuentes con el llamado a hacer discípulos y no multiplicar evangélicos.

Como punto cuarto debemos considerar la necesidad de tener estructuras más flexibles o ágiles que nos permita adaptarlas a las nuevas normalidades y entornos, hemos aprendido de manera vívida que la iglesia es mayor que el templo y la obra del Espíritu Santo va más allá de nuestras formas, modismos y preconceitualizaciones. Ahora bien, esto no significa no tener orden o ser meticulosos en los temas legales, administrativos, financieros e impositivos. Por el contrario, establecer los mecanismos de control y desarrollo que sean pertinentes para facilitar el involucramiento de todas las personas de la comunidad de fe y la debida transparencia en los gastos para que a su vez la gente sepa respecto del uso de los fondos aportados. Esto nunca es un tema menor.

Finalmente, debemos reconocer que por mucho tiempo no estuvimos a la altura de las circunstancias, no solo en la formación de las futuras generaciones, por eso hoy cuesta ver en cada uno de nuestros países políticos, empresarios, jueces, docentes universitarios, sindicalistas cristianos. Tanto nos replegamos puertas adentro que no incentivamos a nuestros jóvenes a prepararse para ser líderes de impacto social. Si bien ahora esta tendencia está cambiando nos resta señalar que también hemos dedicado mucho tiempo a atender lo urgente, el “super pastor” que debe hacer todo en lugar de delegar.

Esto es lo que hicieron los discípulos de Jesús, era importante ayudar a los huérfanos, las viudas, los necesitados, pero los apóstoles entonces eligieron a las personas indicadas bajo la guía del Espíritu Santo y ellos se dedicaron a estar en lo importante (Hech. 6:1-4). Esto no significa acentuar la falsa dicotomía credo/laico, sino precisamente desarrollar a los santos para la tarea del ministerio y tener visión de largo plazo para establecer las bases y elementos necesarios para una misión efectiva.

4.e Sobre el hacer discípulos y la evangelización

Como dijimos el hombre es una compleja unidad multidimensional, tiene necesidades espirituales, físicas, emocionales, intelectuales, familiares, laborales y sociales. A cada una de estas necesidades esenciales ministró y atendió la iglesia novotestamentaria. No solo fueron las cuestiones espirituales (proclamación del Evangelio) y la ayuda a los huérfanos y las viudas (Hech. 6:1-3); sino además prodigios, sanidades y maravillas (Hech. 5:12; 19:11-12). Llevaron a cabo una autentica renovación espiritual (Hech. 19:17-18); la

transformación espiritual y moral de miles de personas que se arrepintieron y reconocieron el Señorío de Cristo (Hech. 4:32; 11:24; 14:1); la reivindicación de mejores derechos para la mujer y los que estaban en situación de desprotección (Hech. 1:14; Ef. 5:25); la restauración del concepto de la familia (Hech. 16:15); y tantas otras cosas más.

Es imposible que la iglesia cumpla su misión a menos que la misma sea integral, esto es, atienda a las necesidades ya mencionadas, y le dé al hombre un marco de referencia sobre el cual establecer o modificar sus valores culturales o morales, esto es sin duda el Evangelio. Señala René Padilla: “*La misión cristiana se orienta hacia el desarrollo de toda la persona y de todas las personas...*”¹²

Ahora bien, debemos reconocer que tuvimos la tendencia a focalizarnos solamente en los temas espirituales y sociales. No es el énfasis correcto que Jesús enseña en la Palabra y requiere de nosotros un fuerte compromiso por el hombre en su totalidad, esto no solo es hacer reuniones que tiendan a enseñar sobre temas familiares, laborales o económicos, esto es necesario pero no suficiente. Nuestro compromiso debe ser ir un paso más y facilitar por medio del ejemplo de cada uno de nosotros que la vivencia de los principios bíblicos, la santidad, la oración y una interacción correcta nos permite recibir todas y cada una de las promesas que Dios nos da en su Palabra para nosotros y nuestras generaciones futuras (I Co. 11:1), incluso cuando las mismas se dilaten. El hecho de ser ejemplos no es menor para el Nuevo Testamento (Jn. 13:15-17; Fil 2:5); efectivamente, un ministerio, cualquiera sea, que no es capaz de imitar a Jesús tarde o temprano resultará en hojarasca aunque en un plano superficial parezca exitoso.

En medio de una pandemia como la que estamos atravesando tenemos que considerar la profundización de nuestro compromiso con las personas y sus realidades. Sin duda la organización interna de la iglesia a la que estamos acostumbrados (células, hombres, mujeres, jóvenes, niños, evangelismo, adoración, educación, independientemente de los nombres que le demos), si bien seguirán, deberán estar dotadas de la necesaria y urgente tarea de la restauración, la compasión, ayuda social integral, consejería (ministerios esenciales para este tiempo), como así también del acompañamiento y el seguimiento de cada situación.

Es mucho más que desarrollar la misión con moldes, estructuras y ministerios, es permitir que las mismas sirvan al propósito de la iglesia en la actualidad que es anunciar el

¹² Padilla, R. (1986). *Misión Integral, Ensayos sobre el Reino y la iglesia*. USA, Editorial Nueva Creación.

Evangelio (como siempre lo fue), pero en un contexto donde las personas utilizan medios de contacto no pensados, atraviesan por realidades que no imaginábamos y situaciones de dolor que perdurarán en el tiempo a menos que el amor de Jesús cambie sus realidades. Tenemos el increíble privilegio de que Dios nos haya escogido para esta tarea y ser partícipes activos de este tiempo.

Preguntas para reflexionar:

1. ¿Cómo evalúa la forma en que la iglesia cumplió la misión de proclamar el Evangelio y hacer discípulos antes de la pandemia?
2. ¿Entiende que en los últimos años la llamada cultura de la plataforma a sido una de las características de la iglesia evangélica o entiende que no es así?
3. ¿Según su opinión, la iglesia o congregación a la que pertenece puso en práctica su ministerio basándose en el amor y la misericordia, de manera palpable para la comunidad?
4. ¿Su iglesia fue eficiente en la formación de discípulos que reflejen a Jesús en su vida cotidiana? ¿En qué se basa?
5. Si tuviera que establecer un porcentaje aproximado, ¿en qué proporción la iglesia fue eficiente en la evangelización e impacto de la comunidad puertas afuera del templo?

CAPÍTULO V

Desafíos para la iglesia de la pospandemia

El Covid-19 nos puso frente a la necesidad de analizar lo que hemos hecho como iglesia, los peligros que travesamos, y pero fundamentalmente los desafíos que tenemos por delante. En este capítulo no haremos futurología ni mucho menos, tampoco haremos predicciones de lo que pueda pasar, no es lo que debemos hacer. Sin embargo, a lo luz de lo dicho hasta el momento es pertinente pensar en los desafíos que como Iglesia del Señor tenemos por delante. Dijimos que Dios nos ha dado un mensaje fuerte y claro, y los primeros receptores debemos ser nosotros, el pueblo de Dios.

Entendemos que ante el nuevo contexto internacional y de cada uno de nuestros países, será menester desafiarnos a un nuevo nivel de compromiso y misión individual, entendemos que debemos desarrollar y perfeccionar nuestro sentido de pertinencia y comunicación el Evangelio de forma tal que no pierda su vigencia y plenitud, sino que al mismo tiempo pueda ser aplicado por las personas a sus necesidades sentidas habiendo entendido claramente el mismo. Lamentablemente luego del Covid-19 habrá que recomponer todo un entorno de crisis socioeconómica, de desigualdad social profunda, de desocupación, problemas sanitarios y de infraestructura, muchas personas quedarán heridas, abatidas, con necesidades importantes, la iglesia debe volver a ser la voz de los que no tienen voz, no solo para asistirlos sino para hacerles justicia. No debemos olvidar que siempre hablamos del Reino de Dios y su justicia, palabra final no menor e imprescindible.

Tendremos que asumir y afrontar el desafío de la compasión y la restauración, no nos cansaremos de repetir esto. Es parte vital de lo que Dios hizo con cada uno de nosotros y no siempre nosotros tenemos la compasión debida y buscamos la restauración completa de las personas, a veces pasan desapercibidas en el vértigo cúltico de las iglesias. Finalmente, deberemos asumir el desafío de ser y hacer discípulos, la esencia de la iglesia y de cada una de nuestras vidas, también a veces tendemos a hacer adeptos en lugar de discípulos, es realmente grande la diferencia. Veamos cada punto.

5.a El desafío del compromiso y la misión individual

Una iglesia que realmente está comprometida con el Evangelio de Jesucristo es consciente de la necesidad de las personas y sus carencias, no sólo espirituales sino afectivas, económicas, laborales, sociales y familiares. Jesús se comprometió con las personas integralmente. Un compromiso sin acción es indiferencia y una fe sin compromiso es simplemente religión. Ahora bien, muchos de nosotros podríamos decir que esto lo hacemos con regularidad y es cierto, no obstante, dada la coyuntura que estamos atravesando deberemos redoblar esfuerzos para profundizar nuestro compromiso y misión individual.

Hace meses que la mayoría de nosotros estamos atravesando no solo el confinamiento en nuestras casas, sino diversas circunstancias emocionales, familiares, económicas, laborales, de salud y todo ello se ve agudizado por el hecho de no poder compartir con nuestros hermanos, con la iglesia de la forma o manera a la que estábamos acostumbrados. Sin embargo, como dijimos el Covid-19 dejó al descubierto la condición en la cual cada uno de nosotros nos encontrábamos. En este sentido, si bien podemos seguir cultos on line, asistir a reuniones por Zoom o Meet, tener encuentros virtuales y tratar de sobrellevar las nuevas formas cúllicas, sin duda nos vimos “forzados” a redescubrir nuestra relación con Dios de manera individual, y esto no es malo, por el contrario, es necesario y saludable.

Muchos redescubrieron la importancia del altar individual y familiar, comenzaron a valorar el tener un encuentro profundo con Dios tal como Jesús les dijo a sus discípulos (Mt 6:6). Cuando vemos los grandes hombres y mujeres de Dios a lo largo del tiempo, vamos a observar, que más allá de sus debilidades, frustraciones e incluso impotencia, fue por medio de la oración, la adoración y la búsqueda que finalmente Dios terminó obrando a través de cada una de sus vidas para cambiar la realidad que los rodeaba. Abraham, cavaba pozos y edificaba altares (servicio y adoración), Moisés se refugiaba en el monte (presencia de Dios), David aprendió que Jehová era su pastor, pero también a valorar que era mejor un día en sus atrios o altares que mil fuera de ellos (Salmo 84:10). Pablo y Silas cantaban himnos y cánticos espirituales en la cárcel (Hech. 16:25).

Quizás una de las cosas más positivas que hemos atravesado en los últimos meses ha sido la valoración de una relación individual con Dios, no solo para encontrar fuerzas, consuelo y restauración sino para renovar la visión correcta de nuestro propósito y misión.

La iglesia por un tiempo más (esperemos que corto, aunque no lo sabemos) no podrá volver a congregarse o reunirse como lo solía hacerlo, de hecho, cuando lo hagamos

tendremos que acostumbrarnos a nuevas pautas de higiene y cuidado que se introducirán necesariamente por un largo tiempo.

Lo dicho, sin embargo, en ninguna circunstancia, debe ir en desmedro de nuestra responsabilidad y compromiso como discípulos de Jesús. Cada uno de nosotros somos la iglesia y tenemos como propósito esencial en nuestra vida mostrar a Jesús, donde vamos a Jesús, donde estamos está Jesús, lo que hacemos se muestra delante de una gran nube de testigos que esperan ver algo diferente. Esta la diferencia entre un seguidor titubeante y distante como Nicodemo y un genuino discípulo que se compromete con su Señor de manera total.

Debemos reflexionar por ende, sobre nuestra responsabilidad individual como seguidores de Jesús, no seguimos a un pastor, a un apóstol o a un ministerio (aunque ellos están puestos por Dios para ayudarnos a crecer y desarrollarnos), seguimos a Jesús y esto implicará en muchos casos cambios radicales en nuestras pautas de relacionamiento con Dios y por sobre todas las cosas cumplir nuestra misión como discípulos llamados a proclamar a Jesús a todas las personas posibles y de todas las formas posibles.

Los templos están cerrados pero no están cerrado o disminuido nuestro compromiso y responsabilidad, no está encasillada nuestra responsabilidad y por sobre todas las cosas no está paralizada nuestra misión, la cumplimos y debemos cumplirla a diario, con los medios que están a nuestra mano y de las formas más prácticas y eficientes que Dios pondrá a nuestra disposición si se lo pedimos. La creatividad sigue siendo importante a la hora de misionar y el compromiso su esencia vital.

5.b El desafío de la pertinencia y la comunicación

Debemos hacer hincapié en el desafío de ser pertinentes. Necesitamos básicamente volver al criterio que utilizaba Jesús cuando interactuaba con las personas. Conocía su problemática, sabía sus necesidades, pero fundamentalmente se acercaba a ellos con un lenguaje claro, simple, que trasuntaba cercanía, proximidad (Mt. 7:28-29). La pregunta es ¿cómo ser pertinentes en medio de nuestro contexto?, debemos reconocer que el Evangelio siempre es pertinente para las personas, Dios no cambia, en Él no hay sombra de variación o mudanza (Stg. 1:17), y por ende tampoco lo hace su Palabra (Mt. 24:35), el tema es que a veces nosotros no la hacemos pertinente para las personas y sus realidades.

En este sentido lo primero que debemos hacer para poder llevar adelante una proclamación adecuada del Mensaje es saber interpretar la realidad, conocer nuestro contexto, estar adecuadamente informados y por sobre todas las cosas entender las necesidades que están atravesando las personas. Lo dicho nos permitirá no sólo conocer el contexto sino fundamentalmente buscar la dirección de Dios para en medio de las diferentes situaciones que se susciten la palabra correcta y de la mejor manera. Adicionalmente esto nos permitirá, facilitar la obra del Espíritu Santo dado que es el único que convence de pecado (Jn. 16:8).

A veces tendemos a acostumbrarnos a que la predicación, o la trasmisión del Mensaje es algo que sabemos hacer, hace tanto lo hacemos, que se suele volver rutinario, monótono, simplemente por la experiencia tratamos de decir las cosas que se deben decir, pero sin saber si realmente es lo que debemos decir para el momento adecuado y la persona en necesidad. Jesús no solo conocía lo que pasaba con las personas, su realidad, sino que fundamentalmente las conocía a ellas (Mt. 7:28-29). Lo dicho debe movilizarnos a pensar en cómo buscar de Dios para ayudar a los demás, con la palabra exacta, la acción correcta, la templanza necesaria y la misericordia adecuada.

A parte de ser pertinentes debemos saber comunicar adecuadamente el Mensaje, Jesús hablaba con los agricultores a partir de la agricultura, con los pescadores a partir de la pesca, con los sembradores sobre siembra, con profunda empatía con los enfermos y necesitados, la base toda buena comunicación en primer lugar conocer el público, dirían los profesionales del tema, pero me permito agregar para saber comunicar a parte de la técnica, necesaria, tenemos que comprender a las personas, saber que pasa por sus corazones.

A partir de lo señalado podemos mencionar algo que no es menor tampoco, debemos mejorar nuestra manera de comunicar el Mensaje, de manera precisa, concreta, empática, contundente, más visual, pero por sobre todas las cosas basados en la misericordia, esto solo es posible a partir de la obra del Espíritu Santo. Sería un error importante, replicar las estructuras cúlticas en las redes, dado que sería una manipulación inadecuada de las mismas, y no entender que lo esencial es mantener los espacios de interacción y los elementos más importantes (oración, alabanza, predicación) del encuentro, pero con nuevas estructuras y formas.

5.c El desafío de ser la voz de los que no tienen voz

Los indicadores económico-sociales que están surgiendo a partir del análisis de los distintos organismos internacionales dan cuenta de un proceso de profundización de la injusticia social, la pobreza, la marginalidad y problemas estructurales vinculados a los servicios. Por ende, debemos considerar lo que sentencia el libro de Proverbios: *“Habla a favor de los que no pueden hablar por sí mismos; garantiza justicia para todos los abatidos. Sí, habla a favor de los pobres e indefensos, y asegúrate de que se les haga justicia”* (31:8-9). La iglesia fue llamada a defender y hacer justicia, proclamar el año agradable del Señor. El Evangelio trajo dignidad a las personas, equiparó sus derechos, asistió a los necesitados y defendió a los menesterosos y viudas. La conceptualización de la justicia social no ha cambiado. Hoy tenemos el deber de alzar nuestra voz por lo que nos tienen voz, pero también de interceder y amar a todos, incluso a los que desean anular la voz de los demás.

En algunos aspectos son escandalosos los templos lujosos, las organizaciones religiosas ricas en medio de un continente pobre como es el Latinoamérica. Es un llamado a la reflexión. Pero a su vez el levantar la voz de los desprotegidos, de los que no se pueden defender, de los necesitados no es una cuestión de oratoria o marketing sino de una profunda participación social en pos de los mencionados. En la medida que no seamos capaces de dinamizar nuestra acción conforme a los criterios y principios establecidos por Dios, la injusticia seguirá siendo lo usual o normal.

La historia de la Iglesia Protestante ha sido dibujada a lo largo de nuestros países luchando no solo por la libertad religiosa, sino por la igualdad, la participación y los derechos humanos. Es parte de nuestra herencia del adn que se encuentra en nuestra herencia, desde el redescubrimiento de la dignidad de las personas en medio del Imperio Romano, pasando por las casas de ayuda, orfanatos, hospitales, escuelas, hogares de ancianos, casas de refugio, entre muchas otros; o bien, modificaciones estatales, de normas que valorizan derechos son parte de lo que el mundo protestante ha realizado a lo largo del tiempo y la historia.

Finalmente, en este punto debemos resaltar la importancia de preparar y facilitar la formación de las nuevas generaciones para que sean ellos, quienes con valores y una cosmovisión cristiana puedan hacer por medio de su esfuerzo y participación un cambio en la visión actual y a pesar de los mecanismos de poder absolutamente corrompidos e ineficientes vigentes. Es menester aumentar la influencia cristiana en áreas estratégicas del engranaje social (gobierno, justicia, educación, salud, sistema financiero) para que a partir de dicha influencia podamos no solamente predicar el Evangelio en tales áreas sino mejorar el entorno social desde adentro de la toma de poder. Debemos asumir que libramos una

batalla no menor con el sistema globalizado de la ideología de género fundamentalmente, sino por lo que se conoce como el nuevo marxismo que pretende quitar a Dios y los valores cristianos de la sociedad. Un desafío que en tiempos de Covid-19 no se ha detenido, sino por el contrario aumentado.

5.d El desafío de la compasión y la restauración

Hemos hablado bastante de este tema, sin embargo, quisiera redoblar la necesidad de entender que el mundo pospandemia será un mundo que quedará con profundas consecuencias sociales, económicas, afectivas y principalmente espirituales. De hecho, es necesario que entendamos que las creencias siempre están lidiando con las incertidumbres, las dudas trascendentales, los temores, aquellas cosas que a priori no tienen respuestas y es precisamente ante tales situaciones en los cuales todo tambalea que la fe se erige como faro y punto de referencia. Obviamente la fe en este tiempo deberá ir acompañada como dice la Palabra con obras que manifiesten el amor de Dios de manera tangible y visible (Stg. 2:14-17), no solamente desde un punto de vista económico, sino además emocional y de acompañamiento. Por favor, debemos entender que no estamos llamados a dar todas las respuestas y Dios no necesita que salgamos a justificarlo, pero sí estamos llamados a amar, acompañar, restaurar y dejar que en su tiempo el Espíritu Santo obre en la vida de cada una de las personas usándonos a cada uno de nosotros, sin forzar situaciones.

Si bien todavía es prematuro para saber si la pandemia va a impactar de alguna manera significativa y duradera en la vitalidad de las creencias religiosas, pero difícilmente ponga en discusión o en tela de juicio la centralidad de la fe en la vida de los fieles. Es más la fe está dando en la actualidad mayores respuestas que la ciencia misma para afrontar la crisis que atravesamos. Que queremos decir con esto, la gente va a buscar a Dios mucho más que antes, nosotros somos los encargados de facilitar y permitir que lo hagan de la manera adecuada conforme a la Palabra, esto requerirá no solo estar, sino además ser pacientes y comprensivos, tal como Dios hizo con cada uno de nosotros mirando en retrospectiva.

Estamos en un continente que tiene valores cristianos y a lo largo de la historia más allá del devenir de los acontecimientos internos de cada uno de nuestros países. Si bien hay en líneas generales un decrecimiento de la Iglesia Católica y un crecimiento sostenido de la Iglesia Evangélica en el continente, a excepción de Uruguay que tiene niveles de laicidad mayores, se puede constatar la fe en Dios y un fundamento de valores cristianos. Debemos

señalar que la fe no es estática, mucho menos monolítica y firme. Va cambiando, se va enriqueciendo y haciendo desde diferentes perspectivas que la nutren. En este sentido hay que señalar que dada la coyuntura global que estamos viviendo, la fe, por el momento, se vivenciará más de manera individual que comunitaria, personal que grupal, autogestionada que por la intermediación de los pastores y líderes y más centrada en las necesidades del otro. Esto sin duda requiere de una cuota de responsabilidad y compromiso adicionales y una vivencia de fe más personal y diaria.

Ante el entorno descrito la compasión y la acción intencionada que facilite la obra del Espíritu Santo en el otro (no creyente) deberá reposar en cada uno de nosotros y no tanto en el ministerio específico de la iglesia como estamos acostumbrados. Siempre tuvimos que haber tenido esto en cuenta y no pensado que era tarea de la gente de evangelismo, o de consejería, sino de cada uno de nosotros. La Gran Comisión, el llamado a hacer discípulos es para cada uno de nosotros que somos iglesia, todos somos responsables. Hoy somos los medios necesarios e presentes para que la iglesia desarrolle su misión y lo haga permitiendo obrar al Espíritu Santo no solo en el liderazgo sino en cada uno de nosotros.

5.e Aspectos prácticos que la iglesia deberá considerar

Nos toca mencionar a esta altura de nuestro trabajo algunas sugerencias prácticas sobre los próximos quehaceres que deberá llevar adelante la iglesia en nuestro nuevo contexto pandémico. Las mismas son aproximadas e indicativas y dependerá enriquecer la presente lista de conformidad con la realidad concreta de cada una de nuestras iglesias y el contexto en el cual estamos desarrollando nuestro ministerio. Las mencionamos en el reconocimiento que no son de ninguna manera limitativos sino por el contrario disparadores de otras acciones:

- Establecer para el funcionamiento de los templos protocolos de higiene y salubridad adecuados a fin de evitar la propagación del virus (zona de limpieza, distancia social de dos metros, ventilar los ambientes, tomar la temperatura al ingreso al templo, alcohol en gel en zonas compartidas, baños y cocina, uso de cubre boca y nariz dentro de las instalaciones, entre otras). Tratar de evitar la concurrencia de ancianos y personas de riesgo.

- Reducir la duración de los cultos a fin de tener el menor tiempo posible a las personas dentro de un ambiente cerrado.
- Sería conveniente antes del inicio de las actividades cuando sea posible, mantener un contacto con los asistentes regulares a efectos de determinar si asistirán a las actividades. Debemos considerar que muchas personas por un tiempo quedarán sensibilizadas y serán renuentes a volver a las reuniones en los templos, esto nos ayudará a dimensionar las proporciones de los elementos necesarios.
- Preparar a los ujieres y personal de soporte, los primeros a controlar, sobre cómo actuar ante las distintas situaciones que puedan darse (que a un asistente se le observe fiebre, que se niegue a la prueba, que sin tener fiebre se observen síntomas, entre otras cosas)
- No discontinuar las transmisiones en vivo de las actividades y crear un área específica del ministerio audiovisual y equipar la iglesia en ese sentido dentro de las posibilidades económicas de cada congregación
- Ser creativos a la hora de pensar en nuevas formas de obtener medios económicos para sostener la infraestructura de la iglesia y llevar adelante la misión (mercado pago, paypal, transferencias, pago móvil, entre otros). En los casos de personas no bancarizadas disponer de horarios y días para tal fin poniendo buzones o cajas en la puerta de la iglesia por donde las personas puedan pasar sin aglomeramientos.
- Instar ante las autoridades locales y nacionales por baja de impuestos y tasas en función de la tarea social y de ayuda que se realiza en las iglesias (exenciones de tasas municipales).
- Armar con los hermanos que sean profesionales de la salud, comunidades de atención para hermanos en necesidad o de bajos recursos que no tengan acceso a los sistemas de salud privados o la saturación de los sistemas públicos en la zona.
- Armar bolsas de trabajo entre los hermanos de la congregación a fin de que en la búsqueda de un profesional o cuentapropista se les dé prioridad a los propios hermanos de la congregación o sus familias.
- Tener en cuenta la necesidad de fortalecer los vínculos con las personas que por falta de conocimiento o imposibilidad no puede acceder a los cultos on line o acercarse de manera fácil a la iglesia (fundamentalmente ancianos o personas de riesgo o que no tengan medios electrónicos)
- Será vital desarrollar una teología para el duelo y planificar un adecuado acompañamiento de las personas que perdieron familiares por Covid-19, es una

situación sumamente traumática no poder hacer estad con ellos, acompañándolos o con la posibilidad de darles un último adiós.

- Abandonar el templocentrismo que incluso en algunos aspectos se asemeja a una templolatría, no es posible que la vida de la iglesia acontezca casi en su totalidad dentro de la infraestructura eclesial, puertas adentro. Hay que planificar en proporciones altas actividades puertas afuera, en las cuales cada miembro sea un discípulo y cada creyente un hacedor de la voluntad de Dios en lo cotidiano. Para esto las personas necesitan un liderazgo con una visión distinta, no centradas en ministerios carismáticos o atractivos sino en Jesús.
- Multiplicar en consecuencia la formación y preparación de las personas para que sean discípulos y darles el correcto seguimiento. En este caso debemos entender que el 90% de toda la información que llega a nuestro cerebro entra por los ojos. Por ende, hay que replicar el modelo de Jesús las personas nos tienen que ver a nosotros hacerlo antes que simplemente decirlo.

Preguntas para reflexionar:

1. Si tuviera que decirle a Dios algo sobre su compromiso individual y el cumplimiento de la misión -hacer discípulos- dada a cada uno de nosotros. ¿Qué le diría? ¿Cuál es su análisis?
2. ¿De qué manera comunica el Evangelio? Para responder utilice los criterios de pertinencia y comunicación
3. ¿Se involucra en las necesidades de los demás? ¿Entiende que su iglesia es la voz de los que no tienen voz?
4. ¿Qué acciones prácticas se le ocurren para ayudar en esta crisis a los hermanos de su congregación y la comunidad? Por favor enumérelas.

CAPÍTULO VI

Desafíos para el ministerio pastoral de la pospandemia

Lo dicho hasta el momento nos debe dar pie para entender que estamos ante una época de cambios de paradigma, independientemente de cómo los interpretemos o vivencemos. Sencillamente si bien muchas cosas volverán a cierta normalidad, hay otras que lamentablemente no o al menos pasará mucho tiempo hasta que lo hagan.

Las nuevas complejidades dan cuenta no solo de modificaciones en los niveles de la cotidianidad (medidas de higiene y seguridad, de distanciamiento y protección, de incertidumbre médica y resistencia a la asistencia de los hospitales y clínicas para el seguimiento de enfermedades), sino además de modificaciones un poco más profundas en lo que tiene que ver con el entramado social (economía, pobreza, desempleo, expectativa de crecimiento y desarrollo). Asimismo, deberemos acostumbrarnos a nuevas pautas en el mundo profesional y educacional, con eje en el teletrabajo (home office), universidades y colegios a distancia, mucho desarrollo de autoproyectos o emprendimientos individuales fruto o producto del desempleo.

Por otra parte, deberemos estar atentos a la siempre presente tentación de nuestros gobiernos a acaparar poder y gobernar desde el temor y la emergencia a fin de pasar por alto derechos y libertades inalienables de cada uno de nosotros. Esto impondrá una resistencia a dichas aspiraciones y desarrollar un posicionamiento social responsable, serio y participativo junto con el resto de la sociedad.

Pero otra faceta en la que también se han producido cambios que perdurarán por un largo tiempo es la religiosa. La espiritualidad individual autogestionada o a “la carta” siempre estuvo latente, pero invisibilizada para las instituciones religiosas, me permito decir que ha dado a luz y ahora no hay forma de seguir ignorándola. Por más que nos esforcemos en poner los cultos “online” y utilizar cuanta herramienta tecnológica encontremos para mantener el contacto y la cercanía con las personas, nos damos cuenta que en rigor de verdad, hace tiempo que las personas vivían su espiritualidad, en algunos casos a espaldas de la institución, pese a estar unidas a ella. Esto es yuxtaponiendo creencias y prácticas, vivenciándolas de disímiles maneras y monitoreando sus niveles de compromiso.

Por ejemplo, pensemos unos instantes en los cultos en línea, cuando participamos de la Santa Cena, por más que digamos que participan de ella los que hayan aceptado a Cristo como Señor y Salvador, estén bautizados por inmersión en el nombre del Padre, del Hijo y

del Espíritu Santo y estén en paz con Dios y con la iglesia; la realidad indica que no podemos controlar quien participa de la misma del otro lado de la pantalla o del dispositivo, no tenemos manera de saber o palpar el estado espiritual de los participantes y tampoco impedir que participen aquellos que aman a Jesús y no cumplen algunos de los requisitos mencionados porque se sienten libres de hacerlo o bien entienden que pueden hacerlo igual. Todo un cambio eclesiológico y teológico no menor, que no podemos controlar o manejar.

Esto nos debe llevar a reflexionar que la personas vivirán su fe, en una parte conforme ellos deseen (religión vivida) pero fundamentalmente de la forma en la que los hemos preparado. Ahora de manera más palpable y estridente comenzaremos a ver que tan bien preparamos y formamos discípulos del Señor. Asimismo, nos debe llevar a pensar que no podemos seguir desarrollando el ministerio pastoral o cualquier otro como lo veníamos haciendo, no solo la realidad nos venía superando hace tiempo sino que a partir del Covid-19 esa realidad nos apabullo y en consecuencia debemos reflexionar sobre el particular.

Debemos ir vivenciando como presentes el distanciamiento social, las nuevas pautas de interacción, al COVID-19 o el nombre que vaya recibiendo a medida que el virus vaya mutando -recreando inviernos distintos cada año-, acostumbrarnos a ser una iglesia de muchas casas pero de una única familia, a pensar la iglesia desde el otro y no desde nosotros, desde la necesidad y no desde la autosuficiencia, deberemos fijar nuestros ojos en Jesús el autor y consumidor de nuestra salvación, nuestro modelo eternal, todo lo demás ha demostrado ser finito, imperfecto, impotente y vulnerable. Ante la nueva realidad necesitamos, por ende, cambios en la vivencia y práctica del ministerio pastoral, una resignificación adecuada de los principios bíblicos y un espíritu de sacrificio que esté a la altura de las circunstancias. Lo primero que debe hacer un líder en un entorno de crisis como el que estamos atravesando es mantener la calma y entender que las batallas las ganaremos de rodillas y por la gracia de Dios. lo vemos con un poco más de detalle:

6.a Hacia un ministerio semejante al de Jesús (encarnacional y sacrificial)

Los evangélicos estamos acostumbrados a ver la cruz vacía y es cierto, Jesús resucitó y está sentado a la diestra del Dios Todopoderoso, pero solemos obviar que antes de una tumba vacía hubo una cruz llena con el cuerpo sufriente de Jesús, entregado voluntariamente por amor a cada uno de nosotros. Estuvimos tan centrados en la gloria -cierta y verdadera-

que perdimos de vista la necesidad de ser coparticipes de Su sufrimiento tal como señala el apóstol Pablo (2 Cor. 1:6-8). En nuestro caso ese sacrificio sigue estando vigente a la hora de poder cumplir con nuestro ministerio. Hay una santa tensión entre una iglesia sufriente y una iglesia gloriosa, no podemos elegir solo una cara de ella.

Lo dicho en el párrafo anterior es aplicable plenamente al ministerio pastoral, por supuesto sin entrar en generalizaciones, pensamos que podíamos evitar la parte del sacrificio, de la entrega incondicional, del dolor por el otro, estas dimensiones ante el nuevo contexto adquieren una relevancia particular.

Es necesario tener en cuenta que no es posible vivir y vivenciar el Evangelio sin encarnación previa. Jesús a lo largo de su ministerio fue muy claro al respecto. De hecho, nuestras prioridades deberían girar en torno a ello y particularmente a tratar de ser imitadores de Cristo (I Co. 11:1). El manejo de los parámetros culturales es básico para la correcta proclamación del Evangelio, en ese sentido si bien la cultura de Jesús siempre irá en contra de los parámetros y realidades de cada cultura (Mt. 5-7), es nuestro deber llevar a la práctica cotidiana lo establecido en la nueva normalidad de vida exigida para el cristiano y expuesta en los famosos “*más yo os digo*” de Jesús. Pero no, de manera oral simplemente sino fundamentalmente vivencial.

En la medida que la gente no puede visualizar en nuestra vida cotidiana la vivencia práctica de nuestra fe, les costará internalizar el mensaje que transmitimos. Esto lo podemos ver de manera práctica a lo largo del Evangelio de Juan, por ejemplo. Jesús le da de comer a la multitud y luego proclama “*Yo soy el pan de vida*” (Jn. 6:35). En Jn. 8:12 sentencia: “*Yo soy la luz del mundo*”, luego Jesús sana al ciego de nacimiento. “*Yo soy la puerta, el que por mí entrare, será salvo*” (Jn. 10:9), asimismo agrega: “*Yo soy el buen pastor*” (Jn. 10:11), luego de hablar de la parábola del redil. Antes de revivir a Lázaro Jesús le dice a Marta, su hermana: “*Yo soy la resurrección y la vida*” (Jn. 11:25-26). Luego Jesús dice: “*Yo soy el camino y la verdad y la vida*” (Jn. 14:6), antes de hablar de la promesa del Espíritu Santo. Finalmente, Jesús proclama: “*Yo soy la vid, ustedes los pámpanos*” (Jn. 15:5).

Como vemos cada una de las afirmaciones, enseñanzas y declaraciones de Jesús estuvieron respaldadas por su actuar al respecto, darle de comer a la multitud, sanar al ciego, revivir al muerto, enseñar sobre las ovejas. Lo mismo debe acontecer con nosotros, no hay forma de que la gente pueda entender en plenitud el Evangelio si no ve en nosotros frutos dignos de arrepentimiento. El pastorado, el ministerio apostólico, el ministerio de misiones o el educacional, o cualquier otro ministerio encuentra su esencia, su vitalidad en la medida

que hay una fuerte correspondencia entre las palabras y las acciones, entre lo que la gente ve y lo que no ve a partir de nuestras palabras. Sin duda necesitamos pensar si nuestros ministerios en verdad encarnan y vivencian el Evangelio o solo a una religión más. Debemos construir la imagen de Jesús en nuestra comunidad no la de nuestros ministerios, es lo único que impactará en las personas. Jesús no nosotros (Jn. 14:9-11). Nunca se trató de nosotros, siempre fue Él. Por favor, es hora de entender que todo lo que hace un líder es una declaración teológica que habla de nosotros, pero también de Dios.

6.b Hacia un ministerio dinámico centrado en el discipulado. Dado al trabajo en equipo, accesible y humanizado

Si bien la mayoría de las iglesias ha implementado el sistema celular e incluso alguna de ellas se han convertido en iglesias celulares, desde el punto de vista eclesiológico, debemos recordar que la iglesia es esencialmente un grupo de personas que fueron “redimidas por la obra de Jesús en la cruz”, creyeron en él, y se reúnen para adorarlo (*Ekklesia*), la iglesia es una comunidad. Así ha sido a lo largo del tiempo, desde las reuniones en las casas de la iglesia primitiva, pasando por los grupos frecuentes en la época de la Reforma y la Pre-Reforma o los Grupos Selectos de Wesley, o Clases Metodistas. Las reuniones en grupos sean por franjas etarias, por afinidad o por zonificación son una de las maneras frecuentes de tender al Evangelismo y de administrar la iglesia por medio de un sistema pastoral indirecto (líderes de células).

En este sentido he definido a las células como: “Una unidad básica de organización eclesial que tiene por finalidad establecer un espacio nimio de interacción y construcción de pertenencia, en ella se lleva a cabo el proceso de conversión y desconversión de los nuevos en la fe, se construye la nueva identidad y principalmente se llevan adelante tareas de formación y proselitismo” (Marzilli 2019, p. 234).

Las células, por ende, son en la actualidad parte esencial de la conformación constitutiva de la mayoría de las iglesias. Por otra parte, cada célula tiene su líder a cargo y dependiendo de las estructuras internas su forma de desarrollo y articulación con el resto de los ministerios. En este contexto es menester reflexionar sobre importante formación de líderes de células que se han desarrollado en los últimos años, su formación e inserción posterior en el ministerio pastoral.

En síntesis, las células si bien son en algunos casos una forma de organización administrativa de la iglesia son fundamentalmente una forma de desarrollar a los discípulos. Esto que parece algo normal o natural, debe adquirir una nueva dimensión por la pandemia global que estamos atravesando. No alcanza con hacer un Zoom o un Meet entre los miembros celulares, sino que es menester robustecer los vínculos a partir del trabajo cercano del líder celular pero fundamentalmente por par del pastor.

En consecuencia, debemos revalorizar el trabajo en equipo, muy menospreciado en el ámbito evangélico, ya que los pastores tienen a presuponer que el trabajo en equipo es solamente hacer que la gente haga lo que él les dice que deben hacer, eso no es trabajo en equipo es simplemente ordenar el trabajo. Trabajo en equipos es compartir ideas, tomarlas seriamente en cuenta (aunque luego se desechen), analizarlas, establecer un plan o programa de trabajo con evaluaciones periódicas y principalmente establecer puentes de confianza con el otro, sin confianza, aunque el líder se equivoque alguna vez, no es posible trabajar en equipo.

Aquí viene un aspecto no menor a tener en cuenta por el liderazgo en la nueva normalidad, la necesidad de interacciones más accesibles y humanizadas. Esto es, no a través de interminables asistentes que tornan casi imposible el “hablar con el pastor o apóstol”, sino con tratamientos necesarios en virtud de las complejidades de los temas que atraviesan las personas y sus entornos. Esto hará que el ministerio tenga un cariz de humanización que muchas veces no tenía dada la alta profesionalización del ministerio.

La dinámica está dada entonces, por la capacidad de delegar, de crear vínculos o puentes de confianza con el liderazgo a través de un trabajo en equipo de mutuo respaldo, pero por sobre todas las cosas asumiendo que hay situaciones y cuestiones en la vida de las personas que necesitan de nuestro consejo y asesoramiento, aunque el líder sea cercano a ellas, es necesario nuestra presencia. De lo contrario estaríamos obviando nuestras responsabilidades y las personas se sentirán no atendidas o cuidadas. La respuesta lógica será como hacerlo cuando hay muchas personas que atender, delegando con responsabilidad y por sobre todas las cosas sabiendo priorizar nuestro tiempo.

Independientemente de la organización de cada una de nuestras iglesias, deberemos tender a un ministerio que sea capaz de acercarse a las personas mayormente los no cristianos, que nos facilite a través del trabajo en equipo tender una trama social indirecta (capilaridad) para estar presente en la mayor cantidad de aspectos sociales de nuestra

comunidad y por sobre todas las cosas humanizado, no por regirnos por valores humanos, sino por cercanía y compasión hacia las personas, en definitiva más compasivo.

6.c Hacia un ministerio que facilite la participación y se conecte más con el entorno

Esto tiene que ver en parte con lo dicho en el punto anterior. Los pastores debemos reconocer que no hemos sido eficientes en lograr que todas nuestras comunidades de fe, nuestras congregaciones en su totalidad se involucren en la tarea de proclamar el Evangelio de Jesucristo. Pero en gran parte el problema ha sido nuestro no solo por la excesiva burocratización de nuestras estructuras sino por haber facilitado o permitido que la formación de cada uno de nuestros hermanos sea deficiente de cara a la realidad y al peso del discipulado en toda su dimensión bíblica.

Es menester en este tiempo recuperar la centralidad del pulpito y particularmente de la predicación del Evangelio completo, en su integralidad y con todos sus promesas, bendiciones y requisitos, antes que los mensajes de autoayuda o positivos más basados en la centralidad de lo que la gente quiere oír antes que en lo que Dios desea decir. En algunas circunstancias hemos manipulado las Escrituras para que la gente se siente bien, esto no es correcto y menos en un contexto en el actual en el cual la gente necesita oír todo el consejo de Dios, es la única forma de que puedan superar la actual pandemia.

Hoy más que nunca necesitamos vincularnos con nuestro entorno, para esto es inmejorable el contacto personal en la medida de lo posible y con las restricciones de un mundo que tiene al contacto distante desde lo físico pero cercano al mismo tiempo desde lo emocional y emotivo (redes sociales, llamadas telefónicas, comunicaciones en línea). Vincularnos con nuestro entorno significa vivenciar nuestra responsabilidad de hacer discípulos en todo lugar en el que nos encontremos y propender a afectar todas las áreas sociales de nuestra comunidad.

El Covid-19 nos ha dado la posibilidad a muchas iglesias de ayudar concretamente a muchas personas creyentes y no creyentes para tener un plato de comida sobre su mesa. Esta es una forma de involucrarnos no solo con las autoridades locales, sino principalmente con las familias de nuestra comunidad. No debemos limitarnos a la ayuda social, sino al interés real por las personas, por cada familia, seguirlas, llamarlas, fundamentalmente orar por ellas, saber que pueden contar con nosotros, ser facilitadores del obrar de Dios en sus vidas. Esto

es influenciar el entorno. Muchos nos van a rechazar, muchos otros no van a reaccionar de manera lineal, muchos otros aceptarán.

Para esto debemos involucrar a cada familia de la congregación o a la mayor cantidad posibles de familiar. Supongamos que tenemos 30 familias en nuestra iglesia, solo por dar un ejemplo, esto es lo que debería pasar y los pastores somos en gran parte responsables para que así sea, tenemos un templo cerrado pero 30 iglesias en pleno funcionamiento en cada casa. Esa es la idea central que debemos tener en cuenta. Debemos trabajar para que cada familia sea una iglesia plenamente activa que vivencie su fe de manera interna (devocionales diarios, altar familiar, charlas, compartir necesidades y estados de ánimo, juegos, etc), pero también de manera externa (hablando de Jesús cuando surja la posibilidad a compañeros de trabajo o de escuela o universidad -online- orando por ellos, haciéndoles saber que estamos allí).

Tenemos que ir acostumbrándonos a una iglesia y esencialmente un ministerio que aliente el sacerdocio de todo creyente, promueva el servicio activo de cada persona conforme los talentos recibidos, los discipule activamente y los siga, que descentralice las tareas de evangelización, ayuda social, consejería, adoración y proclamación. Esto es, que cada familia, que cada miembro sea responsable de vivenciar su fe en su casa y sea su casa el lugar donde planea, bajo la guía del Espíritu Santo y el consejo de su pastor, como alcanzar a todas las familias, personas vecinas y a sus contactos. Cualquiera de nosotros dirá pero esto es lo que tuvimos que haber hecho siempre, la realidad es que no fue así o por lo menos en la proporción deseada, pero el Covid-19 ha venido a establecer que dicha modalidad deberá ser más frecuente y usual de lo que pensábamos. La nueva realidad esta cambiando parámetros y costumbres sociales y sin duda hará lo mismo con la iglesia.

6.d Hacia un ministerio reflexivo y humilde

Entendemos que necesariamente el ministerio pastoral pospandémico deberá ser mucho más reflexivo y humilde. En el entendimiento que con lo que tenemos, con lo que estamos acostumbrados a hacer, con nuestra visión de la realidad tradicional no podremos hacer frente a la crisis. Jesús les dice a los discípulos: “aprended de mi que soy manso y humilde...” (Mt. 11:29). Debemos reconocer que necesitaremos mucha humildad para entender la nueva normalidad, contrastar lo hecho o mejor dicho, lo que estamos acostumbrados a hacer frente a ella y reconocer con una mente amplia las cosas que debemos

modificar en nuestro ministerio para que bajo la guía del Espíritu Santo pueda ser de impacto y eficiente.

Lo dicho incluye reconocer que la iglesia no tiene todas las respuestas, solo Dios las tiene y como pastores no conocemos todos los temas ni podemos afrontar todas las situaciones sin la ayuda de profesionales específicos de los que podamos valernos. En este sentido a menos que seamos capaces de en oración abrir nuestra mente para dejar que Dios nos sorprenda con sus ideas, será muy difícil hacer frente la pospandemia.

Sin duda tendemos a pensar que tenemos las respuestas, que la experiencia alcanza, que los años recorridos son nuestro aval, pero debemos entender que estamos viviendo algo que la nunca vivimos en los últimos siglos, una pandemia devastadora que en menos de seis meses trastocó la vida diaria de 114 países en el mundo y con serias consecuencias sociales. Si este no es el momento indicado para ir humildemente al trono de la gracia, no veo cual sería otra mejor situación.

Sencillamente con lo que tenemos no podemos hacer lo que debemos hacer. Es que se han modificado pautas eclesiológicas, sistematicidades culticas, formas de predicación, las maneras usuales de hacer misión se vieron modificadas las maneras de colectar los diezmos y ofrendas, incluso algunos aspectos vinculados a la teología práctica, al oficio de las prácticas de la iglesia. Todo lo dicho en menos de seis meses. Las situaciones de perplejidades, de impotencia, nuestras incapacidades han sido siempre el tipo de cosas que Dios ha usado a lo largo de la historia para mostrar su gloria y su poder (Noe, Abraham, Moisés, Josué, Ruth, David, Isaías, Jeremías, Daniel, María, Pedro, Juan, Pablo, entre muchos otros).

Vez tras vez, tendemos a enfocarnos en nuestra perspectiva, sin embargo, solo cuando permitimos que Dios nos sorprenda, esto es somos capaces de ser sorprendidos por Él, los milagros acontecen de la forma menos pensada. En el párrafo anterior mencione algunos hombre y mujeres que Dios uso, sus nombres son familiares para cada uno de nosotros, pero también utilizó a personas que a priori no serían tomadas en cuenta: a Rahab, a Simón de Cirene, a Ananias. Todas las personas son aptas para ser usadas por Dios pero también es un llamado de atención para que abramos nuestra mente y veamos de que cantidad de formas y recursos Dios llevará adelante su voluntad.

Nuestra tarea principal en este tiempo es permitir, facilitar, desarrollar a cada familia de nuestra congregación para la tarea del ministerio, dotar de las herramientas necesarias al médico, al ingeniero, al plomero, al abogado, al jubilado, al estudiante, al ama de casa, al

obrero, a cada hermano para que este donde este, sea capaz de poner en primer lugar a Jesús y hablar de Él, vivir como Él y actuar como Él.

Ser humilde significa romper definitivamente con los prejuicios, dejar de poner rótulos o guiarnos por estereotipos infundados. Esto facilitará la unidad, medio indispensable para que el mundo crea. El Evangelio igualó a los pobres y los ricos, a los esclavos con los libres, al judío con el gentil, al hombre con la mujer, a los pastores con los religiosos, unió el cielo y la tierra. Todos eran diferentes, pero había un único Señor, una sola fe, un mismo bautismo y una esperanza común.

De cara a los tiempos que vienen recobra sentido las palabras de Jesús a sus discípulos y a cada uno de nosotros: *“Y tangán por seguro esto que estoy con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos”* (Mt.28:20 NTV). Esto nos da esperanza, una renovada seguridad de confianza que se apalanca en la misericordia y la gracia de Dios, no en nuestros recursos, estrategias, medios o posibilidades. Sin lugar a duda la iglesia resurgirá triunfante de la crisis en tanto aprenda a depender enteramente del Señor de la iglesia, Jesús lo anticipó: *“Y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y el poder de la muerte no la conquistará”* (Mt. 16:18 NTV).

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué cambios entiende que debe realizar el ministerio pastoral o apostólico en este tiempo y ante la nueva normalidad?
2. ¿Cómo mediría la eficiencia de su iglesia en la formación de discípulos y cómo entiende deberá desarrollarlos a partir de la pandemia?
3. ¿Qué haría para que cada uno de los miembros de su iglesia se involucre en la Gran Comisión?
4. ¿Entiende que el ministerio pastoral actual es cercano a las personas y a las necesidades de las mismas? Por favor, justifique su respuesta.

CAPÍTULO VII

Desafíos para las misiones mundiales en la pospandemia

En un mundo pospandémico y con las características sucintamente mencionadas al inicio de este trabajo, en el cual la regla será el distanciamiento social como método de cuidado de las personas y la salud, una maximización de las normas de higiene y la bioseguridad, de profunda crisis económica y social, vivido en la nube tanto a nivel laboral, educacional como eclesial, con un desarrollo acelerado de la inteligencia artificial que sin duda afectará el mundo laboral, de fronteras reactivas a los momentos de contagios y rebrotes en los distintos países, un resurgimiento de la espiritualidad y cambios en todas las religiones respecto de sus prácticas y formas debemos entender que el hacer misiones a nivel global es todo un desafío no menor para cada una de nuestras congregaciones. En este sentido cabe abordar los siguientes puntos, siempre desde una perspectiva abarcadora y que sirve para recordar las premisas básicas el trabajo en el campo misionero.

7.a Hacer misión en un contexto de fronteras cambiantes (cierre y apertura)

Debemos tener en cuenta que gran parte de la viralización y expansión de las nuevas enfermedades a nivel mundial, incluso del tipo de los coronavirus (para ser específicos) y que causan infecciones respiratorias que pueden ir desde el resfriado común hasta enfermedades más graves como el Síndrome Respiratorio de Oriente Medio (MERS) o el Síndrome Respiratorio Agudo Severo (SRAS), o de un influenzavirus como la gripe A (H1N1), generan entre otras cosas trombosis pulmonares, neumonías, bronquiolitis agudas, y graves obstrucciones respiratorias, cardiovasculares y fallas renales; se han multiplicado en cifras mundiales de contagio alarmantes gracias al traslado de las personas de un país a otro y la alta movilidad de las mismas. Obviamente esto influyó también en la alta propagación del Covid-19.

La alta movilidad de las personas, las tasas de contagio incontrolables por momento, la saturación de los servicios e infraestructuras médicas de cada uno de nuestros países ha ocasionado de manera reactiva en la mayoría de los casos la apertura y el cierre de las fronteras. Esta nueva realidad que también incluye el reagrupamiento en bloques políticos

de los diferentes países que no necesariamente respetan el patrón geográfico sino más bien diplomático es una importante cuestión por considerar respecto de las misiones globales.

Por otra parte, la dificultad en la generación de fondos y recursos económicos en la mayoría de las iglesias locales se está tornando en un tema complejo y de una consideración singular dado que el sostenimiento de misioneros transnacionales no solo depende de dicha generación y aporte, sino además, en un entorno de economía global y nacional recesiva, del envío de divisas al extranjero. Por ende, debemos considerar:

7.b Redescubrir el concepto del misionero bivocacional

En este tiempo tan particular, y en atención a lo señalado en la introducción de este capítulo deberemos analizar y considerar de manera más enfática la posibilidad de contar para el envío de nuevos misioneros, con hermanos y hermanas que tengan la posibilidad de ser bivocacionales o biocupacionales, que sean capaces de vivir en la ciudad donde vaya a realizar su ministerio con una profesión u oficio de tal manera que parte de sus gastos puedan ser solventados por el mismos.

Esto significa en gran medida que el proceso de formación de los misioneros transculturales deberá comenzar a contemplar de manera más enfática la preparación de los mismos en oficios que le permitan cubrir parte de su estadía en el país elegido, pero fundamentalmente que en los tramites de visado se contemple el pedido formal de que no sea solo una visa religiosa sino además tenga la posibilidad de contemplar el trabajo sin violar normativas internas.

Lo dicho no solamente aliviará la economía de las iglesias y organizaciones que envíen a los misioneros, sino fundamentalmente les brindará a ellos mismos, una vez que se encuentre en el campo, con herramientas prácticas que les ayuden a mejorar su nivel de vida e inserción, incluso con la posibilidad de hacer nuevos contactos con los residentes a partir de la realización del oficio o trabajo de que se trate.

7.c Una formación misional práctica y actualizada

La formación de los misioneros es compleja, difícil y debe orientarse desde un sentido práctico y vivencial. En este aspecto será necesario dotarla de una nueva perspectiva contextual en atención a las modificaciones sociales que se están produciendo en todos los

rincones del planeta. La nueva normalidad, los cambios que se están llevando adelante muchos de ellos de manera disruptiva por efectos del Covid-19 deben ser entendidos analizados, interpretados y asimilados en el contexto de cada país de destino de los futuros misioneros o los que actualmente están sirviendo en cada uno de los países.

La interpretación correcta de las modificaciones sociales si bien siempre han sido vitales para la preparación de los misioneros, cobra en este escenario, una nueva perspectiva y necesidad, incluso estando en el campo misionero. La interpretación y resignificación de los temas vitales para las personas, tales como la vida, la salud, la espiritualidad, la economía, el trabajo, deben ser comprendidas a la luz de los cambios que se están produciendo, pero fundamentalmente conforme a la Palabra de Dios. Estos son los insumos básicos que Eben tener los misioneros a la hora de poder transmitir el mensaje del Evangelio y desarrollar la misión.

Todos y cada uno de nosotros tendemos a enfrascarnos en nuestra dinámica eclesial propia, sumergirnos en nuestras realidades y sin darnos cuenta nos vamos alejándonos del conocimiento de la realidad y por sobre todas las cosas de como las personas van vivenciando dicha realidad a fin de ser más exactos a la hora de transmitir el Evangelio ante la situación concreta por la que atraviesan las personas. En ese sentido es necesario comprender que esto es más que estar informados, es hablar con las personas (a través de cualquier medio), acercarse a ellos, conocer las modificaciones en las pautas cotidianas, para facilitar la permeabilidad de la Palabra aplicada a sus situaciones vivenciales para que constaten el obrar de Dios en ellos.

7-d Cada discípulo un misionero (culturas y subculturas)

Dada las características de la nueva normalidad, de golpe nos dimos cuenta de que cada uno de nosotros y de nuestros hermanos tenemos la responsabilidad de hacer discípulos en todo lugar en el cual nos encontremos, nuestra vida diaria debe estar impregnada de la necesidad de compartir y hablar de Jesús. Ahora bien, esto debe ir un paso más allá y debemos entendernos misioneros en nuestros trabajos, colegios, universidades. Cada uno de nosotros tiene una subcultura a la cual llega, de la cual participa, nuestro medio ambiente profesional o educacional, nuestro lugar de misión.

En ese sentido debemos considerar que cada uno de esos ambientes naturales en los cuales nos movemos a su vez están rodeados e interaccionan con distintas subculturas

urbanas que de manifiestan de diferente forma y a las que la iglesia también debe llegar con el mensaje del Evangelio, solo mencionamos algunas de estas tribus urbanas: rockers, punks, heavies, emos, góticos, cynerpunk, cumbieros, regetoneros, hip-hop, grunge, normcores, cosplayers, canis, visuals kei, entre muchos otros. Todos y cada uno de ellos, independientemente de su forma o estilo de vida, tienen la misma necesidad de Dios que nuestros familiares, vecinos, o amigos, y debemos buscar los mecanismos adecuados para hacerlo. A esto nos referimos cuando hablamos de subculturas urbanas que necesitan y merecen ser alcanzadas por Jesús.

Debemos entender que la misión es personal y comunitaria, es la iglesia la que envía pero somos cada uno de nosotros, aunque muchos no tengamos el llamado misionero transcultural, los responsables de facilitar que los llamados a dicho ministerio puedan ser enviados a donde Dios los lleva; pero al mismo tiempo somos agentes de transformación en nuestros contextos personales y misionamos en el mejor sentido de la palabra (somos “enviados”) a vivir, anunciar y facilitar la transformación de nuestros entornos mediatos (hogar, trabajo, colegio, universidad, etc.) y permear en aquellos entornos sociales en los cuales tenemos acceso directo o indirecto para cumplir nuestra misión primordial ser testigos de Jesús. Dicha tarea adquiere por el Covid-19 una significación relevante en la que todos estamos involucrados y de la cual (llamado) deberemos dar cuenta.

Sin duda las herramientas para el trabajo misionero transcultural e intracultural se adquieren y hay muchas instituciones que están puestas por Dios para guiarnos y educarnos en este proceso, lo que no podemos obviar es que todos tenemos el llamado de Dios a ser misioneros, a hacer discípulos, nos toca a cada uno de nosotros asumir el protagonismo en nuestra historia personal que Dios pretende que tengamos, para a su vez ser actores secundarios cercanos y comprometidos de la obra que Dios hizo y hará en las vidas de todas las personas a las cuales pudimos anunciarles y mostrarles el Evangelio.

Preguntas para reflexionar:

1. ¿De qué manera entiende que la apertura y cierre de las fronteras de cada uno de los países en la actualidad puede restringir o no el trabajo misionero en el mundo?
2. ¿Entiende que sería bueno profundizar la visión bivocacional de los misioneros o sería contraproducentes?

3. ¿De qué manera práctica se le ocurre que la iglesia puede ofrendar para las misiones en este tiempo tan particular?
4. ¿Su iglesia tiene en cuenta a las subculturas de la comunidad en la cual está inmersa a la hora de anunciarles el Evangelio? ¿Qué se le ocurre que esto puede facilitarse?

CAPÍTULO VIII

Conclusiones

Siempre es difícil condensar las conclusiones, máxime cuando hablamos de temas tan complejos y de alto impacto como los analizados. Sin duda el mundo cambio, no sabemos todavía la profundidad y envergadura de dichos cambios o su perdurabilidad a través de los años, pero sin duda muchos de ellos harán que la vida cotidiana se vea impactada de manera cierta.

Ante el escenario descrito, debemos reconocer que Dios siempre le habla en primer lugar a la iglesia, no para juicio, pero de ser necesario, sí para perdón y restauración. En este sentido debemos reconocer, si somos sinceros, que muchas de las acciones y actitudes llevadas a cabo por la iglesia evangélica en los últimos años, no solo fueron en contra de los propios estandartes del Evangelio (como vimos) sino que a su vez ocasionaron en buena medida el alejamiento de personas que quedaron heridas, dolidas o maltratadas por unos pocos ministerios inescrupulosos y carentes de misericordia.

Como dijimos el Covid-19 puso las cosas en su real perspectiva, mostró la realidad tal como es y a las personas tal como estaban antes de su irrupción. Quedó al descubierto la condición de la sociedad actual: injusticia, desigualdad social, pobreza, marginalidad, la carencia de infraestructura sanitaria y edilicia; hizo más palpable el individualismo, el egoísmo, la espiritualidad volátil pero sincera y a las personas tal como estaban: pobres, ricos, enfermos, sanos, angustiados, desocupados. Pero también mostró a la iglesia en su faz real y cuando la contrastamos contra los principios que Dios establece en Su Palabra, nos damos cuenta de que tiene muchas carencias y temas a trabajar en el largo proceso de *“tener el mismo sentir que hubo también en Cristo Jesús”*.

En un abrir y cerrar de ojos, y casi sin darnos cuenta las estructuras, los templos, los recursos, los medios, las habilidades, la experiencia comunitaria, quedaron relegados a la simpleza de la reunión en las casas, el altar familiar, la búsqueda personal y la trasmisión a la distancia por medio de las redes sociales para tratar de encontrarnos mediatos de alguna manera. Nos dimos cuenta lo vulnerable que somos, lo frágil que es el hombre, pudimos vivenciarlo nítidamente. De manera más concreta nos tocó descubrir que todo el quehacer del hombre es pasajero, y que aún el ministerio cuando no se ajusta a la exigido por Dios en su Palabra ser torna simple hojarasca, y por fin comprendimos que sin Él nada somos o podemos hacer.

Sin duda necesitaremos reflexionar sobre lo que Dios nos está diciendo, entender los cambios y adaptaciones que espera que hagamos. En primer lugar, para ser más semejantes a Cristo, ese es nuestro punto de mejora a alcanzar, nuestro objetivo real alcanzar “*la estatura de la plenitud de Cristo*”. En segundo lugar, para entender las nuevas dinámicas sociales de las que somos parte, cada uno de nosotros está inmerso en medio de tales cambios y adecuaciones, y por ende no podemos pasarlos inadvertidos o hacernos los distraídos con la nueva normalidad. En la medida que entendamos la misma, mejor preparados estaremos para afrontarla, para actuar sobre ella y a pesar de ella bendecir a las personas con un mensaje de esperanza real, pertinente y concreto.

En tercer lugar, para fundamentalmente en mi opinión dotar a la misión a nuestra acción cotidiana de la responsabilidad necesaria para hacer discípulos en todo lugar en el que nos encontremos, pero ya no dando prioridad única a la palabra o al mensaje oral sino al mensaje visual pero no necesariamente auditivo, esto es, a la misericordia, al amor, a la comprensión, al acompañamiento, a la empatía genuina.

Los ministros tenemos la tremenda responsabilidad de interpretar los tiempos adecuadamente para que guiar al pueblo hacia el horizonte que Dios ya determino para su iglesia, un horizonte de victoria y de crecimiento. Sin embargo, esto que suena netamente espiritual, requiere de un tremendo esfuerzo cotidiano que sea capaz de vivenciarse en actos concretos que faciliten a los otros que pueda imitarnos, servirle de guía no fingida sino siendo cartas leídas, en palabras de Pablo: “*Sed imitadores de mí así como yo lo soy de Cristo*” (I Co.11:1).

Tenemos la responsabilidad de actualizar nuestra visión, salir de nuestros moldes y estructuras para permitir que el Espíritu Santo que no se rige por parámetros estanco nos de la sabiduría y las maneras adecuadas para llevar adelante la misión en medio de la pandemia. Lo importante aquí es el proceso, el tomar conocimiento adecuado de las necesidades y carencias de nuestro entorno, pedir sabiduría para con pertinencia transmitir el Evangelio, pero por sobre todas las cosas influenciar en las personas con el amor de Jesús.

Muchos hermanos de nuestras iglesias y muchas personas que llegarán a nuestra iglesia sin duda atravesaron ya, por una de las realidades más oscuras del Covid-19, y quisiera insistir en esto, la de la despedida del ser querido sin la posibilidad de haber estado con ellos y despedirlo. Este trauma no es simple, sin duda la herida permanecerá en el tiempo y solo el Espíritu Santo es el refugio adecuado para encontrar el debido consuelo, pero la iglesia está llamada al acompañamiento, al sostén y la paciencia para que las personas en

cuestión puedan transitar ese tiempo de la mejor manera posible, sabiendo que Dios tiene el control de cada circunstancia.

Ser creativos, en la promoción del sacerdocio de todo creyente, en el involucramiento de todos los hermanos en el servicio a fin de que asuman la responsabilidad y el compromiso requerido para este nuevo tiempo; en nuevas formas de ayuda y acompañamiento; en la promoción de las misiones transculturales, pero también en nuestra cultura y subcultura cotidiana, el robustecimiento de la fe y el acompañamiento real, serán tareas importantes. Que cada casa se transforme en un punto de encuentro y de transformación de las personas por la obra del Espíritu Santo, en altares de adoración que se multipliquen en nuestras ciudades a fin de que la luz finalmente no quede debajo de la mesa, sino que sea levantada para alumbre será vital.

Aferrémonos a lo sagrado, a lo esencial, el resto dejémoslo ir de ser necesario. Ya comprobamos que antes que las marquesinas y las luces, antes que los templos y el show, antes que el hacer miembros, está el hacer discípulos y el mostrar a Cristo solo como la iglesia puede hacerlo. Lo único que el Enemigo no puede copiar, imitar o reproducir es lo en verdad es la esencia de la iglesia: la proclamación del Evangelio, el vivir en santidad, el amor, la misericordia, la compasión y la unidad. Todo lo demás es replicable. Es hora entonces de centrarnos en lo esencial para que el mundo crea.

El Covid-19 como dijimos pasará, sin duda dada al virulenta movilidad viral y cambios o mutaciones en los virus, la distancia social, el cubreboca, las normas de higiene perdurarán mucho tiempo al igual que la crisis económica y social y los cambios en el mundo laboral y educacional, las restricciones en el turismo y los viajes, las cuarentenas esporádicas por los rebrotes, entre otras muchas cosas. Sin embargo, la iglesia es la primera en dar el ejemplo en un necesario entorno de libertad que siempre está enmarcada por la responsabilidad y el amor. La iglesia sigue siendo la única capaz de llevar esperanza a un mundo en angustia y Jesús sigue siendo el único que no cambia, el único que permanece igual por los siglos de los siglos, con esas premisas seamos más parecidos a Jesús que al mundo y vivamos adecuadamente el Evangelio para que como Juan el Bautista podamos alumbrar cada uno de nosotros hasta que Él nos venga a buscar.

BIBLIOGRAFÍA

- Deiros, P. (2008). *La iglesia como comunidad de personas*. Buenos Aires. Publicaciones Proforme.
- Edersheim, A. (1989). *La vida y los tiempos de Jesús el Mesías*. Tomo I y II. Barcelona. Editorial CLIE.
- Foucault, M (2002). *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*. Buenos Aires. Editorial Siglo XXI.
- Oviedo, Pablo. (2012). *La mutación religiosa actual: pluralismo y diversificación-atomización*. Buenos Aires. Grupo de Estudios Multidisciplinarios sobre Religión e Incidencia Pública GEMRIP. Disponible en: <https://religioneincidenciapublica.files.wordpress.com/2012/05/la-mutacion-religiosa-oviedo.pdf>
- Ribeiro, Juan Manuel. (2015). *Las prácticas y los sentidos de la religiosidad popular en los devotos y promeseros de los santuarios de Nuestra Señora que Desata los Nudos y de San Expedito* (Tesis de Maestría). Pontificia Universidad Católica Argentina. Buenos Aires.

Sobre el autor

Argentino, casado con Claudia y padre de Franco, Chiara y Marco. Pastor de la Iglesia Bautista de San Martín y presidente de la secretaria legal y técnica de la Confederación Bautista Argentina. Lic. en Ministerio del Seminario Internacional Teológico Bautista. Doctorado y Maestría en Sociología por la Pontificia Universidad Católica Argentina. Abogado por la Universidad de Buenos Aires. Posgrado en Derecho de las Telecomunicaciones (Universidad Austral), y de Global Management Programme de la Universidad IESE (Barcelona).